

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



La devoción al Corazón de Jesús en España

La devoción al
Corazón de Jesús
en España:
Agustín de
Cardaveraz (1729)
y Bernardo
de Hoyos (1733)

Para la síntesis
doctrinal de
santo Tomás
de Aquino

En torno al
«Fórum Uni-
versal de las
Culturas»



«Reinaré en España, y con más veneración que en otras partes»

*El Sagrado Corazón al venerable
Bernardo de Hoyos, el 14 de mayo de 1733*

Sumario

Recuerdos y legado del padre Agustín de Cardaveraz <i>Luis Comas Zavala</i>	3
Las «Cuentas de conciencia», del padre Cardaveraz <i>Ignacio M.^a Azcoaga Bengoechea</i>	8
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (XIV). Llegada a España de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús <i>José Javier Echave-Sustaeta</i>	10
La devoción a la Sagrada Familia en el padre Agustín de Cardaveraz <i>Ignacio M.^a Azcoaga Bengoechea</i>	16
Colombia se consagra al Sagrado Corazón de Jesús <i>Juan Jaurrieta Galdiano</i>	20
Para la síntesis doctrinal de santo Tomás de Aquino <i>Francisco Canals Vidal</i>	22
Se publican las Actas del Congreso de la SITAE Barcelona «La síntesis de santo Tomás de Aquino» <i>J. M.^a M. G.</i>	24
La «New Age» y el mundo actual <i>Pedro Suárez, S.J.</i>	25
El ágora: reflexiones en torno al Fórum Universal de las Culturas <i>Javier González Fernández</i>	29
Las islas Solovki, tierra de espiritualidad y de martirio <i>Guillermo Pons Pons</i>	32
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	37
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	38
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	40
Orientaciones bibliográficas <i>Jorge Martínez</i>	42
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	43
Hace 60 años <i>J. M.^a P. S.</i>	45

RAZÓN DEL NÚMERO

SIENDO la devoción al Corazón de Jesús la «síntesis de toda la religión y la norma de vida más perfecta» (Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*), conviene conocer la introducción en España de dicha devoción, que se produjo con bastante retraso respecto a otras naciones católicas. El padre Agustín de Cardaveraz es el encargado por la divina Providencia de introducir en nuestra patria dicha devoción en una fecha que podemos situar centrada en el 11 de septiembre de 1729. Dicho padre la hará conocer al novicio Bernardo de Hoyos, que la desconocía. Sendos artículos de esta revista narran aquellos acontecimientos que comenzaron en la ciudad de Bilbao. Esta devoción se hará definitivamente popular en la segunda mitad del siglo XIX, particularmente merced a la obra de monseñor José Morgades y Gili, canónigo de la catedral de Barcelona y después obispo de Vic, quien tradujo el libro *El Apostolado de la Oración*, del padre Ramière y la revista *El Mensajero del Corazón de Jesús*. En todo caso, la devoción al Corazón de Jesús es una devoción especialmente encomendada a los miembros de la Compañía fundada por san Ignacio de Loyola.

La república de Colombia celebró el centenario de su consagración al Sagrado Corazón de Jesús. La primera consagración se realizó en 1902, pidiendo la paz en aquella nación, sumida en una guerra civil entre los revolucionarios liberales y el pueblo colombiano, que entraba en la batalla al grito de «¡Viva la religión, viva Dios!». El actual presidente de la República, Álvaro Uribe Vélez, el 3 de julio de 2003, renovó aquella consagración, acompañado de los 78 obispos de la Conferencia Episcopal colombiana y por el nuncio apostólico de Su Santidad. El lector encontrará en este número el precioso texto de la actual consagración, que constituye un relevante ejemplo de la relación que debe existir entre la Iglesia y el Estado en una nación católica.

En un artículo de Francisco Canals Vidal se insiste sobre la conveniencia de elaborar una síntesis doctrinal que contemple la globalidad del pensamiento de santo Tomás de Aquino. Por el lado filosófico destaca el autor lo que él llama el «realismo pensante» como síntesis entre pensar y ser. A su vez, la teología ha de estar dominada por el teocentrismo de santo Tomás, que contiene el sentido efusivo y filantrópico del amor divino.

También se ocupa un artículo de este número de juzgar el sentido laicista del actual Fórum Universal de las Culturas que se está celebrando en Barcelona, que pretende fundar en la «pluralidad» y la tolerancia la deseada paz mundial. Pero fuera de la aceptación del suavísimo dominio de Cristo Rey los hombres no podemos en absoluto con nuestras fuerzas construir la ansiada paz.

En el artículo sobre la actualidad política podemos ver el desenfoque y la ocultación que los medios de comunicación social hacen de la situación del mundo político actual, de la que forma parte intrínseca la persecución a la Iglesia católica en tantos países, incluida la antigua Yugoslavia y en particular en el Sudán africano.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
Tel. y Fax 93 317 47 33
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Recuerdos y legado del padre Agustín de Cardaveraz

Su estancia en Bilbao (1731-1734)

LUIS COMAS ZAVALA

EL día 16 de agosto de 1731, llega el padre Agustín de Cardaveraz, S.J., a su primer destino: profesor de gramática en el colegio de San Andrés de Bilbao. Viene de Valladolid, donde durante el último año, en la casa profesa de san Ignacio (hoy parroquia de San Miguel) ha pasado la tercera probación, bajo el instructor padre Tobar, S.J., combinando este período con algunas actuaciones en misiones populares.

Ha recibido toda su formación jesuítica en tierras castellanas. Ahora vuelve a su tierra vascongada, donde permanecerá hasta el 3 de abril de 1767, fecha de la expulsión de los jesuitas de España, por orden del rey Carlos III. Tras breves destinos en Bilbao, Pamplona, Azcoitia y posteriormente en Oñate, se instala en Loyola. Realiza un fecundo ministerio apostólico, primero como misionero popular, principalmente en Guipúzcoa y Vizcaya, y posteriormente, con la salud ya más quebrantada, como director de tandas de ejercicios espirituales en Loyola, al tiempo que escribe pequeños libros en euskera para el bien espiritual del pueblo.

Este santo misionero popular jesuita recibe, desde su infancia, grandes dones místicos. Narra estas experiencias espirituales en las «Cuentas de conciencia», redactadas por orden de sus directores espirituales padre Juan de Loyola, S.J., y padre Pedro de Calatayud, S.J. También en algunas cartas dirigidas al venerable Bernardo de Hoyos, S.J.

En Valladolid conoce la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, gracias a la lectura del libro del padre Joseph Galliffet, S.J. *De cultu Sacrosancti Cordis Dei et D.N. Jesu Christi in variis christiani orbis provinciis iam propagato* (Roma, 1726). Han pasado cincuenta años desde las apariciones del Sagrado Corazón de Jesús a santa Margarita M.^a de Alacoque, en Paray-le-Monial, y todavía es desconocida esta devoción en España. El padre Agustín de Cardaveraz penetra en su sentido, así como comprende su oportunidad para los tiempos de frialdad que se detectan en la Europa cristiana. Recibe, como extraordinario don del Señor, algunas experiencias místicas que le confirman en esta devoción. El 11 de septiembre de 1729, tres meses antes de su ordenación sacerdotal, recibe la gracia de la primera visión del Sagrado Corazón de Jesús, que «con sus divinas y poderosas manos, abría su divino pecho y llaga del costado hasta descubrir claramente su di-

vino Corazón, volcán de amor infinito y relicario riquísimo de la Trinidad beatísima».

Su entrega al amor misericordioso de Dios, representado en la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, será el «tesoro escondido» que comunica a las almas durante su ministerio sacerdotal, lo que le convierte en un propagador incansable de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en tierras vascongadas. Además, dentro de los inescrutables planes de Dios, es instrumento providencial para la misión que el Sagrado Corazón de Jesús encomienda al venerable Bernardo de Hoyos: extender en España esta devoción y culto.

El padre Agustín de Cardaveraz llega a Bilbao penetrado del tesoro del Sagrado Corazón de Jesús. Durante su breve estancia en la villa (1731-34) deja una profunda huella y siembra la semilla de esta devoción, que más tarde, dará frutos abundantes. En las líneas de este artículo, trataremos de mostrarlo.

Colegio e iglesia de San Andrés

EN 1552, visita Bilbao el segundo prepósito general de la Compañía de Jesús, san Francisco de Borja. Su estancia es breve pero muy celebrada, pues viene precedido de una gran fama de santidad. Según el padre Cienfuegos, «clamaba toda la nobleza para que se detuviera a fundar colegio de la Compañía, porque lo mereciera así villa tan famosa». Pero esta fundación no resulta tarea nada fácil debido a la oposición de los conventos, del clero y del vecindario, influenciado por los tradicionales celos clericales. De hecho, no se plantea la construcción del colegio hasta 1600, año en el que muere en Alcalá de Henares, don Domingo de Gorgolla, quien deja en su testamento una renta, con destino a un colegio de los jesuitas en Bilbao.

En 1604, llegan a Bilbao los primeros jesuitas, cuatro padres y dos hermanos, que se alojan en la iglesia y casa asilo de los pobres de la Magdalena, sito en el actual Portal de Zamudio, junto a la cárcel de la villa. Tras una serie de incidentes, comienza la construcción del colegio en un solar colindante, derribándose la iglesia y casa asilo. En 1624 terminan las obras y comienza a funcionar el colegio de San Andrés.

A la iglesia del colegio, de estilo barroco, acuden

numerosos fieles. El culto llega a su máximo esplendor con motivo del nombramiento de san Ignacio de Loyola como patrono de Vizcaya, en 1682. Desde entonces, cada año, allí acuden las autoridades para dar culto al que, en nombre del pueblo, han elegido como patrón y protector de Vizcaya. En esta iglesia, cada bienio, en el día de san Ignacio, se ratifica el solemne juramento de defender el dogma de la Inmaculada, por los diputados de los bandos oñaciano y gamboíno.

Con la llegada del padre Agustín de Cardaveraz, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús significa un nuevo impulso a la vida religiosa del templo. Durante los tres años que permanece en la comunidad de Bilbao, el padre Cardaveraz trabaja muchísimo en la propagación de esta devoción, tanto en la cátedra como en la dirección espiritual de las diversas clases de personas que se acercan a su confesionario. Igualmente, en la predicación de sermones muy fervorosos y en las tareas de las misiones apostólicas.

El 25 de diciembre de 1733 escribe al venerable Bernardo de Hoyos: «Aquí procuro dar esta misma noticia del Corazón de Jesús y su culto, a varias personas, para que lo encomienden a Su Majestad, y se extienda en todos los cristianos su culto y devoción, sin decirles más en particular».

En la actualidad, aún se conserva una huella o testigo de este quehacer apostólico del padre Cardaveraz: un altar dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, de estilo rococó. Notable su composición a base de espejos y, como motivo ornamental, unos girasoles que se vuelven hacia el Corazón de Jesús, situado en el centro. Este retablo fue respetado, por su indudable valor artístico e histórico, cuando se ordenó retirar del culto el signo del Corazón, separado de la imagen. Es el primer altar erigido en Vizcaya en honor del Sagrado Corazón de Jesús.

Tras la actividad apostólica del padre Cardaveraz, perdura otro fruto: la fundación de la Congregación del Sagrado Corazón. Esta devoción continúa en el templo, aún después de dejarlo los jesuitas, expulsados en 1767. En 1871, en esta iglesia, se funda el Apostolado de la Oración para toda la villa. Testigo de esta fundación es un hermoso óleo que presidía la sala de juntas y que hoy se conserva en el archivo parroquial. Representa a Cristo, abriendo su pecho para mostrar su corazón ardiendo de amor por los hombres. A lo largo de los años, muchos bilbaínos han formado parte de esta milicia de oración al Sagrado Corazón de Jesús.

En abril de 1767, al ser expulsados los jesuitas, se cierran las puertas del colegio y de la iglesia de San Andrés, con gran pesar de muchos, que habían encontrado allí la inspiración de su vida cristiana.

Pronto se busca un nuevo destino a estas dependencias. El colegio se dedica a casa de pupilaje con aulas y habitaciones para maestros de las primeras letras, latinidad y retórica. Posteriormente, albergará el Registro Civil y la Audiencia Provincial. Y en la actualidad, desde 1970, aloja el Museo Histórico de Vizcaya.

En la iglesia, separada del colegio por una pared divisoria, se instala la parroquia de los Santos Juanes. El anterior templo de dicha parroquia, situado junto al hospital, muy cerca del río Nervión, que a menudo se desborda, inundándolo, presenta un estado ruinoso. Se aprovecha la expulsión de los jesuitas para reubicar la parroquia en la iglesia del colegio de San Andrés. Esta iglesia ya no pertenecerá nunca más a los jesuitas. En nuestros días, sigue siendo parroquia de los Santos Juanes, situada en la calle de la Cruz. Tanto su arquitectura como ciertos detalles de su interior, por ejemplo el altar dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, denotan su origen jesuítico.

Octava de Corpus: 11 de junio de 1733

EN el casco viejo bilbaíno, cerca del río Nervión, se encuentra otro templo: la emblemática iglesia de San Antón, que junto al puente del mismo nombre, ya destruido, se muestra en el escudo de Bilbao. Hasta 1896, un edificio anexo al templo alberga al Ayuntamiento de la Villa y en la segunda planta a una institución típicamente bilbaína, el Consulado. Limitada por la ría, el templo, el edificio anexo y los soportales de la Ribera se encuentra la plaza Vieja, sobre la que más tarde se construye el mercado de la Ribera. Pero, en tiempos del padre Cardaveraz, esta plaza es el centro de la vida del municipio, así como escenario de sus principales festejos, incluidas las corridas de toros.

Una de las fiestas más celebradas es el Corpus Christi, así como su octava. Es usual en esos años que el Ayuntamiento de la Villa encargue el sermón a un predicador. En 1733, para la fiesta de la octava, el 11 de junio, recibe este encargo el padre Agustín de Cardaveraz. Por este motivo, escribe a Valladolid, al venerable Bernardo de Hoyos, con un encargo que éste mismo narra en una carta dirigida al padre Loyola:

«El P. Agustín en carta que recibí el miércoles pasado (29 de abril), me pedía le trasladase la institución de la fiesta del Corpus, y la revelación y dificultades que para ella hubo, como lo refiere el P. Galliffet en el tomo «de Cultu Cordis Iesu» para lo que saqué de la librería este tomo el domingo (3 de mayo). Yo, que no había oído jamás tal cosa, empe-

cé a leer el origen del culto del Corazón de nuestro amor, Jesús, y sentí en mi espíritu un extraordinario movimiento fuerte, suave y nada arrebatado ni impetuoso, con el cual me fui luego al punto delante del Señor Sacramentado a ofrecerme a su Corazón, para cooperar cuanto pudiese, al menos con oraciones, a la extensión de su culto.

»No pude echar de mí este pensamiento hasta que, adorando la mañana siguiente al Señor en la hostia consagrada, me dijo clara y distintamente que quería por mi medio extender el culto de su Corazón sacrosanto, para comunicar a muchos sus dones por su Corazón adorado y reverenciado, y entendí haber sido disposición suya especial que mi hermano, el P. Agustín, me hubiese hecho el encargo, para arrojar con esta ocasión en mi corazón estas inteligencias...». Este encargo supone el comienzo de la misión del venerable Bernardo de Hoyos, como mensajero del Corazón de Jesús. El padre Agustín de Cardaveraz es el intermediario escogido».

El 11 de junio de 1733, en la iglesia de San Antón de Bilbao, el padre Cardaveraz pronuncia el primer sermón sobre la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en España, como lo testimonia una placa colocada en la portada principal del templo.

Ciento cincuenta años más tarde

En 1767, los jesuitas son expulsados de España por orden del rey Carlos III y unos años después, en 1773, el papa Clemente XIV por el breve *Dominus ac Redemptor* suprime la Orden en toda la Cristiandad. El breve de supresión, para surtir su efecto, debía ser legalmente promulgado, pero tanto Federico II en Prusia como Catalina en Rusia lo impiden, por lo que la Compañía de Jesús sobrevive en estas dos naciones.

Muy pocos años después, sobre Europa y las dinastías se dejan sentir los efectos de una terrible tempestad revolucionaria, dejando en pos de sí, ruinas y lecciones imborrables. El papa Pío VII, humillado y encarcelado por Napoleón, al quedar libre, regresa a Roma y dispone, en 1814, por la bula *Sollicitudo omnium Ecclesiarum* la restauración completa de la Compañía de Jesús. En España, la acción de Fernando VII de restablecerla viene pronto acompañada de nuevas persecuciones y tribulaciones. Se vuelve a disolver durante el trienio liberal. Y ocurre otro tanto en 1835, en 1854 y en 1868 a consecuencia de nuevas acciones revolucionarias.

Debido a estos avatares históricos, los jesuitas no regresan a Bilbao hasta los tiempos de la Restauración borbónica, concretamente a fines de 1879, al abrir una residencia en el casco viejo de la Villa, en el número 1 de la plazoleta de Santiago, junto a la

actual catedral. En seguida aprecian que su ausencia durante más de cien años no ha sido óbice para obtener frutos de la semilla plantada por el padre Cardaveraz; lo que les anima a seguir adelante con nuevos planes apostólicos.

«El Mensajero del Corazón de Jesús»

EN 1865, el doctor José Morgades y Gili, canónigo penitenciario de la catedral de Barcelona, pide a su obispo, monseñor Pantaleón Montserrat, la aprobación del Apostolado de la Oración en la diócesis barcelonesa y el correspondiente permiso para la traducción y publicación del libro *Apostolado de la Oración*, del padre Enrique Ramière, S.J., del *Manual del Apostolado de la Oración* y de la revista mensual *El Mensajero*. El obispo aprueba las peticiones y cada mes, el doctor Morgades difunde por España la traducción del *Mensajero* francés que, desde 1861, viene publicando el padre Ramière.

En aquellos momentos, los jesuitas están proyectando fundar un centro de estudios superiores en su provincia de Castilla. Conocen que en el País Vasco existe, desde hace tiempo, el mismo anhelo y que, en Oñate, se ha hecho un primer intento. El País Vasco se encuentra, en aquella época, dentro de la jurisdicción jesuítica de la provincia de Castilla.

Por otro lado, cuando el doctor Morgades es preconizado obispo de Vich, él desea que los jesuitas se hagan cargo de la dirección del Apostolado de la Oración y de la publicación y difusión de *El Mensajero*. Y en este sentido, apremia a los superiores de la Compañía para que se decidan a ello.

La decisión sobre ambos proyectos, la Universidad y el Apostolado de la Oración, van a confluir en el mismo lugar y tiempo. En vísperas de la conmemoración del ciento cincuenta aniversario del primer sermón sobre la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en España, pronunciado por el padre Agustín de Cardaveraz, en la iglesia de San Antón de Bilbao, el prepósito general de los jesuitas, padre Beckx, toma la decisión de construir en Bilbao la Universidad de Deusto, dedicada a los Sagrados Corazones de Jesús y María, y aprueba, al mismo tiempo, el traslado a dicho lugar, de la Dirección Nacional del Apostolado de la Oración, así como la publicación de la revista mensual *El Mensajero del Corazón de Jesús*. En junio de 1883 se fecha el tomo primero de la segunda serie (que es la que se publica en Bilbao; la anterior es la de Barcelona). A partir de ese momento, la revista se compone con originales propios y sólo reproduce los documentos de la dirección central de la obra.

Triduo del 11 al 13 de junio de 1883. Sermón del padre Enrique Ramière S.J. en Bilbao

Los jesuitas desean conmemorar el ciento cincuenta aniversario de la predicación del padre Cardaveraz, como un acontecimiento religioso importante para Bilbao y al mismo tiempo, revestir de carácter más público, la instalación en la Villa del Centro y Dirección Nacional del Apostolado de la Oración, lo que trae consigo la publicación en Bilbao de la revista. Por eso se organiza un triduo los días 11, 12 y 13 de junio de 1883, que se celebra en la parroquia de los Santos Juanes. Los jesuitas no tienen todavía una iglesia capaz propia y escogen la que antes fuera suya y en la que ejerció su ministerio el padre Cardaveraz.

De este triduo, dirá el *Mensajero*: «solemne y devoto triduo y si bien es verdad que esperaban mucho de la piedad de los habitantes, pero la realidad ha superado, con mucho, sus bien fundadas esperanzas...

»... Antes de entrar en el templo, hallaban las personas piadosas y aun las que, ocupadas en sus negocios, transitaban por la calle, un anuncio vivo, digámoslo así, que les llamaba la atención. Encima de la puerta de la iglesia había un hermoso cuadro, bastante grande, del Corazón de Jesús, rodeado de muchísimas flores naturales e iluminado con mecheros de gas y cazoletas de aceite».

Está presente el padre Enrique Ramière, S.J., que pronuncia un sermón memorable sobre el Apostolado de la Oración. Es su último sermón en castellano, pues muere al año siguiente, el 3 de enero de 1884.

La primera piedra de la Universidad de Deusto

El 13 de junio, fecha en la que termina el triduo, tiene lugar, de forma más privada, el inicio de otro de los planes previstos. Lo cuenta también el *Mensajero* en su crónica: «el día 13, último del triduo, a las cinco de la tarde fue colocada la primera piedra del colegio dedicado a los Corazones de Jesús y de María que se va a erigir en la anteiglesia de Deusto, en el sitio llamado la Cava, a pocos pasos de la ría y lindante con el tranvía a Las Arenas».

El padre Francisco de Sales Muruzábal, provincial de Castilla, por delegación especial que le confiere el obispo de Vitoria, don Mariano Gómez, pone la primera piedra del colegio o universidad católica. Al lado, en una caja de plomo, junto al pergamino en el que se consigna el acontecimiento, se incluyen «los tres primeros pliegos de este primer número de la segunda parte, únicos que estaban impresos en-

tonces», según nos narra en su crónica el *Mensajero*.

En el primer curso académico, 1886-87, el rector es el padre Luis Martín, que posteriormente sería prepósito general de la Compañía de Jesús. Pero la figura más destacada, en estos más de cien años de vida de la Universidad, es un humilde hermano portero, que llega allí en 1888 y atiende el servicio de la portería hasta su muerte, el 9 de septiembre de 1929: el beato Francisco Gárate.

Nacido en un caserío, muy cerca de la casa torre de Loyola, «el mensaje de santidad que nos ha legado es sencillo y límpido, como sencilla fue su vida de religioso inmolado en la portería de un centro universitario de Deusto», como dice el papa Juan Pablo II en la homilía de su beatificación. El padre Arrupe, que lo conoció siendo estudiante, decía de él: «... Para todos tenía el hermano una palabra oportuna, un gesto, una sonrisa, una solución caritativa; siempre abierto, acogedor, benéfico, obsequioso con todos. Pero siempre también con sencillez y naturalidad; nada de maneras artificiales o ñoñas, y mucho menos todavía credulidad ingenua y bonachona. Lo intuían perfectamente los jóvenes, cuando decían del portero de Deusto: “El hermano Finuras es un santazo, pero es también ... un vivo”».

La Universidad de Deusto evoca también, para los miembros de Schola Cordis Iesu, el paso por sus aulas de nuestro fundador. Desde 1892, durante tres años, el joven Ramón Orlandis y Despuig estudia Derecho civil y Filosofía y Letras, antes de su entrada en la casa de probación de Santa María de Veruela, el 12 de julio de 1895. En su «Ego» (escrito que redactan los candidatos al ingresar en el noviciado) escribe: «Mi vocación comenzó el año mil ochocientos noventa y tres, y durante algún tiempo vacilé; por fin, habiéndome aconsejado y bien examinado el asunto, confirmado en mi vocación, fui admitido a la Compañía de Jesús...» Este tiempo coincide con su estancia en Bilbao.

En una época más reciente, la Universidad de Deusto nos trae también el recuerdo de otra figura muy entrañable: el padre Juan Manuel Igartua, S.J., colaborador de esta revista y muy vinculado a todos los afanes de Schola Cordis Iesu. Bajo su dirección se establece la sección de Schola Cordis Iesu de Bilbao, el 4 de junio de 1982. Con motivo de su fallecimiento, el 14 de septiembre de 1992, la revista *CRISTIANDAD* dedica un número a su memoria (núm. 734-737). En él se recuerda que en Deusto «pasó los veintidós últimos años de su vida de jesuita, como director espiritual de almas, profesor de religión y escritor fecundo de libros y revistas de espiritualidad». Su labor apostólica estuvo centrada en la devoción al Sagrado Corazón de Cristo Rey y tanto desde el

puesto de director nacional del Apostolado de la Oración, que ocupó antes de su estancia en Deusto, como en el apostolado a través de los libros, se le puede considerar un continuador de la obra del padre Enrique Ramière, S.J.

Las promesas del Sagrado Corazón de Jesús

Los tiempos que nos tocan vivir no son tan gloriosos como los que hemos recordado, pero el legado del padre Agustín de Cardaveraz persiste en nuestros días. Los devotos del Sagrado Corazón de Jesús esperan el cumplimiento de las promesas que él manifestó a santa Margarita M.^a de Alacoque y al venerable Bernardo de Hoyos, al tiempo que recuerdan el anuncio de grandes dificultades para la aceptación de su reinado de amor sobre los hombres y la sociedad.

Vivimos una época marcada por la secularización y el laicismo de la sociedad. El hombre se ha alejado de Dios y ha decidido expulsar a Cristo de la vida social. Pero, por otro lado, se percibe que vive en la angustia y el desasosiego, debido a las incertidumbres y problemas que le plantea su vida cotidiana. Ante esta situación, es apremiante anunciar que no habrá paz ni individual, ni familiar, ni social, ni internacional si no se vuelve a Cristo. Son de máxima actualidad las palabras de Pío XI, en la encíclica *Quas primas*: «En la primera encíclica proclamamos claramente no sólo que un gran cúmulo de males había invadido la tierra porque la mayoría de los hombres se habían alejado de Jesucristo y de su ley santísima, así en su vida y costumbres como en la familia y en la gobernación del Estado, sino también que nunca resplandecería una esperanza cierta de paz verdadera entre los pueblos, mientras los individuos y las naciones negasen y rechazasen el imperio de Nuestro Salvador».

Precisamente alrededor del año de la proclamación de la festividad de Cristo Rey, 1925, se levanta en Bilbao, al final de la Gran Vía, en una plaza que es actualmente una encrucijada de caminos, el monumento al Sagrado Corazón de Jesús. Sobre un basamento y una columna de piedras de sillería que alcanza cuarenta metros, se alza una imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Circundando la columna y al pie de la imagen está colocada una inscripción con las palabras de la promesa al venerable Bernardo de Hoyos: «REINARÉ EN ESPAÑA». Este monumento supone un testimonio del legado del padre Cardaveraz, así como de la esperanza cierta en el cumplimiento de la promesa del Señor.

Sobre la ladera de uno de los montes que circundan la capital bilbaína, el monte Avril, se alza una fundación que es instrumento de la acción



Monumento al Sagrado Corazón en la Gran Vía de Bilbao

misericordiosa del Sagrado Corazón de Jesús sobre los miembros más marginados y necesitados de la sociedad. Su sustento diario depende totalmente de la Providencia divina y se llama Institución Benéfica del Sagrado Corazón. Fue fundada, a mediados del pasado siglo xx, por el padre Arístegui y una nieta de la beata Rafaela de Ibarra. En la labor callada y abnegada de las religiosas y de los numerosos seglares colaboradores, se manifiesta una vez más la acción del Sagrado Corazón de Jesús. Ellos son también herederos del legado del padre Cardaveraz.

Al considerar todos estos recuerdos, así como el legado del padre Agustín de Cardaveraz, vuelve a nuestros labios, una vez más, la aspiración siempre anhelada: «*Adveniat regnum tuum*», con el deseo de que pronto se haga realidad.

Las «Cuentas de conciencia», del padre Cardaveraz

IGNACIO M.^a AZCOAGA BENGOCHEA

El 28 de diciembre de 2003 se cumplió el tercer centenario del nacimiento de este insigne hijo de la localidad guipuzcoana de Hernani, predilecto y apóstol incansable de la devoción al Corazón de Jesús en el País Vasco, al que el papa Pío XII en el radiomensaje emitido con ocasión de la inauguración del monumento al Corazón de Jesús en San Sebastián calificó de «gran apóstol del Corazón de Jesús».

«Cuentas de conciencia»

CON esta ocasión, se ha publicado un libro titulado *Cuentas de conciencia* del padre Cardaveraz, con edición e introducción de J. Ignacio Tellechea Idígoras, editado por Fundación Universitaria Española y Universidad Pontificia de Salamanca (Madrid, 2003). En la introducción que el historiador guipuzcoano titula: «Un jesuita, místico, del siglo XVIII», dice que «¿jesuita y místico? Puede extrañar a quienes en la tradición espiritual de la Compañía de Jesús resaltan su carácter ascético y aun voluntarista... Extraño puede parecer también un místico del siglo XVIII, dominado por el culto a la razón e insensible hacia la mística».

Los escritos que Tellechea ha recogido en esta oportuna y magnífica obra proceden de los años de noviciado hasta el final de sus estudios de teología, y están perfectamente fechados: comienzan el año 1723 y finalizan el año 1728; ocupan, por tanto, un breve espacio de tiempo de su vida, que duró 67 años. No obstante, son los años en los que Dios modela su alma, al modo divino, y le otorga una serie de gracias singulares y dones místicos, entre los que hay que destacar el haber sido uno de los escogidos por el Corazón de Jesús para darse a conocer física y místicamente y, mediante ello, formar el primer grupo de los grandes apóstoles de la devoción al Corazón de Jesús en España.

Esta cuidada obra que ha preparado Tellechea Idígoras, es un excelente regalo de cumpleaños en el tercer centenario de su nacimiento para quienes han conocido la persona del padre Agustín de Cardaveraz y magnífica ocasión para que sea conocido por los que aún no conocen al hombre de Dios, a quien tanto debe el País Vasco por su labor misionera y apostólica y puedan acceder, mediante su lectura, al alma de un gran místico.

Dice en la introducción y valga para suscitar el interés por leer esta obra: «Hay en los escritos de Cardaveraz trazos de la que podíamos llamar mística

de la pasión de Cristo, reverberos de la nueva devoción al Corazón de Cristo anteriores a los del venerable Hoyos que sería su dirigido espiritual, percepciones hondas del amor de Dios y de la ingratitud y ceguedad de los hombres, ansias apostólicas de convertir a los humanos. Llama singularmente la atención la manifestación de Jesús niño o adolescente.

»De otro orden es la experiencia del mundo empecatado, víctima de sus pasiones, descrita larga y morosamente, sin que tal vivencia afectase a su alma, sino que por el contrario la encendiese en deseo reparador y apostólico. ... Y toda esta experiencia de Dios y de las almas no es fruto de lecturas o de razonamientos, sino percepción global e instantánea en toda su complejidad, intuición que no discurso, iluminación interior multicomprendiva, “sin trabajo nuestro” como dijo santa Teresa.»

Referencias del padre Cardaveraz en CRISTIANDAD

NO es desconocida la persona y obra del padre Cardaveraz para los lectores de esta revista. Así, en el año 1973, José Manuel Zubicoa en el número de junio-julio de 1973 (p. 166) en el artículo «Orígenes de la devoción al Corazón de Jesús en España», dice: «había nacido [el padre Cardaveraz] en Hernani (Guipúzcoa) el 28 de diciembre de 1703; el 20 de agosto de 1721 fue recibido en el noviciado de Villagarcía de la Compañía de Jesús; sus directores fueron los padres Loyola y Calatayud. Durante el curso 1726-1727, en su primer año de teología en el colegio de san Ambrosio de Valladolid, lee el libro del padre Galliffet y se convierte a esta devoción. Recibe muchas inteligencias y favores del Sagrado Corazón, que le eleva a los más altos grados de la mística; el 11 de septiembre de 1729 Jesús le introduce en su Corazón y, 18 días después celebra los desposorios místicos con Nuestro Señor y desde entonces se apellida «de Jesús». Se trata de un gran místico español del siglo XVIII, hoy casi completamente desconocido. Se dedicó a las misiones populares y fue, por tanto, un hombre de acción apostólica centrado en la extensión del culto al Sagrado Corazón; él pronunció el primer sermón acerca de esta devoción en España, el 11 de junio de 1733, víspera del día del Sagrado Corazón, en Bilbao».

El sermón aludido lo predicó en la iglesia de San Antón Abad de Bilbao, con la asistencia del ayuntamiento de Bilbao. De este acontecimiento nos queda

la referencia dada por el propio padre Cardaveraz en la obra *Jesu Cristo gure Jaunaren Biotz guciz santuaren devocio, ta bederatzi urrena* (Devoción y novena del Sacratísimo Corazón de Nuestro Señor Jesucristo). En esa obra escribe Cardaveraz: «*Bilboco Uri noblean lenengo, nerequico, Jesus en Biotzaren Festa au Pulpituan aditcera emanzan, ta guero laster Españan*» (En la noble ciudad de Bilbao en primer lugar, se dio a conocer en el púlpito esta fiesta al Corazón de Jesús por mí mismo y luego enseguida en España). El padre Ramière S.J., segundo fundador e impulsor del Apostolado de la Oración, 150 años más tarde, para conmemorar la efemérides, pronunció un sermón, en la parroquia de los Santos Juanes, titulado «El Apostolado de la Oración, apostolado del Corazón de Jesús». Según dice el propio padre Ramière al comienzo del mismo, la ocasión del sermón era: «Celebrar las alabanzas del Corazón de Jesús en la misma villa en que, por primera vez en España, ciento cincuenta años ha, se predicó la devoción a este amabilísimo Corazón; en la misma Iglesia donde tantas veces el seráfico padre Agustín de Cardaveraz fue favorecido con sus milagrosas comunicaciones; delante de los dignos descendientes de los fervorosos cristianos, que correspondieron con tanta fidelidad al evangélico celo del apóstol del Corazón de Jesús, padre Pedro de Calatayud». Aún en el año 1983 tuvo lugar un acto conmemorativo con la presencia del obispo de la diócesis de Bilbao.

Fue precisamente Cardaveraz quien dio a conocer la devoción al Corazón de Jesús al padre Bernardo de Hoyos, ya que le hizo leer la obra del padre Galliffet *De cultu sacrosancti Cordis Dei Jesu* al pedirle unos apuntes para el citado primer sermón sobre el Sagrado Corazón y después de ello fue elegido por el Corazón de Jesús de modo extraordinario para ser el primer apóstol de la devoción al Corazón de Jesús de forma pública.

En el número de CRISTIANDAD de julio-agosto-septiembre-octubre de 1983 se reprodujeron unos artículos que el padre José Ramón Eguillor, S.J., había publicado en la revista *Manresa* para dar a conocer la persona y obra de este místico jesuita del siglo XVIII que titula «Escritos espirituales del P. Cardaveraz».

En cuanto a la semblanza espiritual, dice el padre Eguillor que «se puede resumir así:

1) Fue un gran asceta de los Ejercicios espirituales de san Ignacio.

2) Fue místico de primera categoría, comparable con los más grandes.

3) Cuando se hallaba en las más altas cumbres de su mística y próximo ya a su ordenación sacerdotal, tuvo las primeras visiones del Sagrado Corazón de Jesús.

4) Además de su papel y de su labor personal,

providencialmente se vio preparado para ...: colaborar con los superiores en la dirección espiritual del joven Bernardo de Hoyos ...»

Después, el padre Eguillor transcribe algunos escritos que se encuentran entre un grupo de escritos denominados «cuentas de conciencia» que algunos directores espirituales pedían a sus dirigidos como en el caso del padre Cardaveraz, entre otros, el padre Loyola y el padre Calatayud. Transcribe primero un resumen autobiográfico que se encuentra en el archivo de Loyola; segundo la descripción que hace al padre Loyola de la primera visión del Corazón de Jesús, que tuvo lugar el 11 de septiembre de 1729; tercero, un resumen de gracias místicas; cuarto, una carta que escribió a los padre Loyola y Calatayud, el 7 de octubre de 1729 tres meses antes de su ordenación sacerdotal en la que relata el haber tenido una visión en la que el Corazón de Jesús le dejó pasar a su interior y donde dice «tuve altísimas inteligencias y entendí experimentalmente grandes misterios» y relata los dones místicos de que se vio colmado en aquella ocasión por virtud del Corazón de Jesús.

En el número de enero-febrero de 1991, con motivo de recordar el cuarenta aniversario de la bendición de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús del monte Urgull de San Sebastián, escribí un artículo titulado «El padre Cardaveraz y la devoción al Corazón de Jesús en el País Vasco». Entre otras cosas se dice en aquel artículo: «El padre Cardaveraz en junio de 1727 celebró por primera vez la fiesta del Sagrado Corazón y ese verano refiere, en sus escritos, visiones claras del mismo Corazón. Es de notar que en las primeras visiones el Sagrado Corazón se le aparece como adolescente o niño, lo cual tuvo una repercusión en sus misiones por el País Vasco, pues varias parroquias de Guipúzcoa y Vizcaya, como las de Idiazábal, Abalquisqueta, Santa María de San Sebastián y Marquina, representan al Sagrado Corazón como adolescente».

En el artículo se recogen datos de la incansable labor y los frutos de su misión apostólica por todo el País Vasco y así de 1735 a 1755 dio más de 150 misiones y fundó gran número de congregaciones y cofradías del Sagrado Corazón de Jesús: se conocen actas fundacionales de varios pueblos y de algunas como de la de Zaldibia se guarda el original en el archivo de Loyola. «La primera congregación del Sagrado Corazón, en Vizcaya, con bula e indulgencias de Roma, la fundó en el año 1738 en la villa de Elorrio; en Guipúzcoa, la primera fue la de Tolosa; y en Álava, la de Salvatierra».

Valgan estas referencias, que no son las únicas en las que aparece citado el padre Agustín de Cardaveraz para recordar y homenajear a quien tanto bien hizo con su labor apostólica y vida y muerte en olor de santidad.

Llegada a España de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

«Pidiendo esta fiesta (del Corazón de Jesús) Jesús me dijo: Reinaré en España, y con más veneración que en otras partes.» (Bernardo de Hoyos, 14 de mayo de 1733)

LA devoción al Corazón de Jesús, la sintió ya san Juan reclinando su cabeza sobre el pecho del Señor en la santa Cena y ha estado siempre presente en la Iglesia, aunque reservada a la devoción y al culto privado. Así se la reveló el Señor a santa Gertrudis, a santa Magdalena de Pazzis, a san Juan Eudes y a otras almas y grupos escogidos por él, hasta que en la aurora de los tiempos modernos, a finales del siglo XVII, cuando la caridad de muchos comenzó a enfriarse por obra de la mala doctrina, el propio Jesús decidió descubrir los tesoros de su Corazón a la hermana Margarita María en Paray-le-Monial, manifestándole el apremiante deseo, que no podía ya contener, de dar a conocer su amor misericordioso a todos los hombres, pidiendo le correspondieran mediante la devoción a su Corazón.

Margarita María, enclaustrada en un convento de Borgoña, se quejó al Señor de que la misión que le encomendaba de dar a conocer al mundo la revelación de su amor, y de pedir al Papa la institución en la Iglesia del culto público a su Corazón, era superior a sus fuerzas. Jesús la tranquilizó diciéndole que no reparase en sus pocos medios, ya que la obra la haría él, valiéndose de personas pobres y despreciadas, como ella, para que quedase patente que no era cosa del talento de los hombres, pero que encomendaba especialmente a su orden de la Visitación la tarea de difundir la devoción a su Corazón, y a los jesuitas la de dar a conocer su valor: «Jesucristo me ha hecho conocer de manera que no puedo dudar, que era por medio los padres de la Compañía de Jesús, que quería establecer por todas partes esta devoción.»

Sólo un pequeño número de jesuitas conoció y tomó desde el principio como propio este precioso encargo: las revelaciones contenidas en los escritos de la hermana Margarita María, fueron avaladas por el santo Claudio la Colombière, y confiadas por éste a sus discípulos, los padres Croiset y Galliffet, quie-

nes las difundieron con sus libros, propagándola un grupo de jóvenes jesuitas franceses que en el primer tercio del siglo XVIII habían extendido la devoción por toda Francia, y desde allí había pasado a Flandes, Austria, Italia, y hasta Canadá, Persia, China y a las islas de América. Pero habían transcurrido casi sesenta años desde las primeras revelaciones, y más de cuarenta desde la muerte de la mensajera Margarita María, y a España, a un centenar escaso de leguas de Paray-le-Monial, no había llegado ni noticia de tan trascendental acontecimiento.

¿Cómo pudo Dios permitir que se dilatase tanto la llegada a los españoles de la consoladora noticia del amor misericordioso de su Corazón?

DICE el padre Peñalosa, S.I., en 1734: «Pudiera discurrir que el infierno, barruntando el gran lugar que ha de tener en los corazones españoles el Corazón amable de Jesús, ha empleado todos los desvelos de su vigilante malicia para estorbar que llegue a nuestros oídos el eco dulce de tan importante devoción. Pero, por más esfuerzos que haga, por más que gire en torno de su astucia la envidia de esta antigua serpiente, espero que se ha de introducir, ¿qué digo introducir?, se ha de entronizar en España el Corazón adorable de Jesús». En carta de 12 de abril de 1734 el mismo padre alienta a los jesuitas de la provincia de asistencia española: «Si se echa tarde la semilla de esta devoción, no importa. El Señor mirará con benignidad nuestra tierra, dotándola de tan generosa fecundidad, que supla largamente las demoras del tiempo con la abundancia del fruto. Aunque España comience la última en su carrera, su alentado fervor podrá alcanzar, y por ventura pasar, con el favor divino, a los primeros». Siglo y medio después, el padre José Eugenio de Uriarte, S.I., lo confirma en la introducción de su precioso libro *Principios del Reinado del Corazón de Jesús en España*: España será «trono del reinado, tardío sí, pero glorioso, tanto cuanto estable, de las dulzuras, de las gracias y del amor del Corazón de Jesús sobre la tierra».

El Corazón de Jesús empezó a darse a conocer en nuestra España por Agustín de Cardaveraz, director y maestro de Bernardo de Hoyos.

QUIÉN hubiera dicho en 1729 que aquella centellita que había dejado caer el Corazón de Jesús en el de Agustín de Cardaveraz, había de causar tanto incendio en nuestra patria?... Por este director y maestro de Bernardo de Hoyos empezó el reinado del Corazón de Jesús en España.» (padre Uriarte, S.I.)

El novicio guipuzcoano Agustín de Cardaveraz en el curso 1726-1727 estudiando teología en Valladolid, tuvo conocimiento del libro latino *De Cultu* recién publicado en Roma por el padre Galliffet sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús: «Me consolé mucho en el Señor cuando leí el tomo del padre Galliffet en San Ambrosio, y lo leí muchas veces». A partir de entonces el Corazón de Jesús le fue preparando para sus proyectos. «El 11 de septiembre (de 1729), cuenta Agustín: «Me hizo S. Majestad mirar a sí... y vi que abría su divino pecho y llaga del costado, hasta descubrirse claramente su divino Corazón, volcán de amor infinito y relicario riquísimo de la Trinidad beatísima. Y habiéndose también abierto aquel sagrario de la divinidad, Jesús me dijo: “Hijo, entra en éste mi Corazón, y descansarás en él a tu gusto”...estuve así perdido y hundido por un rato, y perdí luego de vista a mi Jesús al entrar en su Corazón; porque me pasó de su humanidad a la divinidad... me sumergí y perdí en el golfo inmenso de la divinidad, como cuando un pececillo se zambulle en el océano, sin poder hallar fondo ni término. Vi en aquellas divinas tinieblas e inmersión de la divinidad, altísimos secretos». Pocos días después, el 25 de septiembre de 1729, escribe: «Tuve altísimas inteligencias y entendí experimentalmente grandes misterios, sobre todo referente a que “un soldado le abrió el costado y de continuo salió sangre y agua”».

«Esta empresa la ha tenido reservada el amor de Jesús para sus jesuitas»

AGUSTÍN, que en diciembre de 1729 se ordenaba sacerdote en Valladolid, se queja a su amigo y director el padre Juan de Loyola de que la causa del Corazón de Jesús —«esta empresa tan gloriosa y heroica, que la ha tenido reservada el amor de Jesús para sus jesuitas»—, algunos compañeros no la secundan: «Nuestros jesuitas no todos están tan inclinados a estas congregaciones. Dichosos mil veces nosotros si, unidos a su adorable Corazón, cooperamos a una a sus amorosos designios... Una cosa hemos de rogar con todo afecto al Cora-

zón de Jesús y es que su Majestad se apodere con su divino amor, suave y eficazmente, del de los de sus escogidos instrumentos, los jesuitas, pues conozco en su Majestad, que la indiferencia o tibia inacción de algunos de los nuestros, es en gran parte el impedimento a los amorosos designios del Corazón divino que se quiere comunicar y difundir en los de los otros. El demonio hace todos sus esfuerzos para que los nuestros no tomen con el debido celo el asunto, y si una vez logramos la felicidad de que nuestro amor Jesús gane de veras para sí los corazones de muchos de los nuestros, que pueden y no hacen, se verán efectos prodigiosos en todos los fieles. Esto, esto hemos de rogar al mismo amor Jesús, que prenda de veras este divino fuego consumidor en los hijos de Ignacio, que después abrasarán a todos los demás en sus ardores».

«Ruego a los santos ángeles que acompañan a los nuestros que no se consagran con todo empeño a dar esta complacencia tan justa y deseada a las ansias continuas que oprimen el Corazón de nuestro amor Jesús, que ya que no puedo pegar a los tales este fuego celestial, que ellos con su poder den asaltos y una santa batería a sus corazones; que despierten a los dormidos, que animen a los remisos, que den voces interiores a todos que les hagan experimentar cuan dulce cosa es amar a Jesús y estar eternamente en su Corazón para que todos a una se conjuren santamente a conquistar los de los fieles ignorantes, olvidados o ingratos, y dar este descanso al Corazón afligidísimo de Jesús... en una devoción que por su fin es la devoción de las devociones, pues ésta en esta vida es adorar a Jesucristo nuestro amor en el Santísimo Sacramento... Nuestro amor Jesús nos tenga eternamente en su divino Corazón. Azcoitia, y julio 8 de 1736.- in sacro Corde Jesu. Jhs.- Agustín de Jesús.» (El padre Agustín había cambiado su nombre por el Agustín de Jesús)

En la octava del Corpus de 1733 el padre Cardaveraz predica en Bilbao el primer sermón que sobre el Corazón de Jesús se oye en España

EL ayuntamiento de la Villa de Bilbao le encarga al padre Cardaveraz el sermón de la octava del Corpus, que predica el 11 de junio de 1733 ante la corporación en pleno, en su parroquia de San Antonio Abad, el primer sermón que sobre el Corazón de Jesús se oye en España. Hasta 1755 se ocupó en misionar los pueblos de Guipúzcoa y Vizcaya, predicando y fundando congregaciones del Corazón de Jesús. En 1738 fundó en Elorrio la primera, arraigada con tal éxito que escribe: «El viernes del Corazón de Jesús se hizo la

fiesta espiritual más solemne que jamás se vio en aquel pueblo»

En 1755 se retiró enfermo a la casa de Loyola, dedicándose a dar Ejercicios. Su fama de santidad era tal que el famoso padre Larramendi, que convivía con él, decía: «Cuando el padre Agustín habla es menester ceder, porque este padre siempre habla por luces superiores». De Loyola no saldría sino para el destierro por la Pragmática de Carlos III el 3 de abril de 1767, pasando a San Sebastián, donde le embarcaron con los jesuitas de Guipúzcoa y Navarra hasta El Ferrol, y de allí en dos convoyes, tras largas semanas de navegación y frustrada arribada a Civitavecchia, donde no fueron admitidos por el Papa para manifestar a Carlos III que no podía disponer por su cuenta de sus territorios. En invierno, atravesando los Apeninos, le residencian en Castel San Giovanni, junto a Bolonia, en los Estados Pontificios. Enfermó, nadie supo de qué, sin duda de dolor por ver a su patria como abandonada de la mano de Dios, y, apremiado por el deseo de poder descansar para siempre en el Corazón de su amor Jesús, murió a los 66 años, el 18 de octubre de 1770, rodeado de sus íntimos: los padres Calatayud, Idiaquez y Mendiburu. En su funeral se dijo de él que «había conservado pura la estola de la inocencia bautismal, llevando una vida más angélica que humana». En 1908 sus restos fueron repatriados a España, conservándose en una arqueta en la basílica de San Ignacio de Loyola.

Agustín de Cardaveraz será el humilde eslabón de la fina cadena de confidentes y verdaderos amigos escogidos por el Corazón de Jesús para dar a conocer y promover, suave y pacientemente, su devoción a su Iglesia en España. Esta fina cadena la inicia Jesús con Margarita María, quien la transmitió a Claudio la Colombière, y éste a sus jóvenes oyentes de Lyon, Juan Croiset y José Galliffet. A través del libro de este último, la conoció Agustín de Cardaveraz, quien encargándole la transcripción de uno de sus pasajes, se la hizo conocer a su amigo Bernardo de Hoyos, quien sería ya el elegido del Corazón de Jesús para llevar a cabo su rápida difusión pública por toda España y América. Habían transcurrido sesenta años, parece mucha tardanza, pero así son los caminos de Dios.

«El Señor me dijo clara y distintamente, que quería por mi medio extender el culto de su Corazón» (Bernardo de Hoyos)

AGUSTÍN de Cardaveraz, salvo con su director, el padre Loyola, y luego con el padre Calatayud, había llamado a los demás las gracias recibidas sobre la devoción del Corazón de Je-

sús, y ni siquiera le habló abiertamente de ella a su amigo y confidente Bernardo de Hoyos. Si había venido celebrando su fiesta desde 1726, lo hacía privadamente, sin pensar que tuviera la misión de extenderla por España. Pero los tiempos iban a cambiar, y en la primera quincena de mayo del año del Señor de 1733 el Corazón de Jesús iba a encargarse al novicio jesuita Bernardo de Hoyos, que no había cumplido aun los veintidós años, estudiante de segundo curso de teología en Valladolid, el dar a conocer y promover en España el culto público de la devoción a su Corazón. «Todos los favores que Jesucristo, Señor nuestro, había hecho hasta entonces a Bernardo, se dirigían al culto de su Sagrado Corazón. Había llegado ya el tiempo de la amorosa providencia de Dios para descubrir a nuestra España la fuente divina e inagotable de sus gracias» (padre Loyola).

Bernardo Francisco de Hoyos, nacido en Torrelobatón (Palencia) el 21 de agosto de 1711 había ingresado a los 15 años en el noviciado jesuita, y en la primavera de 1733 se hallaba estudiando teología en el colegio de San Ambrosio de Valladolid. Ni noticia tenía de la devoción al Corazón de Jesús, cuando el 3 de mayo de 1733... pero mejor será oír al propio Bernardo:

«El P. N. (Cardaveraz) en carta que recibí el miércoles pasado (29 de abril) me pedía le trasladase la institución de la fiesta del Corpus y la revelación y dificultades que para ello hubo (se refiere a las contradicciones que en el siglo XIII tuvo santa Juliana de Cornillon para el establecimiento de la fiesta del Corpus Christi, que Cardaveraz quería comparar con las que se oponían ahora a la introducción de la fiesta del Corazón de Jesús) como lo refiere el padre Galliffet en el tomo de *Cultu Cordis Dei Jesu*, para lo que saqué de la librería este tomo el domingo (3 de mayo). Yo que no había oído jamás tal cosa, empecé a leer el origen del culto del Corazón de nuestro amor Jesús, y sentí en mi espíritu un extraordinario movimiento fuerte, suave y nada arrebatado ni impetuoso, con el cual me fui luego al punto delante del Señor Sacramentado a ofrecerme a su Corazón, para cooperar cuanto pudiese, a lo menos con oraciones, a la extensión de su culto. No pude echar de mí este pensamiento hasta que, adorando la mañana siguiente al Señor en la hostia consagrada, me dijo clara y distintamente, que quería por mi medio extender el culto de su Corazón... y entendí que había sido disposición suya especial que mi hermano el P.N. (Cardaveraz) me hubiese hecho el encargo, para arrojar con esta ocasión en mi corazón estas inteligencias.»

«Me mostró su divino Corazón todo abrasado en amor y condolido de lo poco que se le estima.»

BERNARDO escribe aún estremecido: «Todo el día anduve con notables afectos al Corazón de Jesús; y ayer (5 de mayo de 1733) estando en oración, me hizo el Señor un favor muy semejante al que hizo a la primera fundadora de este culto, la V.M. Margarita Alacoque. Mostróme su divino Corazón todo abrasado en amor y condolido de lo poco que se le estima. Repitiéndome la elección que había hecho de este indigno siervo suyo para adelantar su culto... y que sería singular agrado suyo que esta Provincia de su Compañía (de Castilla) *tuviese el oficio y celebrase la fiesta de su Corazón como se celebra ya en tantas otras partes.*» (Vida y milagros del P. Hoyos, P. Loyola)

Al recibir el padre Agustín el escrito pedido y comprobar que iban cumpliéndose los planes, hasta entonces ocultos, del Corazón de Jesús, recibió también las quejas de Bernardo por no haberselos comunicado antes; y le respondió: «Descuido o corteidad de mi genio ha sido el no haberle comunicado antes de ahora este tesoro y mina riquísima del Corazón divinísimo de nuestro amor Jesús... Yo desde mi primer año de teología he celebrado según mi tibieza esta festividad al otro día de la octava (del Corpus), y desde que me ordené he procurado todos los viernes hacer especial mención mentalmente en el santo sacrificio de la Misa en honor de este misterio soberano. ¡Ojalá hubiera modo de extender este culto! Ya tengo apuntado en mi sermón de la octava, hablando de la institución solemne del Corpus, citando al P. (Galliffet) en ese tomo, cómo escribió sobre el culto y nueva festividad del divino Corazón, que es mañana en muchos reinos, aunque acá en España no la logramos aún.»

«Vi el deseo y como ímpetu que padecía su Corazón por comunicar a los hombres los tesoros y riquezas del Padre depositadas en aquel sagrario»

SIGUE Bernardo de Hoyos: «El domingo pasado (10 de mayo) inmediato a la fiesta (de la aparición) de nuestro san Miguel, después de comulgar sentí a mi lado a este santo Arcángel, que me dijo, cómo el extender el culto del Corazón de Jesús por toda España, y más universalmente por toda la Iglesia, aunque llegaría el día que esto suceda, ha de tener gravísimas dificultades, pero que se vencerán... «Después de esto se me mostró aquel divino Corazón de Jesús todo arrojando llamas de amor, de suerte que parecía un incendio de fuego

abrasador... cerró y cubrió mi miserable corazón dentro del suyo, donde por visión intelectual admirable vi los tesoros y riquezas del Padre depositadas en aquel sagrario; el deseo y como ímpetu que padecía su Corazón por comunicarlas a los hombres... «Desde entonces he andado absorto y anegado en este divino Corazón; al comer, al dormir, al hablar, al estudiar, no parece palpa mi alma otra cosa que el Corazón de su amado, y cuando estoy delante del Señor Sacramentado, aquí es donde se desatan los raudales de sus dulcísimos favores, y, como este culto mira al Corazón Sacramentado como a su objeto, aquí logra de lleno sus ansias amorosas.»

«Pidiendo esta fiesta para España me dijo Jesús: Reinaré en España, y con más veneración que en otras partes.» (14 de mayo de 1733)

EL 14 de mayo, día de la Ascensión, cuenta Bernardo como después de comulgar «tuve la misma visión referida al Corazón, aunque con la circunstancia de verle rodeado con la corona de espinas y una cruz en la extremidad de arriba, ni más ni menos que le pinta el P. Galliffet (en la lámina con que encabeza su libro). Convidaba el divino amor Jesús a mi corazón se metiese en el suyo por aquella herida: que aquel sería mi palacio, mi castillo y muro en todo lance. Y, como el mío aceptase, le dijo el Señor: “¿No ves que está rodeado de espinas, y te punzarán?”. Que todo fue irritar más mi amor que, introduciéndose en lo íntimo, experimentó eran rosas las espinas. Recogida toda el alma en este camarín celestial, decía “Este será mi descanso por los siglos de los siglos, aquí habitaré, porque lo he elegido” (Salmo 131,14) Pedí a la Santísima Trinidad esta fiesta en especial para España, en que ni aun memoria parece hay de ella, y me dijo Jesús: “Reinaré en España, y con más veneración que en otras muchas partes”» (P. Loyola. Vida y milagros del P. Hoyos (1.III, c.I).

El 12 de junio de este año 1733, viernes posterior a la octava del Corpus, Bernardo de Hoyos se consagraba al Corazón de Jesús con la fórmula del padre La Colombière, y el 29, día de renovación de sus votos, san Pedro le aseguraba que uno de sus sucesores (el beato Pío IX) establecería la fiesta en toda la Iglesia. El 31 de julio, después de la comunión, se le aparecen san Ignacio y san Francisco Javier, y el primero le habló muy despacio sobre la devoción al Corazón de Jesús, y le hizo saber como la Providencia quería dar a la Compañía la gloria de ver a sus hijos propagar su culto, obtener de la Iglesia la fiesta deseada, y encargarse de hacerla aprobar.

En la fiesta del 15 de agosto: «Vi el Corazón del

Padre Eterno, esto es, su inmensa bondad en símbolo de corazón, como un globo inmenso de fuego, cuya infinita grandeza se extendía sobre toda la tierra, cielos y más allá de los abismos. Los inmensos resplandores y como inundaciones de luz que despedía, se recogían en el Corazón sacrosanto de Jesús... los benéficos rayos que esparcía, se iban como estrechando hasta recibirse toda su actividad en el Corazón amabilísimo de nuestra Madre María Santísima, que miraba en forma de sol brillante y hermoso el cual inmediatamente comunicaba a los hombres y a toda la tierra la multitud de rayos y luces que había recibido».

«En la acción de gracias pedí la extensión del Reino del mismo Corazón sagrado en España, y entendí que se me otorgaba... dilatándose tanto en deseos mi pobre corazón que piensa extender en el Nuevo Mundo el amor de su amado Corazón de Jesús, y todo el universo se le hace poco» (28 de octubre).

«Tesoro escondido en el Sagrado Corazón descubierto a nuestra España»

COMO quien tiene autoridad, el novicio Bernardo encomienda a sus amigos y superiores la puesta en práctica de su plan: publicar en castellano las mejores obras con que fundamentar la nueva devoción; propagarla mediante la predicación y reparto de libros, estampas y novenas; fundar congregaciones del Corazón de Jesús, y ganar para la causa a la jerarquía eclesiástica y la influencia de la Corte, para así hacer aprobar por Roma la misa y el oficio de su fiesta para España.

Encarga a su antiguo maestro de novicios padre Loyola que pida al padre Galliffet el reglamento de las congregaciones del Sagrado Corazón, y la autorización para traducir su libro. Desde entonces Galliffet estaría en contacto con Hoyos y sus confidentes. Loyola creyó mejor hacer una obra nueva, que terminaría pronto, y que Bernardo corrigió a su gusto. Fue remitida, y sorprendentemente aprobada en Roma, tras lo cual Bernardo obtuvo para el libro algo entonces impensable: el *imprimatur*; no sólo del provincial de Castilla, sino el del obispo de Valladolid don Julián Domínguez de Toledo, poco amigo de los jesuitas y de las devociones nuevas. Con tales aprobaciones Bernardo obtuvo indulgencias de varios obispos a los que vinculó así con la devoción, buscó fondos y se encargó de su impresión.

Así apareció en octubre de 1734 el *Tesoro escondido en el Sagrado Corazón descubierto a nuestra España, con breve noticia de su culto, propagado ya en varias provincias del orbe cristiano*, dedicado al arzobispo de Burgos. Este piadoso arzobispo, don Manuel de Samaniego, a sugerencia del novicio

Bernardo, envió un ejemplar a todos los obispos de España con una apremiante invitación personal a pedir a Roma para sus respectivas diócesis la misa y el oficio del Corazón de Jesús. «Creo que todos los que son vivos han dado su carta», escribe al padre Loyola. Envío luego sendos ejemplares al palacio real, a los príncipes don Fernando (VI) y doña Bárbara, de cuyas manos fueron pasando a la nobleza de la corte. El mismo año 1734 Bernardo encargó al padre Peñalosa la traducción al castellano de *La devoción al Corazón de Jesús*, del padre Croiset, que sería editado en Pamplona por cuenta de Juan Francisco Garisoain.

Los pecados de los hombres no bastan a apagar, sino que sirven para encender más el amor del buen Jesús por ellos

EL 2 de enero de 1735 Bernardo de Hoyos, con dispensa de la edad por Roma, era ordenado sacerdote a los 23 años. En su primera misa, celebrada en honor del Corazón de Jesús, «como sacerdote propiamente suyo, consagrado y dedicado a su culto», oyó a Jesús decir a su Padre: «He escogido a Bernardo para que se consagre del todo a la reparación de mi Corazón, para que aplaque Vuestra justa indignación, ofreciéndome a Mí en sacrificio. Para esto le he honrado con el sacerdocio... Una vez en la misa me mostró mi amor Jesús su adorable Corazón todo abrasado en amor, y como en una grande opresión por las vivísimas divinas ansias que padecía y padece por comunicarse a los hombres. Entonces sentí un fuego extraordinario en el mío, que por una parte se licuaba de amor, y por otra se me partía de dolor... viendo que no puedo dar entero cumplimiento a los deseos de su divino Corazón, estampando a sagrado fuego un incendio general que abrase en su amor todos los corazones humanos, y como no los puedo abrasar a todos como yo quisiera en su amor».

Habiéndosele dado a conocer que «los pecados de los hombres no bastan a apagar, sino que sirven para encender el amor nobilísimo del buen Jesús, Bernardo no sabía ni podía formar discurso alguno sin referirlo a las glorias del Corazón de Jesús», y cómo tenía impresa en su alma «la revelación que Jesús hizo a Margarita María de que quería que la imagen de su Corazón, perfectamente delineada, se expusiese a la vista de los fieles para que a la vista de tan amable objeto se ablandase la dureza de los corazones... El Sagrado Corazón me dio a entender que quería que se expusiese en España su imagen, como la que trae el padre Galliffet, que así se mostró el Corazón sagrado a la beata Margarita, y casi siempre se me ha descubierto a mí con las mismas

insignias. Entendí había de enternecer muchos corazones este amabilísimo objeto» (padre Loyola)

«¿Crees que todo esto es obra de los hombres? No, es obra de mi Padre, que se complace en mi Corazón»

LE quedaban sólo once meses de vida, y el ya sacerdote Bernardo de Hoyos los dedicó a extender la devoción, enviando por doquier estampas y novenas del Corazón de Jesús, que en gran número había hecho traer de Roma, con una plancha para poder imprimirlas también aquí. «Con la lámina que llegó de Roma se estamparon tantos millares, que al poco tiempo se inutilizó del todo, pero la devoción estaba ya tan ardiente que para contentarla fue preciso abrir nuevas láminas y traer otras semejantes de Roma. Como era fácil distribuir las estampas por el correo, se podía decir seguramente que apenas hubo lugar ni pequeña aldea en toda España donde no se adorase por este medio al Corazón de Jesús.» El padre Calatayud lo confirmaba: «las estampas se reparten como pan bendito». Este misionero escribe al padre Prado en 1736 como Bernardo «fue el impulsor y el motor para que yo publicase esta devoción desde el púlpito, para que la insinuase a muchas comunidades de religiosas y la abrazasen muchas almas devotas... y para que yo fundase las congregaciones del Corazón de Jesús». Con autorización e indulgencias de su obispo, organizó Bernardo en San Ambrosio de Valladolid la primera novena pública al Sagrado Corazón, ante el Santísimo Sacramento expuesto, con comunión y preces reparadoras en el día de su fiesta de 1735.

Y todo esto, humanamente hablando, era obra de un estudiante de teología de 23 años, que dos antes no conocía los hechos de Paray, ni había oído hablar siquiera de la devoción al Sagrado Corazón, y del que el padre Loyola dice que Jesús al elegirle: «Quería tomar por instrumento a una persona oculta, desconocida e inhábil». Bernardo se complacía en su miseria, pues el propio Jesús le había dicho: «¿Crees que todo esto es obra de los hombres? No, es obra de mi Padre, que se complace en mi Corazón».

El 17 de octubre de 1735 se encomendaba en su misa a Margarita María, y como una premonición, dice: «Entendí como su muerte fue un recostarse dulcemente en el Corazón de su amado, dando en él el último aliento. Y a la vista de muerte tan deseable, ¡oh, buen Dios, qué asalto de amor tan fuerte sintió este mi pobre corazón, tocado de una santa envidia!». Poco debía esperar, pues al mes siguiente, el 29 de noviembre de 1735, tras repetir «¡Qué bueno es habitar en el Corazón de Jesús!» moría a los veinticuatro años Bernardo de Hoyos, el mensajero de la devoción al Corazón de Jesús en nuestra patria, dejando tan afirmada, que se pudo escribir: «En nuestra España, donde la devoción al Corazón de Jesús era del todo desconocida hasta mediados de 1733, ha hecho ya tan felices progresos, que sólo el amor infinito del Corazón de Jesús para con los corazones españoles pudiera dilatarla tanto. Se halla entronizada en los corazones soberanos, consagrada en el espíritu de los ilustrísimos preladados de nuestra ínclita nación, favorecida de innumerables comunidades religiosas de ambos sexos, y de cuantas piadosas almas tiene la dicha de haber conocido y experimentado la solidez y la dulzura del culto del Corazón de Jesús» (padre Loyola).

En 1894 se abrió en Valladolid el proceso informativo de la causa de beatificación del padre Bernardo de Hoyos. Hace ya ocho años que la Congregación para las Causas de los Santos declaró sus virtudes heroicas. En estos últimos tiempos en que nuestra España se halla tan olvidada como necesitada de la misericordia del Corazón de Jesús, recordando como éste le dijo a Bernardo que «los pecados de los hombres no bastan a apagar, sino que sirven para encender el amor de su Corazón», debemos urgir a la Providencia a que acelere la hora en que ha de venir a cumplir su promesa que el venerable padre Hoyos nos anunció como un imperativo incondicionado, afirmación que acompaña a su imagen en tantos monumentos de ciudades, pueblos e iglesias; y que preside aun tantos hogares de familias españolas: «Reinaré en España», concreción del lema de nuestro Apostolado de la Oración: *Adveniat Regnum tuum*.



La devoción a la Sagrada Familia en el padre Agustín de Cardaveraz*

IGNACIO M.^a AZCOAGA BENGOCHEA

La Sagrada Familia en la obra «La devoción a Jesús, María y José»¹

EL padre Cardaveraz escribió una obra en euskera sobre la Sagrada Familia, cuyo título original es: *Jesus Maria ta Joserren devocioa edo iru persona divino orien egiazco amorioa*² (La devoción a Jesús, María y José, o el verdadero amor a esas tres divinas personas).

A modo de subtítulo, el padre Cardaveraz añade la siguiente dedicatoria (a partir de aquí, cito traducido al castellano): A la más hermosa Trinidad del cielo que se vio en la tierra o a la Sagrada Familia de Dios. La calificación de «Trinidad en la tierra», referida a la Sagrada Familia de Nazaret, es una característica de la reflexión josefológica de Francisco Suárez, el Doctor Eximio.³ La denominación de «Sagrada Familia de Dios», expresión no tan frecuente, puede llevar un sello más personal. También en el título de la obra, refiriéndose a Jesús, María y José, les denomina «tres personas divinas».

Esta denominación también está relacionada con la reflexión josefológica del Doctor Eximio, pues se desprende de la consideración que hace de la vinculación de las tres personas de la Sagrada Familia de Nazaret al orden hipostático.

De esta reflexión resulta que Jesús, que es el Verbo, es el Hijo de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad, María es la Madre de Jesús, es decir, del Verbo en su naturaleza humana, por la Encarnación obrada por el Espíritu Santo y José es el

padre de Jesús, es decir, del Verbo en su naturaleza humana, por ser verdadero su matrimonio con María.

Tratándose de una obra con la finalidad pastoral de mover a la devoción de esas tres divinas personas, como él las denomina, por medio del rezo de varias devociones, interesa recalcar que Cardaveraz en la introducción precisa que la devoción no consiste en rezos largos y otros similares. La verdadera devoción es un acto de nuestra religión que conduce nuestro corazón o alma con gran agrado a la voluntad de Dios. La devoción incluye los actos de adoración, invocación e imitación.⁴

La felicidad, dice, no consiste en hacer muchas y grandes cosas, sino en hacer bien las cosas pequeñas de cada día y hacerlas con el espíritu que Dios quiere.⁵

1.- NOBLEZA REAL Y DIGNIDAD DEL PADRE SAN JOSÉ

Al examinar el contenido de esta obra, dedicada a la devoción a Jesús, María y José, es decir, a la Sagrada Familia, nos damos cuenta de que se explicitan las relaciones familiares existentes entre los miembros de la Sagrada Familia, en los apartados dedicados a exponer la doctrina sobre san José.

De modo semejante, en lo referente a las prácticas de piedad, es en los misterios gozosos del Rosario y en los siete dolores y gozos de san José donde se contemplan los misterios que relacionan a estas tres personas como Familia Sagrada: Encarnación, Nacimiento, Presentación en el Templo, el Niño perdido en Jerusalén; entre otros.

El padre Cardaveraz da una gran importancia al hecho de que el designio de salvación establecido por Dios iba a realizarse en una familia, muy singular, pero verdadera familia, mediante la cual el mismo Dios, por la encarnación de su Hijo, iba a emparentar con los hombres. Dios eligió a María y José para padres de su Hijo y nombra, también, a los abuelos: Joaquín y Ana, para que la familia fuese una familia completa que integrara tres generaciones: abuelos-padres-hijos.

4. Op. cit. Facsímil p. 3-4.

5. Op. cit. Facsímil p. 5.

* Con ocasión del tercer centenario del nacimiento del padre Agustín de Cardaveraz, S.J., se transcribe un extracto de la comunicación que se encuentra en las Actas del III Congreso Internacional sobre la Sagrada Familia. Barcelona/Begues 6-10 septiembre 1996 pp. 475-494.

1. «Jesus, Maria ta Joserren devocioa», Obras euskáricas de Agustín de Cardaveraz, S.I. Gran Enciclopedia Vasca, T.II, Bilbao 1974, p.102-104, facsímil, p. 3-7.

2. El ejemplar utilizado en esta comunicación es el publicado en facsímil de la editada en Pamplona, en 1766, en la obra: *Obras completas euskéricas de Agustín de Cardaveraz, S.I.* Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1974. tomo II, pp. 101-219.

3. «La doctrina de Francisco Suárez en el origen de la teología de la Sagrada Familia». F. Canals -Ponencia II Congreso Internacional sobre Sagrada Familia (Begues, 7-11 septiembre de 1994).



Las genealogías de san Lucas y san Mateo, nos dice Cardaveraz, establecen en vía ascendente y descendente los vínculos del Salvador, por una parte, con toda la familia humana hasta Adán y, por otra, con las promesas de salvación, hechas a la Casa de David, nobleza real que es transmitida a Jesús por José, no por María. Esta transmisión del derecho regio al Salvador, por san José, es uno de los argumentos que utiliza Cardaveraz, en respuesta a la censura de Larramendi, en relación con la denominación de José como padre de Cristo, basándose en la autoridad del padre Cornelio «in Math.1, p. 36 et 39. Por Jose Cristo fue sucesor del reino de Judá - y por José, no por la Beatísima María, Cristo fue heredero del cetro y del trono de David: porque José fue verdadero y legítimo padre de Cristo».⁶

A la pregunta: ¿Quién es José? Responde Cardaveraz que es el verdadero esposo de la Madre de Dios y el presunto (tenido por - *aita usteco*), padre putativo, también utiliza el de verdadero padre (*eguiazco aita*). Sobre todo en la réplica a la censura de Larramendi, aduce una serie de textos de Suárez, en los que se dice que Cristo, Hijo de Dios Padre, fue también hijo de José, que san José fue más padre de Cristo que adoptante, padre matrimonial de Cristo.⁷

Es el Evangelio sagrado, concluye Cardaveraz, el que le dio a san José el glorioso y sin igual nombre de padre a gusto de la Trinidad. Y de esta dignidad o raíces divinas surgen como naturalmente los

6. Larramendi-Cardaveraz J. Ignacio Tellechea Idígoras, separata del «Anuario del seminario de Filología Vasca Julio Urquijo» tomo II (1968) Gráficas Colón S.L. San Sebastián (1968) p. 25. Es la publicación de cuatro documentos autógrafos existentes en el Archivo Histórico de Loyola.

7. Larramendi-Cardaveraz, J. Ignacio Tellechea Idígoras, Gráficas Colón S.L. San Sebastián (1968) p. 25.

demás dones y privilegios inefables del padre san José.⁸

2.- ¿CÓMO HIZO DIOS A SAN JOSÉ?⁹

Agustín de Cardaveraz recoge los testimonios de autores destacados que nos permiten conocer la proximidad de san José a la Virgen María y la semejanza entre ellos por el matrimonio. No sólo eran iguales san José y la Virgen por la nobleza de sangre e iguales en esto a Jesús, en cuanto hombre, sino que san José fue semejante en la perfección del alma a su esposa.

Esta semejanza en la perfección de las almas de san José y de María era conveniente, continúa el padre Cardaveraz, no sólo por la bondad de Dios, sino también porque el bien de la dignidad de los esposos requería que san José fuese, en relación a Dios y a los hombres, un hombre cabal «esposo y padre, señor de su casa y gobernador».¹⁰

Después de esta consideración sobre la semejanza de alma que se establece en la comunión matrimonial de los esposos, viene la correspondiente a la relación paterno-filial entre san José y Jesús y la naturaleza de esta paternidad, pues dice que en el Evangelio, no sólo los que no conocían el misterio, al ver a Jesús obediente a san José decían que era su padre, deducido de esta relación familiar, sino también los que conocían bien la divinidad de Jesucristo, es decir, la Madre Santísima y san Lucas, le llaman a José padre de Jesús.

Después de establecida esta verdadera paternidad de san José, en relación con el Niño Jesús, se extiende en explicar estas relaciones, a modo de las que se dan en cualquier familia, como relaciones paternofiliales de cariño, grata compañía, obediencia filial, enseñanza del oficio de carpintero y la ayuda prestada por el Hijo al padre, en este caso procedente de ese parentesco misterioso.

Por otra parte, alude a una hipotética y misteriosa muerte de san José que califica de muerte de amor y en continuidad con las relaciones paternofiliales, señala la atención que tendría Jesucristo cuando después de su resurrección de entre los muertos, entre los santos que resucitaron según el Evangelio, estaría sin duda san José, de manera que se lo llevó consigo al cielo, para siempre, el día de la Ascensión. De manera que ahora, en el cielo están los tres, la Sagrada Familia, en cuerpo y alma, como intercesores nuestros.

8. «Jesus, Maria ta Joseren devocioa», Obras euskáricas de Agustín de Cardaveraz S.I. Gran Enciclopedia Vasca T.II, Bilbao 1974 p.132, facsímil p. 63 lin. 20 ss.

9. Op. cit. p. 133-137, facsímil 64-72.

10. Op. cit. p. 134, facsímil p. 66, lin. 17 ss.

3.- LAS MARAVILLAS DEL PADRE SAN JOSÉ¹¹

En este apartado, el padre Cardaveraz hace una recopilación de las maravillas con las que Dios favoreció a san José y expone su fundamento. En este sentido dice que, así como el fundamento de las gracias, dones, privilegios y maravillas de la Madre-Virgen está enraizado en el hecho de ser Madre de Dios, en san José, el fundamento de estas maravillas estriba en el hecho de ser verdadero esposo de la Madre-Virgen y padre putativo de Jesucristo.

Hace la siguiente enumeración de estas maravillas:

1.- El Padre eterno le dio el nombre de padre y le puso de sustituto suyo en la tierra. Sólo san José tuvo, guardó y gobernó al Rey y a la Reina de todos los ángeles.

2.- Dios hizo a san José secretario y testigo fiel de sus tesoros y misterios divinos. Fue el primer hombre en saber la noticia de la encarnación de Dios hecho hombre.

3.- San José, después de la Madre-Virgen, es el primer hombre que hizo voto de castidad, a semejanza de su esposa. Dicen los Doctores que el Señor hizo el cuerpo y el alma de san José tan puros que este privilegiado santo no tuvo ni rastro de pecado.

4.- San Mateo dice que el padre san José era justo y con eso quería decir, según los santos, que Dios le hizo el más dichoso de todos los santos en dignidad y santidad. Y que les tomó a todos la delantera en el amor a Dios y en el cumplir siempre su voluntad.

5.- José recibió del Señor el don de hacer de ángel de la guarda de Jesús, mientras todos los ángeles fueron siempre sus servidores.

6.- El Padre Eterno le hizo padre putativo de su único Hijo, pero esposo verdadero de la Madre-Virgen. Así como el querido Jesús es todo de su Madre Santísima, así es también todo de san José. Recoge aquí las comparaciones que hace Suárez para mostrar cómo por el matrimonio con María es verdadero padre de Jesús. El fruto es del dueño del árbol. La fuente que surge o nace, aunque sea por milagro, es del dueño del campo en el que brota. Jesús es el fruto bendito del vientre de la pura esposa de José: María, y, por ello, todo le corresponde a José.

7.- Algunos Doctores dicen que, para que el padre san José hiciera como es debido su oficio con Jesús y su Madre querida, Dios santificó a José en el vientre de su madre como su amigo más bendito.

8.- Aunque el padre san José procedía de sangre de reyes, Dios le hizo pobre; como a su Madre, y no como los grandes hombres del mundo, sino que fue

artesano, para que ayudara al Hijo de Dios y a su Madre con su trabajo limpio y honrado. Cuando Jesús creció, le ayudaba a hacer su trabajo.

4.- DÓNDE Y CÓMO EMPEZÓ LA DEVOCIÓN AL PADRE SAN JOSÉ¹²

La devoción a san José, dice Cardaveraz, procede del Evangelio, pero ha estado escondida y es reciente. Señala como pioneros de la devoción a san José en España al padre Ribadeneyra: *Flos sanctorum*; a Teresa de Jesús, a M^a Jesús de Agreda: *Las glorias del P. San José* (hoy estas dos son santas). Entre todos los maestros destacó, dice, el Doctor Eximio, padre Francisco Suárez, quien explica como nadie la santidad, la dignidad y prerrogativas, totalmente divinas, del único esposo de la Madre Santísima.

La Trinidad en la tierra

A continuación, el padre Cardaveraz trae a consideración la reflexión de la Sagrada Familia como Trinidad de la tierra, en relación con el hecho de tratarse de una singular pero verdadera familia y a la devoción que se debe tener a cada uno de sus miembros.

Dice que Jesús, María y José, tal como aparecen en el Evangelio y como se encuentran ahora en el cielo, se vieron en su día en la tierra, los tres siempre juntos, en una misma casa y en una misma mesa.

Esta es, continúa, la única familia en la tierra que es totalmente celestial o divina. A ésta se le debe nuestra reverencia y adoración.

Los tres actos de la religión o señales de la devoción: latría, hiperdulía y dulía, están en Jesús, María y José, la Sagrada Familia o Trinidad de la tierra.

A cada miembro, como tal, le corresponde uno de estos actos. Así, el culto de adoración o latría, sólo se le debe a Jesús, como Dios; el de hiperdulía, sólo se le debe a María; y el de dulía, que se debe a los santos, la dulía suma, se debe a san José.

Ahora bien, viene a deducirse de su reflexión que, a la Sagrada Familia, como tal, se le debe nuestra reverencia y adoración, pues la familia de Jesús, María y José es la divina Trinidad del cielo o un hermoso retrato de las tres Personas. En esta Trinidad, el padre y cabeza de familia era el padre san José; la madre era María Santísima; y el Hijo era el querido Jesús.

La vinculación de las tres Personas en el orden

11. Op. cit. p.137-143; facsímil p. 73-84.

12. Op. cit. p.143-148. facsímil p. 84-94.

hipostático es el fundamento del culto a la Sagrada Familia, como tal, y también del puesto de san José en el orden de la salvación, pues, aunque no tenemos que meternos a medir que santo es mayor, conocemos el amor a Dios de san José en sus obras admirables y sabemos, además, que entre todos los matrimonios que ha habido en el mundo, el más santo, el más hermoso y el más ordenado es el matrimonio santísimo de María y José.

La dignidad de san José y la de la Sagrada Familia, como tal, la deduce Cardaveraz del matrimonio. En efecto, si la fe, el respeto y el amor recíproco entre los esposos es igual de grande, porque una santa esposa tiene la mitad de su corazón en el de su santo esposo, ¿qué podríamos decir del matrimonio y del corazón virginal de María Santísima, la cual tenía en José, su casto esposo, no como otras, la mitad de su corazón, sino toda su alma?

La Madre-Virgen habría querido, sin sombra de duda, que José, su querido esposo, fuera el hombre más santo y que estuviese lleno de la riqueza celestial del Señor y de toda bondad. Dios mismo: Padre, Hijo y Espíritu Santo ¿qué habría querido en este santísimo matrimonio o boda divina de María y José?

Las cosas que hizo Jesús en esta divina familia, sus trabajos y tareas, sus sufrimientos y sudores, todos los esfuerzos de su dulce corazón fueron en servicio de la divinidad de Jesús.

Como Jesús era la misma Persona de la Trinidad, así a su modo José y María tenían semejanza a las otras dos Personas, con todo el espíritu y la perfección divina.

Al querido José, el Padre le dio a su Hijo; el Hijo, su Madre; y el Espíritu Santo, su única esposa, por verdadera esposa: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, es decir, Dios, le dieron a José en el Evangelio el nombre de padre de Jesús.

Los privilegios de san José¹³

EN este apartado, el padre Cardaveraz destaca fundamentalmente la función mediadora de san José en la salvación del mundo y por extensión de la Sagrada Familia.

Dice: es verdad de fe que Jesús es el único Salvador del mundo, nuestra salvación está en manos de Jesucristo. Ahora bien, lo que está en manos de Jesús, está en manos de José, su padre bendito.

(En esta reflexión se halla implícita la función de patrono de la Iglesia de san José). En efecto, el querido Jesús, dice, se puso a sí mismo a cargo de José, es decir, puso a cargo de José su Persona divina. Lo que le mandaba el padre san José, el Hijo de Dios

hacía. Lo que pide José, Jesús lo quiere y lo hace porque está completamente en sus manos.

Ahora bien, Jesús está en manos de José voluntariamente, en cuanto perteneciente a la Sagrada Familia. Cuántas veces, dice, calentaría las manos de Dios, hecho Niño pequeño, levantaría del suelo al Niño divino, le cogería y le llevaría, le daría de comer y beber con su mano, le vestiría y le ayudaría. Se trata, pues, de una mano bendita, mano poderosa, por ser la mano de Dios y todo su poder. Es como pedir, mandar y hacer de José.

Además, la devoción a san José es señal de predestinación porque Jesús, María y José constituyen una familia y así, el que ama a José con fe viva y con verdad de corazón, amará a María, su esposa y a su Hijo Jesús: siempre son uno y van los tres juntos.

La Sagrada Familia, escalera del cielo

LA misericordia de Dios nos ha hecho en este santo una escalera. Esta escalera segura para que nuestras peticiones suban bien a Dios y para que bajen a nosotros bien resueltas, es la de José, María y Jesús. Debemos ir a José y que sus felices manos lo presenten, que la Madre-Virgen a su Hijo y el buen Jesús al Padre Eterno.

El Padre Eterno hará contento lo que le dice su Hijo, Jesús; el Hijo, lo de su Madre querida. María, lo de su dulce esposo. La escalera que empieza en José, en José acaba.

La Sagrada Familia – Poder regio

JESÚS es el Rey de todos los reyes, es decir, de todo el mundo. María es la Reina y José es el esposo de la Reina, y el Padre eterno le nombró como padre del Rey, le estableció en una dignidad y en todos los oficios para protección de la Madre-Virgen y para guardar su honra y para salvar a su Hijo Jesús.

Dios hizo a José señor de su casa y dueño de sus tesoros, es decir, guardián y gobernador de Jesús y de María y con ellos tesorero de todos los tesoros del cielo y de la tierra. Vayamos todos a pedir a José. Los padres pidan a José, por medio de la divina familia, la gracia de educar bien a los hijos. Los casados encontrarán en José la paz entre ellos dos. En esta casa se enseña y se da gratuitamente la gracia para vivir bien.

El que tiene a José, tiene a Jesús y a María. Jesús, María y José son los tres uno por amor. Esto es por ser familia. El que busca a Jesús y a María, siempre encontrará a José.

13. Op. cit. p.148-155. facsímil p. 95-109.

Colombia se consagra al Sagrado Corazón de Jesús

JUAN JAURRIETA GALDIANO

UNA genuina y sincera devoción al Corazón de Jesús debe tener tres aspectos fundamentales: el primero de ellos es que debe estar unida, beber como de su fuente de las revelaciones de Paray-le-Monial, manifestación al mundo del Sagrado Corazón, de sus íntimos pensamientos, afectos y designios y de los tesoros que quiere derramar sobre los hombres. De este quejarse Jesús amorosa, pero acerbamente de la ingratitude y ceguera de los hombres, que corresponden a su amor con olvido, deriva la necesidad de reparación para con este amor que no es amado.

El segundo de estos aspectos en la devoción al Corazón de Cristo es el contenido de los escritos del padre Enrique Ramière, S.I., referentes al Reinado social de Jesucristo y la consagración individual y social al Corazón de Jesús que forman un sistema de ciencia espiritual y de sociología sobrenatural cifrado en dos principios; que el Corazón de Jesús es el centro de toda vida cristiana y espiritual, y que es el principio único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social en el reinado de su amor.

El tercer aspecto que conforma esta genuina y sincera devoción al Corazón de Cristo, es el redescubrimiento del Evangelio mismo a través de los escritos de santa Teresita del Niño Jesús, para que a las almas pobres y débiles llegue también el llamamiento misericordioso del bondadoso Corazón de Jesús y así puedan subir, también ellas, por el ascensor de la humilde y suave confianza, hasta la más elevada cumbre del amor de sacrificio, desde el humilde y sencillo sentimiento de su nada y de su impotencia, por el camino de la infancia espiritual, hasta la entrega eficaz, perfecta y absoluta de sí al amor misericordioso de Dios.

Pues bien, meditando en el corazón estas verdades que son guía de nuestra vida nos llena de alegría la noticia de que Colombia, patria hermana a la nuestra, ha renovado el acto de consagración al Corazón de Jesús.

Por ello queremos entresacar y reseñar algunas notas de dicho acto de la información que del mismo nos hizo llegar don Manuel Ramiro Velásquez Arroyave, senador de la República colombiana y ponente del texto de la ley por la que se renueva la citada consagración.

Dicho acto de consagración tuvo lugar en la Casa de Nariño, donde el señor Presidente de la República, doctor Álvaro Uribe Vélez, el día jueves 3 de julio [de 2003] a las 8 p.m. renovó la consagración de Colombia al Sagrado Corazón de Jesús.

Es la primera vez en la historia del país en la cual el primer mandatario realiza la consagración en la Casa de Nariño y acompañado de los 78 obispos de la Conferencia Episcopal colombiana encabezada por su Presidente y por el Nuncio Apostólico de Su Santidad en dicho país.

En dicho acto se renueva la consagración que en 1902 se realizó, en un país sumido en la guerra civil, la guerra de los «Mil Días», provocada por los revolucionarios liberales frente al pueblo colombiano, que entraba en la batalla al grito de «¡Viva la religión, viva Dios!» (véase *Cristiandad*, núm. 849-850, marzo-abril de 2002 sobre san Ezequiel Moreno), para implorar la tan ansiada paz. En aquella ocasión el país entero, por boca de su clase dirigente, libre y espontáneamente, realizó la consagración y colocó la primera piedra del templo llamado del Voto Nacional. En la presente ha querido la clase dirigente de aquel país implorar la paz del único que puede conseguirla y por eso, en medio de las espantosas violencias y sufrimientos que azotan la realidad social colombiana han querido renovar, con los mismos sentimientos que sus padres, la consagración al Corazón de Jesús, «único yugo suave y única carga ligera».

Como hemos señalado, el presidente de la República, Álvaro Uribe Vélez, leyó el siguiente texto de la consagración:

«Señor Jesús, nuestro Redentor y Salvador: venimos ante ti en este día de acción de gracias.

»Tuyos somos y tuyos queremos ser, y para manifestar públicamente nuestra fidelidad, queremos en este día renovar nuestra consagración a ti, esa consagración que hicimos el día de nuestro bautismo.

»Sabemos que muchos no te han conocido, otros han rechazado tu Evangelio o algunos han renegado de ti.

»Te pedimos que con la fuerza de tu Espíritu los atraigas a todos al amor del Padre, manifestado en tu Corazón.

»Señor, ejerce tu reinado de amor no sólo sobre aquellos que nunca se han alejado de ti, sino también sobre aquellos que te han abandonado; haz que todos vuelvan, como el hijo pródigo, a la casa paterna.

»Mira, Señor, con amor a nuestra amada patria, Colombia. Tú sabes que la han invadido muchas semillas de maldad, de odio y de violencia. Tú conoces que la idolatría de la riqueza y las tinieblas y de la mentira han ahogado la verdad y la justicia. Concede a tus fieles ser auténticos testigos de tu Reino.

»Te consagramos, Señor, nuestras familias, fun-

damento de la sociedad y de la Iglesia. Con el don de tu Espíritu fortalece y reanima nuestros hogares, para que sean de veras pequeña y primera comunidad cristiana, por la fe, la oración y el testimonio.

»Que llegue a nosotros tu Reino, el reino de la verdad y de la vida, el reino de la justicia, el amor y la paz. Amén»

Este acto de consagración realizado por el presidente de la República fue precedido por la «Ley 806 de 28/04/2003 por la cual se conmemoran los cien años de la consagración de Colombia a su Sagrado Corazón». Por la cual:

El Congreso de Colombia

DECRETA:

Artículo 1°. Declárese la presente Ley de Honores en conmemoración de los cien años de la consagración de Colombia a Jesucristo y a su Sagrado Corazón, consagración liderada por los diversos sectores de la sociedad, el 22 de junio de 1902 como propuesta nacional de paz, luego de la guerra civil de los Mil Días, el 21 de noviembre del mismo año.

Artículo 2°. La presente ley rige a partir de la fecha de su promulgación.»

Del texto para la ponencia del primer debate al proyecto de dicha ley, queremos subrayar lo que dice el ponente: «contar con proyectos de ley como el presente es contribuir con la “civilización del amor”, como afirma el Santo Padre» para adquirir «un compromiso con el país con un hondo contenido profundamente evangelizador». Afirma la exposición de motivos de la ley que «Volver al Corazón de Cristo, expresión del amor del Padre, acompañados de la Virgen María es tocar las raíces mismas del fondo culturalmente católico de la mayoría de los colombianos. Se hace con sentimiento de amor a Colom-

bia, esta patria que nos duele y que deseamos ver libre, pacífica, solidaria, en paz».

Continúa dicha exposición de motivos, que este acto: «No es una fórmula vacía, es un compromiso muy concreto y muy real con el país».

Y, efectivamente, este acto nos invita a no perder de vista lo que hemos aprendido en los escritos del padre Ramière y en la tradición, que por gracia de Dios hemos recibido, de que el Corazón de Jesús es el *principio único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social*. Esta verdad que con tanta saña y empeño ha sido combatida secularmente por los enemigos de la Iglesia, especialmente el naturalismo y el liberalismo (pero que, no con menos vigor y empeño, ha sido defendido por generaciones y generaciones de cristianos que en ella veían la luz y la sal de sus vidas), es la que ahora oficialmente está en entredicho en unos sistemas políticos que rechazan la soberanía de Dios como requisito necesario para obtener la felicidad de los hombres.

Por eso podemos decir, ante este acontecimiento de la renovación de la consagración de Colombia al Corazón de Jesús, que nos alegramos profundamente de los continuos milagros de la misericordia del Corazón de Cristo y de todas aquellas iniciativas que, por feliz inconsecuencia de un sistema naturalista y ateo, llegan a ver la luz para mantenernos en la fe, aumentar nuestra caridad y fortalecer nuestra esperanza. Y asumir así esa actitud, militantemente activa en favor del Reinado del Corazón de Cristo, con la que la Iglesia clama en cada Eucaristía (después de que se renueve el milagro de la presencia real de Cristo en cuerpo, sangre, alma y divinidad entre nosotros), *Ven, Señor Jesús*, esperando anhelante el día en que se recapitulen todas las cosas en Cristo.

Beato Juan XXIII: «Estaría dispuesto a dar mi sangre por el triunfo del Sagrado Corazón»

Me parece que estaría dispuesto a dar mi sangre por el triunfo del Sagrado Corazón. Mi deseo más ardiente es poder hacer algo por ese precioso objeto de amor.

Sí, quiero servir al Sagrado Corazón de Jesús, hoy y siempre. Quiero que mi devoción a él, oculto en el Sacramento del Amor, sea el termómetro de todo mi progreso espiritual. Quiero hacer todo en unión íntima con el Sagrado Corazón de Jesús Sacramentado.

Mi mayor gozo será buscar y hallar aliento solamente en ese Corazón que es la fuente de todos los consuelos.

Determino no concederme reposo hasta que pueda considerarme realmente anonado en el Corazón de Jesús.

Diario de un alma, Ejercicios espirituales para la ordenación de diácono (diciembre de 1903)

Para la síntesis doctrinal de Santo Tomás de Aquino

FRANCISCO CANALS VIDAL

POR haber aceptado, con agradecimiento gozoso, el encargo de colaborar a las tareas de la Red Informática para la Iglesia en América Latina (RIIAL) –venido del presidente del Pontificio Consejo de las Comunicaciones Sociales, el arzobispo John P. Foley, y de monseñor Enrique Planas, coordinador general de RIIAL– he tenido ocasión, en el 2003 y en los cuatro primeros meses de 2004, de ofrecer veintiséis trabajos, que he titulado «Aportaciones para la síntesis doctrinal de santo Tomás de Aquino», al espacio interdisciplinar que RIIAL propone.

Como el mismo título expresa, no he pretendido redactar una síntesis tomista completa, ni mucho menos, sino presentar algunos puntos de vista que, según las orientaciones y sugerencias que durante trece años –entre 1945 y 1958– recibí del magisterio del padre Ramón Orlandis, S.I., creo que pueden llevar la atención hacia aspectos muy nucleares de su doctrina, algunos de los cuales han sido menos atendidos en las que podríamos llamar «formulaciones escolásticas» del tomismo.

Para dar una noticia global de estos trabajos, me parece oportuno subrayar algunas líneas de pensamiento centrales, en el conjunto de los trabajos aportados y que pueden sugerir la que podríamos llamar actitud o intención con que, a través de ellos, he querido invitar a los lectores al acercamiento a la síntesis doctrinal de santo Tomás. Lo hago en la triple temática sugerida por estos títulos: la comunicatividad perfectiva de lo perfecto, el realismo pensante, y el sentido efusivo y filantrópico del teocentrismo de santo Tomás.

La comunicatividad perfectiva de lo perfecto

EL acto, porque es perfección...» Las veinticuatro tesis comienzan con estas palabras y el tomismo, en el último siglo, ha avanzado en el redescubrimiento del ser –*esse*– como acto, y por ello como «lo perfectísimo de todo, la actualidad de todas las cosas, aun de las mismas formas». Se ha profundizado, así, en la comprensión del sentido de la «distinción real entre el ser y la esencia» pero el acto, todo acto, con el carácter de ser constitutivo de perfección y plenitud de lo que está por él constituido, tiene también un carácter sin el que no

habría actividad ni orden en el universo, ni alcanzaríamos a pensar a Dios ni como Creador del universo de los entes a los que da la participación finita en las perfecciones diversas y graduadas ni a pensarlo, en modo alguno, en sí mismo y en su vida íntima, tal como él mismo nos lo ha revelado.

Lo perfecto es perfectivo de otro. Lo que, por ser perfecto, es bueno, es difusivo de sí mismo. «Es de la naturaleza de cualquier acto que se comunique a sí mismo en cuanto es». Por esta comunicatividad de lo perfecto explica santo Tomás la fecundidad de los vivientes y que todo lo consistente y permanente como substancia que posee en sí misma el ser sea principio de sus propias operaciones. Toda acción (las que llamamos transeúntes, porque por ellas se causa un efecto extrínseco al agente, y las inmanentes, por las que emana en el propio operante algo que le es intrínseco, como son todas las que caracterizan a las substancias que son personas) es efectiva y emanativa porque «obrar no es otra cosa que comunicar aquello por lo que el agente es en acto».

La causación de efectos no es, pues, algo que se reduzca a una región del ente predicamental, que se limite a la categoría de la acción. La comunicatividad de lo perfecto es un carácter trascendental del acto en cuanto tal. Si toda substancia es por su operación, si el obrar sigue al ser, es porque el ser, como acto por antonomasia, exige y fundamenta la comunicación del acto que es el obrar, en el que se manifiesta la plenitud misma del ser. Por esto, afirmar la comunicatividad de lo perfecto es lo mismo que afirmar la trascendentalidad del bien y la consiguiente conversión del ente con lo bueno. Según el primer ser, que es substancial, algo es llamado «ente» simplemente tal, y de alguna manera bueno. Según el último acto, que es la operación, algo se dice en el ente predicamental simplemente bueno, y ente de alguna manera.

Removida, en nuestra concepción ontológica de Dios, toda estructura de composición acto-potencial, hemos de afirmar que el ser divino es la misma esencia de la bondad porque también hemos de afirmar que la esencia de Dios es su misma operación: acto subsistente de intelección de sí mismo, Amor esencial y subsistente.

Si los actualismos, que ponen la operación antes que el ser, o los personalismos que, desorientadamente,

ignoran la consistencia substancial del ente personal, son profundamente opuestos a la ontología verdadera de santo Tomás, no es menos desorientador ignorar que la difusividad de lo bueno, la comunicatividad de lo perfecto, exige reconocer en toda actividad el ejercicio de la comunicación de la actualidad misma del agente y, al pensar en Dios, afirmar, en la simplicidad de su actualidad pura, la identidad del ser y de la operación.

Es esto lo que permite a santo Tomás entender que, en el mismo simplicísimo ser divino, no afirman composiciones las distinciones entre lo entitativo y lo operativo en nuestros conceptos acerca de Dios, y alcanzar, en la teología trinitaria, la afirmación, mutuamente exigida, de la distinción real de las personas, que son relaciones subsistentes, y la real identidad entre el ser divino, uno y simple, con los actos comunicativos y receptivos de la generación por la que el Padre genera al Hijo y el Hijo nace del Padre, y por la que el Padre y el Hijo, amándose mutuamente, espiran el mutuo Don divino del Amor personal, que es el Espíritu Santo.

El realismo pensante

LA referencia del hombre al conocimiento de la verdad del ente es el «fundamental» tema de la filosofía primera. Es la ontología fundamental. Ésta exige pensar la verdad trascendental como la perfectividad inmaterial por la que todo ente es, en su esencia, apto para perfeccionar aquellos entes que, por el modo inmaterial de posesión de su ser, están destinados a que se describa en ellos, conscientemente, el orden entero del universo y de sus causas.

La pérdida del sentido esencial de todo conocimiento como ser del cognoscente, por el que tiene en sí las formas y esencias de las otras cosas, y las inadecuadas representaciones de la presencia de lo conocido en el cognoscente como una unión de un objeto enfrentado a un sujeto, pensado como «quien ve lo que tiene ante los ojos», llevaron a descalificar el mundo de la intencionalidad cognoscitiva e inteligible en el hombre como un «tinglado» sucedáneo que supliría la imposible presencia intuitiva de los objetos. En este caso, todo el lenguaje mental de los conceptos y juicios dejaría de ser el lugar propio de la manifestación de la verdad del ente en el hombre.

Para santo Tomás, el acto de conocer es constitutivamente manifestativo y al entendimiento le pertenece esencialmente la locución mental como algo que se sigue a su misma actualidad consciente. Es tan consecuente santo Tomás en esto que llama al eterno Verbo divino «como Dios entendido». Pien-

sa también Juan de Santo Tomás fidelísimamente el pensamiento de santo Tomás al decir que «el verbo mental, en su línea formal en el orden de lo inteligible, es substancial, y que sólo por la finitud y accidentalidad entitativa de nuestros actos de conocer tiene también el carácter de algo representativo y accidental».

Esta substancialidad del concepto dice aquí lo opuesto que en el idealismo absoluto, pues el concepto es, precisamente, lo vitalmente concebido para expresar el ser de lo real. La doctrina de santo Tomás sobre el conocimiento es, pues, un «realismo pensante». El entendimiento es proporcional al ente, pero el ente es entendido al ser en acto el entendimiento pensante y al expresar, por la fecundidad manifestativa del pensamiento, al ente mismo en nuestros conceptos y enunciaciones conceptuales.

Esta ontología fundamental, si fundamenta la ontología superando todo fenomenismo o empirismo, y también todo nominalismo, es también capaz de fundamentar el lenguaje de la teología sobrenatural y la verdad realista, en su fidelidad al misterio revelado, del lenguaje dogmático de la ortodoxia católica.

Sentido efusivo y filantrópico del teocentrismo de santo Tomás

CON mucha justicia se ha calificado a santo Tomás de *Doctor humanitatis*: lo es en todas las direcciones y sentidos en que se quiera tomar esta palabra. También se ha afirmado su profundo humanismo. No podría decirse, no obstante, que santo Tomás sea un pensador antropocéntrico. Para él «la filosofía se ordena al conocimiento de Dios» y el supremo acto contemplativo del hombre es el conocimiento del bien divino como tal, o por decir mejor, de Dios en cuanto bueno.

Por la continuidad profunda entre su pensamiento filosófico y su doctrina sagrada, podemos descubrir la asunción de sus líneas centrales ontológicas en la contemplación de Dios y de su dispensación salvífica en un universo, creado todo él en orden a la felicidad de las personas creadas. En las mismas afirmaciones en que brilla en forma admirable y sorprendente su humanismo, se está ejercitando en forma luminosa y atractiva, bellísima tendríamos que decir también, la orientación teocéntrica de todo su pensamiento.

Llegamos a encontrar en él –en un contexto de demostración *ad absurdum*– que si negásemos que Dios es el bien sumo del hombre no encontraríamos razón por la que el hombre deba amar a Dios. En el fondo, se trata de lo mismo que le lleva a afirmar

que la humanidad de Cristo, instrumento de la divinidad del Verbo para comunicarnos de nuevo, a los hombres redimidos, la participación de la vida divina, es también, para el género humano, principio de la perfección propia de la naturaleza humana en cuanto tal, es decir, por Cristo somos, por Dios, divinizados y llevados a humanización perfecta.

La creación se ordena a la gloria de Dios, pero ésta, como ya afirmó san Agustín, no es buscada por Dios para sí mismo, sino para nosotros, porque es a nosotros a quienes perfecciona conocer y amar a Dios. Al bien infinito, al que nada falta, no le puede mover el deseo de adquisición alguna, sino sólo el de difusión de su bondad a las criaturas a quienes crea por amor liberalísimo y salva por efusión misericordiosa.

Ninguna contaminación podemos hallar en santo Tomás de un emanatismo por el que todos los entes del universo creados serían también necesarios participativamente. Santo Tomás, que afirma que el conocimiento de la Trinidad nos es necesario –con cierta necesidad moral– para sentir rectamente de la creación de las cosas, dice, al afirmar en Dios la procesión del Amor, que «se pone de manifiesto que Dios no produjo las criaturas por indigencia alguna, sino por el Amor de su bondad». En la procesión del

Espíritu Santo, realización eterna de la donación amorosa del bien divino, en el que se abrazan eternamente el Padre y el Hijo, nos hace buscar la luz para comprender como contingentes todos los bienes finitos que Dios ha puesto liberal y libremente en el universo creado.

Todas las estructuras acto-potenciales, si tenemos en cuenta que el acto es perfección y la potencia capacidad de perfección, tienen que ser pensadas desde el acto creador como ordenadas a la participación del bien. Si las perfecciones divinas han podido ser participadas en la escala de los seres (que descubrió, en el universo, el neo-platonismo cristiano del Pseudo Dionisio) ello es porque toda capacidad de perfección, desde la materia individuante hasta las capacidades espirituales de conocimiento y amor, se ordena a que puedan ser partícipes entes finitos y móviles, vivientes corpóreos en que los mismos seres personales son individuos singularizados materialmente y numerables, que puedan ser ciudadanos de la Ciudad Celeste, cuya ley es la divina caridad, el mismo amor que mueve también el sol y los astros. El teocentrismo tomista responde a la afirmación del Apóstol: «Se mostró la benignidad y el amor a los hombres –filantropía– de Dios, salvador nuestro».

Se publican las actas del congreso de la SITAE Barcelona «La síntesis de santo Tomás de Aquino»

Acaban de aparecer las actas del congreso «La síntesis de santo Tomás de Aquino», que tuvo lugar en Barcelona entre el 12 y el 14 de septiembre de 2002. El congreso había sido organizado por la sección barcelonesa de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino y sus sesiones tuvieron lugar en los locales de la Fundación Balmesiana, que acogen también la sede de la citada sección barcelonesa. No era la primera vez que en Balmesiana tenía lugar un acontecimiento de esta índole, puesto que en 1993 se desarrolló en ella otro congreso de la SITA de Barcelona, con el título «Dignidad personal, comunidad humana y orden jurídico»; y en 1997, el IV congreso internacional de la SITA, titulado «El problema del hombre y el misterio de Jesucristo».

El congreso cuyas actas se acaban de publicar acogió a un numeroso grupo de asistentes y participantes, que se refleja en el número de ponencias, relaciones y comunicaciones aportadas y ahora editadas y puestas al alcance de los interesados en la filosofía en general y en la doctrina de santo Tomás en concreto: siete ponencias, seis relaciones y

treinta y una comunicaciones. También se pueden leer en las actas la salutación a los congresistas por parte del padre Pedro Suñer, director de Balmesiana; la presentación del congreso, que hizo el presidente de la SITAE en Barcelona, Antonio Prevosti Monclús; y las palabras de clausura, que pronunció monseñor Pere Tena, obispo auxiliar de Barcelona.

Desde estas páginas es obligado destacar que el congreso se reunía para desarrollar un tema que fue uno de los *leit motiv* de la labor apostólica e intelectual del padre Ramón Orlandis: la síntesis del pensamiento del Aquinate; y que contó con aportaciones de numerosos redactores y colaboradores de CRISTIANDAD.

Las actas, divididas en dos volúmenes con un total de 744 páginas, han sido editadas, bajo el cuidado de José M.^a Petit y José M.^a Romero, por la Universidad de Barcelona. La edición han contado con el patrocinio de la Fundació Ramon Orlandis i Despuig.

J. M.^a M. G.

La «New Age» y el mundo actual

PEDRO SUÑER, S.J.

El objetivo de este breve escrito es dar cuenta de este movimiento y cotejar sus principales líneas con las de la fe cristiana.*

Orígenes

Los astrólogos creen que la era de Piscis –conocida para ellos como la era cristiana– está tocando a su fin. Entramos, según ellos, en otra era, la de Acuario. Esta es la Nueva Era. De ahí el nombre de *New Age* (cf. *Ecclesia*, núm. 3.163, p. 35-36). Adviértase, pues, la influencia de la astrología ya en el mismo nombre de este movimiento del que brevemente vamos a ocuparnos (cf. *Arbil*, núm. 58, p. 2).

Su inserción en el mundo actual

LA Nueva Era, en su forma actual, tiene sus orígenes por los años sesenta del siglo xx. Bajo su nombre hay «una intrincada red de individuos, movimientos, instituciones, medios de comunicación social y empresas, que pretenden *un despertar a una nueva conciencia planetaria*, a partir del tercer milenio» (*Arbil*, ibid., p. 2). Citemos estos grupos que suenan más en España: Hare Krishna, Rama Krishna, Iglesia Gnóstica, Fraternidad Rosa-Cruz; Sociedad Teosófica, Iglesia de la Cienciología, Control Mental, institutos de Parapsicología, Sociedad Espiritista Luz y Verdad.

«Esta diversidad hace que los elementos sostenidos por algunas de las organizaciones, difieran de los sostenidos por otras que también integran el presente movimiento sociocultural, presentándose como

*Bibliografía citada en esta síntesis:

Ecclesia, nn. 3.163, 3.164 y 3.165-66. *Jesucristo, portador del Agua de la Vida, Una reflexión cristiana sobre la «Nueva Era»*. Estudio del Consejo Pontificio para la Cultura y del Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, publicado en tres entregas (I, II y III), en los números de julio y agosto de 2003.

Arbil, revista de Internet (www.arbil.org) núm. 58. J.Mª Baamonde, *La espiritualidad New Age y su penetración en ámbitos católicos*.

un verdadero *zapping* religioso. Quizás aquí podamos percibir en toda su envergadura, aquella famosa frase de Gilbert K. Chesterton. “Cuando el hombre no cree en Dios, no es que no crea en nada, sino que está dispuesto a creerse cualquier cosa”» (*Arbil*, ibid., p. 2).

La «New Age» es, pues, un movimiento sincretista. Creo que esto explica en buena parte su éxito. Nuestra cultura actual (por lo menos tal como se presenta en los *mass media*) es una cultura de pensamiento débil. Tiene horror a las certezas y canoniza el relativismo en las ideas. Tener convicciones profundas parece como de mal gusto y muchos lo conceptúan como una pretensión soberbia. Ante esto, la Nueva Era se presenta como un pensamiento abierto a todo y, por consiguiente, a-dogmático.

Por otra parte, en mucha gente de hoy hay un cierto afán de universalidad, de globalización. Se anhela y en parte se va consiguiendo una rotura de fronteras, no sólo geográficas, sino también raciales, culturales, económicas, etc. La Nueva Era se presenta como un pensamiento abierto a todas las culturas y modos de ser y de pensar. Por esto es sincretista: pretende abarcar y asimilar todo cuanto hay de bueno en los distintos pueblos, razas y culturas. Lo único que excluye es lo que haya de dogmático en cada uno de estos modos de pensar.

También hay otra característica en amplias capas del mundo actual: el espíritu libertario, el horror a todo lo que sea estructuras, organización, normas, autoridad. Ahora bien, este movimiento renuncia a tener estructura social y doctrinal. El movimiento de la Nueva Era no impone nada ni compromete a nada. Se podría decir que sus adeptos sólo se comprometen a no comprometerse. Esto ejerce un cierto atractivo entre mucha gente de hoy y es un elemento más que contribuye al éxito del movimiento.

«De esta manera a través de ciertas organizaciones, programas educativos, libros, revistas, programas radiados y televisivos, la New Age va ganando adeptos día a día. Los resultados de una encuesta hecha a los universitarios de Buenos Aires demuestran que más de la mitad de ellos aceptan alguna de las ideas promovidas por los distintos grupos de la Nueva Era» (cf. ibid. pp.12-14).

Los elementos propios de la Nueva Era

Lo dicho hasta ahora apunta ya algunos rasgos propios de la Nueva Era. Pero los hemos considerado más bien en contraste con otros rasgos que la Nueva Era considera que debe superar. Ahora, prescindiendo de contrastes, veamos cuáles son los rasgos que, considerados en sí mismos, conforman la Nueva Era. Intentaremos enumerar ahora aquellos que le son más propios y sobre todo los que tienen especial interés para cotejarlos con la fe cristiana. La «New Age» no es propiamente una religión. Pero sus contenidos tienen puntos que conciernen significativamente a la religión y concretamente a la religión cristiana y católica (cf. *Arbil*, ibid. p. 2).

Creo que el rasgo más fundamental de la Nueva Era es su afán de integración o totalización. Nos encontramos con un mundo cargado de divisiones y contraposiciones. La era de Piscis, de algún modo la era cristiana, aparece a los ojos de este movimiento como llena de divisiones y contraposiciones: lo divino y lo humano; el espíritu y la materia; el alma y el cuerpo; la división de los grupos humanos entre sí, opuestos por causa de las distintas razas, culturas, intereses, religiones. Por esto, ante la dualidad entre lo divino y lo humano, la Nueva Era nos propondrá la divinización de lo humano, un punto de encuentro –de identificación– del hombre con Dios. Ante la contraposición entre espíritu y materia, la Nueva Era se esforzará en llevarnos a una aproximación y aun identificación entre espíritu y materia. Ante la división entre cuerpo y alma, la Nueva Era propiciará aquellos métodos psicológicos (v.g. el yoga) que tienden a armonizar alma y cuerpo, de manera que no suframos ya la lucha que tan gráficamente describe san Pablo en la carta a los Gálatas (5, 17). Ante la división entre los pueblos la Nueva Era invocará y propiciará la búsqueda de la paz y figurará entre los movimientos pacifistas. Ante la contraposición de ideologías la «New Age» propondrá que ninguna ideología sea excluyente respecto a las demás y que no pretenda tener la verdad. Finalmente la Nueva Era buscará la armonía del hombre con la naturaleza mediante la ecología: contemplación, respeto y amor por la naturaleza.

Si quisiéramos resumir el talante de la Nueva Era en algunas palabras clave, se me ocurren éstas: totalidad, conocimiento y amor, paz y cambio.

La totalidad es el fin. Lo que se pretende es la unificación armónica de toda la realidad existente. Es el llamado *holismo*, de la palabra griega *holos*, que significa «todo». Nada debe ser excluido, nada negado, nada despreciado. Todo debe ser asumido y unificado. El principal medio para conseguir esta totalización del mundo es el conocimiento, es decir, la gnosis, junto con el amor. La gnosis es un conoci-

miento superior, más intuitivo que razonado. «De la exaltación de la razón de la modernidad [se pasa] a una valoración del sentimiento, la emoción y la experiencia» (cf. *Ecclesia* I, p. 32) Este «conocimiento superior» se da en «la experiencia interior de armonía y unidad con la totalidad de la realidad, que sana los sentimientos de imperfección y finitud de toda persona humana» (cf. *Ecclesia* II, p. 28). «El acceso a lo divino se produce por medio del conocimiento de los misterios escondidos, en la búsqueda individual de «lo real que hay detrás de lo que es sólo aparente» [...] «La espiritualidad esotérica “es una investigación del Ser más allá de la separación de los seres”» (cf. *Ecclesia* II, p. 28).

Junto con este conocimiento de la gnosis, el hombre llegará al *holismo* por el amor. El acceso a lo divino se produce por el amor. «La respuesta a la negatividad [que todos sentimos anidar en nuestro corazón] es el amor». [...] «El amor, es una energía, una vibración de alta frecuencia; el secreto de la felicidad y de la salud consiste en sintonizar [por el amor] con la gran cadena del ser, de encontrar el propio puesto en ella» (cf. *Ecclesia* I, p. 33). Se dice también que el amor es algo divino, pero algo divino que hay en mí. Yo, si soy consciente de este amor en mí y lo vivo, contribuyo a la totalización de todo en Dios. Desde este amor he de ir transformando y unificando toda la realidad existente, pacificando y uniendo las cosas entre sí.

Esto implica un gran cambio, una transformación cósmica. La misma palabra *New Age* supone ya la idea de cambio. Se trata de una era *nueva* que implica pasar de la antigua a la nueva: de la era de Piscis a la era de Acuario. «Se usa con frecuencia el término ‘cambio de paradigma’. [...] La Nueva Era no es sino un testigo de una revolución cultural» (cf. *Ecclesia* I, p. 32 y 33). Subrayemos la palabra revolución. No se trata de una evolución de la cultura precedente, se trata de una substitución de ella por otra totalmente nueva. «Por esto –dice el documento repetidamente citado– afirmar que un cambio de paradigma en el ámbito de la religión y de la espiritualidad es simplemente una manera nueva de formular las creencias tradicionales constituye un error» (cf. *Ecclesia* I, p. 33).

La Nueva Era y la fe católica

APARENTE CONCILIACIÓN

UNA lectura superficial de las enseñanzas de la Nueva Era puede inducir a muchos a pensar que entre este movimiento y la fe cristiana hay no poca sintonía. Palabras como divinización, amor, experiencia mística, paz, confraterniza-

ción, renovación, suenan muy bien a los oídos cristianos.

Hay oraciones formuladas por algunos de los grupos de la Nueva Era que, a primera vista, parecen perfectamente asumibles por los labios de un cristiano. Pongamos un ejemplo: la *gran invocación*, oración distribuida profusamente por el grupo Lucis Trust, uno de los principales fautores de «New Age». Dice así:

«Desde el punto de Luz en la Mente de Dios,
Que fluya luz a las mentes de los hombres;
Que la Luz descienda a la tierra.
Desde el punto de Amor en el Corazón de Dios,
Que fluya Amor a los corazones de los hombres;
Que Cristo retorne a la tierra.
Desde el Centro donde la Voluntad de Dios es conocida,
Que el propósito guíe las pequeñas voluntades de los hombres,
El propósito que los maestros conocen y sirven.
Desde el Centro que llamamos la raza de los hombres,
Que se realice el Plan de Amor y de Luz
Y selle la puerta donde se halla el mal.
Que la Luz, el Amor y el Poder restablezcan
el Plan en la tierra» (*Arbil*, p. 2-3)

INCOMPATIBILIDAD REAL

Esta oración parece estar en consonancia con los sentimientos cristianos. No pocas expresiones tienen evidente resonancia bíblica. ¿Cómo no recordar la expresión *Luz*, que Jesús usa tan repetidamente, refiriéndola a sí mismo, en el Evangelio de san Juan? Y lo mismo podría decirse de las expresiones *Amor*, *Corazón de Dios*, *Voluntad de Dios*, etc. Ello no obstante, en el reverso de la tarjeta donde va impresa esta oración hay unas explicaciones que nos ponen en guardia: «La gran invocación —esta oración— pertenece a toda la humanidad. [...] No pertenece a un grupo o religión». La Nueva Era ante las religiones existentes pretende que estamos en unos nuevos tiempos en que todas ellas, también la cristiana, han de ser superadas y sustituidas por la Nueva Era. En efecto, en el pequeño periódico que el Lucis Trust distribuye con la «Invocación» se ponen las actitudes que excluyen la pertenencia al grupo de la Nueva Era. Entre ellas leemos: «La posesión de un credo. No importa cuán bueno sea, inevitablemente produce exclusividad» (cf. *Arbil*, p.4).

Ahora bien, todos sabemos que el credo católico nos propone verdades, reveladas por Dios, que el cristiano debe creer con fe firme y que consiguientemente son irreconciliables con cualquier otra afirmación que pretenda negarlas o relativizarlas. Y esto, como vemos, es lo que pretende hacer la Nueva Era.

Conceptos fundamentales irreconciliables

PASEMOS ahora a exponer algunos conceptos fundamentales de la Nueva Era que son irreconciliables con la fe católica. Seguiremos el estudio del Consejo Pontificio para la Cultura y del Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso, publicado en julio del año 2003.

DIOS

«La Nueva Era muestra una notable preferencia por las religiones orientales o precristianas» (*Ecclesia* I, p. 37). Se habla de Dios, pero no se trata de un Dios personal ni trascendente. Es una energía impersonal, inmanente al mundo con el cual forma una unidad cósmica. Dios es el «principio vital», «el espíritu o alma del mundo», la suma total de la conciencia que existe en el mundo. Cada mente-espíritu es, en cierto sentido, Dios (cf. *ibid.*). En cambio, el Dios cristiano es un ser personal y trascendente a toda la creación y a todas y cada una de sus criaturas.

CRISTO

La «energía divina» suele describirse como «energía crística», pero con ello no se alude a Jesús de Nazaret. Este no fue Cristo, sino sencillamente una de las muchas personas históricas en las que se reveló la «energía crística», al igual que Buda y otros. Por tanto, para ellos Cristo ¿es Dios? Sí, pero como cualquier otro gran maestro religioso de la historia. No lo es porque —como enseña la Iglesia— esté sustancialmente unido al Verbo de Dios y por tanto él sea «Hijo Único de Dios».

EL MUNDO

«El universo es un océano de energía que constituye un todo único o entramado de vínculos. La energía que anima al organismo único del universo es “el espíritu”. No hay alteridad [distinción real] entre Dios y el mundo. El mundo mismo es divino y está sometido a un proceso evolutivo que lleva de la materia inerte a una “conciencia superior y perfecta”. El mundo es increado, eterno y autosuficiente. Dios y el mundo, alma y cuerpo, inteligencia y sentimiento, cielo y tierra son una única e inmensa vibración de energía» (*Ecclesia* II, p. 25). Es evidente que esta concepción es panteísta y por tanto irreconciliable con la fe cristiana que profesa un Dios trascendente, que es espiritual, personal y eterno, mientras el mundo ha sido creado libremente por él en el tiempo y es material.

«Si la psique [el psiquismo humano] es “mente” y Dios también es “mente” entonces hablar de una cosa significa hablar de la otra» (*Ecclesia*, I, p. 36).

Para realizar el propio potencial había que ir más allá del ego individual a fin de convertirse en el dios que uno [cada hombre] es en lo más hondo de sí mismo» (*Ecclesia* I, p. 36). Como se ve, aquí nos encontramos otra vez con la concepción panteísta: el hombre no es más que un punto del cosmos donde el Todo, Dios, se hace consciente. El hombre se realiza a sí mismo en la medida en que aumenta esta conciencia y la expande por el mundo material. En la medida en que, por la técnica y la cultura, el hombre ordena y somete la materia a sí mismo, la está divinizando, uniéndola más al todo. También aquí se hace patente la oposición de la Nueva Era con la doctrina católica. En efecto, para ésta el hombre de ninguna manera es Dios, sino su criatura y su servidor.

Cierto que en el cristianismo puede hablarse, y se habla, de una cierta divinización del hombre. Pero —y esto es capital en nuestra fe— el hombre es divinizado por la gracia de Dios, de ninguna manera por su propio esfuerzo. En cambio en la Nueva Era el hombre por naturaleza es Dios, porque no es otra cosa que la propia divinidad que se hace consciente en la mente humana. El hombre se salva a sí mismo, haciéndose cada vez más consciente.

La revelación —en la Nueva Era— no es una manifestación gratuita que el Dios personal cristiano hace de sí mismo al hombre, sino una toma de conciencia que la inteligencia humana verifica de sí misma por sus propias fuerzas.

La oración no será pedir con humildad a Dios nuestro Padre que se digne darnos las ayudas necesarias para nuestro desarrollo natural y sobrenatural, sino una mera toma de conciencia de sí mismo y una mera expresión del deseo y propósito de realizarla cada vez mejor.

El pecado no es —como nos enseña la Iglesia— una falta culpable de correspondencia a la gracia de Dios que nos induce al bien sin quitarnos la libertad. La Nueva Era no habla propiamente de pecado, sino de error en el proceso de concienciación de sí mismo (cf. *Ecclesia* II, p. 32). «El remedio consiste en lograr estar cada vez más inmerso en la totalidad del ser». En algunos escritos y prácticas de la Nueva Era, está claro que una sola vida no basta, por lo que tiene que haber reencarnaciones que permitan a las personas realizar su potencial pleno» (ibid). He ahí otra doctrina claramente contraria a la fe católica: la reencarnación.



Conclusión

Lo dicho basta para nuestra pretensión: ayudar a detectar los elementos típicos de la ideología de la Nueva Era cuando se presenten. Hemos pretendido exponer los aspectos aparentemente positivos y atractivos en que viene arropada la Nueva Era a fin de que, cuando se nos presente, podamos ponernos alerta. Y de la mano de especialistas, especialmente de los que han estudiado el tema por expreso encargo de la Santa Sede, hemos procurado desvelar lo que hay de negativo en todo este movimiento y, sobre todo, cuán irreconciliable es con nuestra fe cristiana.

El ágora: reflexiones en torno al Fórum Universal de las Culturas

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

LA tierra no es de las más fértiles; el humus es delgado y el suelo, muchas veces berroqueño, no da sus frutos sino a costa de mucho sudor y trabajo. No obstante, medran allí, alimentados por las aguas de los pequeños torrentes del Kefisos y el Iliso, los cereales y el vino, los olivos e higueras. La brisa marina, fresca y penetrante, se funde con los aromas a tomillo y mejorana que salpican la pedregosa llanura del Ática sobre la que se eleva, como ciclópea estatua de la diosa Athenea, la matrona y cuna de la cultura y civilización occidental.

Subiendo por la Vía Piraica y siguiendo la línea exterior de la muralla septentrional que, durante cinco kilómetros, conecta la ciudad con su puerto más importante, el Pireo, llegamos al centro de la ciudad-estado de Atenas. Sin embargo, nada más cruzar las murallas interiores, el extranjero adquiere la certeza de lo que, al desembarcar en el puerto, tan sólo había sido una sospecha. La agricultura no es ciertamente la fuente principal de sustento de los habitantes de la ciudad. Atenas, en su época de mayor esplendor, vive de la industria y el comercio y en ella trajina una abigarrada muchedumbre de comerciantes, artesanos, marineros y peones. El martilleo de los talleres y el polvo de las callejuelas se entrelazan con los gritos de los mercaderes, las intrigas de los hombres y las riñas de las mujeres.

Y el centro de todo este mundo vital es el ágora; la famosa plaza pública en la que el pueblo griego celebraba sus asambleas, donde se administraba justicia y que, con el tiempo, se ha convertido en la plaza del mercado. Suavizada por varias fuentes y altos plátanos, está bordeada de pórticos de columnas y a su alrededor se hallan las casas consistoriales, el archivo de la República, el pórtico marmóreo de Zeus y una galería de pinturas. El ágora, atestada de comerciantes que ofrecen sus artículos y esclavos que transportan bultos, constituye, al mismo tiempo, el lugar de reunión de los ciudadanos, la bolsa y el lugar de cita de oradores y gente ociosa. A ella acuden viajeros de todas las partes del mundo trayendo toda clase de nuevas y en ella se discute de todo lo humano y lo divino.

En ella fueron aclamadas las hazañas de Pericles; en ella florecieron los grandes poetas trágicos Eurípides, Sófocles y Esquilo mientras se repetían los más sublimes poemas de Píndaro; en ella ense-

ñaba Sócrates a sus conciudadanos la forma de alcanzar la virtud mediante la sabiduría y en ella discutirían Platón y Aristóteles sobre qué es la verdad. En el ágora de Atenas hicieron historia las obras de sus geniales hijos que, como las eternas lumbreras del cielo, despiden fulgores que excitan en las almas sensibles una luz brillante y desarrollan los gérmenes de lo bello y lo noble, rodeando de poética claridad una sabiduría que el no griego miraba con asombro, y muchas veces con amor, y que no dudó en propagar por todo el mundo.

Pero el espíritu griego no sólo ha dejado a la humanidad un mundo de belleza por él creado sino, sobre todo, un mundo de verdades. La Providencia, en una época en que Grecia había ya perdido toda influencia política, así como dio a los judíos el don de la Ley, concedió a los helenos el don de la filosofía (cf. Clemente de Alejandría), por el que los hombres, anhelantes de lo divino, llegaron a vislumbrar al único Dios a través de la creación, preparándose para el advenimiento de Cristo, Dios mismo hecho hombre y en quien el Padre iba a mostrar todo en la plenitud de los tiempos y cuya gracia iba a elevar esa cultura y sabiduría a cimas jamás sospechadas por los mismos griegos.

Y a Atenas, origen de tan gloriosa cultura, envió Dios a su Apóstol con la Buena Nueva para elevar por la gracia lo que ya se había concedido por la naturaleza. Pero san Pablo, en lugar de encontrar a un pueblo transformado por el saber y la virtud, halló un pueblo entregado al materialismo. Estatuas y monumentos era todo lo que quedaba de aquel gran espíritu griego. Los hombres, pertinaces en su idolatría, siguen adorando a los antropomórficos dioses del Olimpo homérico sin querer oír cómo la creación entera les habla del Dios único y verdadero. Los hombres no quisieron conocer a Dios a través de sus obras y, una vez más, no quisieron aceptar el don divino, prefiriendo las cenagosas profundidades de los sentidos a la luminosa cumbre del Espíritu. En el ágora apenas resuena ya el eco de aquella cultura realmente universal. Todos los atenienses allí domiciliados no se ocupan en otra cosa que en decir y oír novedades (cf. Hechos 17, 21), sin interés alguno por conocer la belleza, la verdad y el bien. Por ello, lleno de indignación y profundo dolor, san Pablo se consume y disputa cada día en el ágora con

los que le salen al paso (cf. Hechos 17, 16-18), mostrándoles la misericordia que de nuevo tenía Dios con ellos:

«Atenienses, veo que sois sobremanera religiosos; porque al pasar y contemplar los objetos de vuestro culto, he hallado un altar en el cual está escrito: Al dios desconocido. Pues eso que sin conocerlo veneráis es lo que yo os anuncio. El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, ése, siendo Señor del cielo y la tierra, no habita en templos hechos por mano de hombre, ni por manos humanas es servido, como si necesitase de algo, siendo él mismo quien da a todos la vida, el aliento y todas las cosas. Él hizo de uno todo el linaje humano para poblar toda la haz de la tierra; él fijó a los pueblos los tiempos establecidos y los límites de su habitación para que busquen a Dios y siquiera a tientas le hallen, que no está lejos de nosotros, porque en él vivimos y nos movemos y existimos, como alguno de vuestros poetas ha dicho: “porque somos linaje suyo”. Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la divinidad es semejante al oro o la plata o a la piedra, obra del arte y del pensamiento humano. Dios, disimulando los tiempos de la ignorancia, intima ahora en todas partes a los hombres que todos se arrepientan, por cuanto tiene fijado el día en que juzgará a la tierra con justicia, por medio de un Hombre, a quien ha constituido juez, acreditándoles ante todos por su resurrección de entre los muertos.» (Hechos 17, 22-31)

* * *

Barcelona, como una nueva Atenas, quiere ser estos meses la capital de la cultura, una cultura basada en el diálogo y la convivencia entre todos los pueblos del mundo, una cultura desengañada de los fracasos de la política, cuyo objetivo es mejorar las condiciones de vida de la humanidad, erradicar la pobreza del planeta y, en resumen, conseguir la añorada paz, «lo más grato, lo más deseable y lo mejor entre todas las cosas mortales» (cf. san Agustín). Barcelona, «sociedad abierta a todas las corrientes, a todas las culturas, a todas las influencias del mundo», celebra estos días lo que se ha llamado, un tanto orgullosamente, «Fórum Universal de las Culturas» y acoge múltiples y variados espectáculos visuales, musicales, bailes, juegos, talleres y debates públicos cuyos ejes definitorios serán la paz, la diversidad y el desarrollo sostenible.

La idea del «Fórum» nació ya hace unos cuantos años pero, como explicaba su presidente, Joan Clos, se materializó ante la esperanza frustrada, tras la guerra de los Balcanes (1992), de conquistar definitivamente la paz, no sólo ya en Europa, sino en el

mundo entero. «Después de la caída del Muro de Berlín y de la desaparición de los bloques –prosigue el presidente del Fórum–, constatamos que aquella esperanza de una paz casi automática no se hace realidad. Al contrario, empiezan a surgir «nuevas guerras». Es como si la crueldad, que pensábamos que después de la segunda guerra mundial desaparecería del ánimo de la guerra y de los conflictos, no hubiera desaparecido, sino que emergiera extremadamente cercana, incluso en el seno de la propia Europa, lo que nos coge a todos por sorpresa y con la necesidad de encontrar una explicación.» El mundo entero, las culturas todas del planeta se sienten turbadas y angustiadas ante una paz que no llega y ante unos hechos que se sienten incapaces de comprender.

En uno de los primeros diálogos del Fórum oímos afirmaciones prometedoras. Las aspiraciones humanas de paz y concordia entre las naciones «no son una utopía». Un mundo mejor es posible. No obstante, «si no cambia el orden mundial, no hay salida», afirmaba la premio Nobel de la Paz Rigoberta Menchú. ¿Por fin los hombres han caído en la cuenta de dónde está la verdadera paz? ¿Los intelectuales y dirigentes de las naciones han escuchado, como no hicieron con san Pablo, aquella llamada paternal de Pío XII que proponía la vuelta a los altares como único remedio contra el vasto desastre originado por los errores que afligían, y afligen actualmente, a la sociedad y como base para la creación de un verdadero nuevo orden que responda a la esperanza y a los deseos que de un porvenir más tranquilo tienen los pueblos (cf. mensaje de Navidad de S.S. Pío XII, 1941)? ¿La humanidad, exhausta, se ha dejado conquistar por el Amor para construir una nueva civilización?

No. Nuestras ilusiones se ven rápidamente truncadas, como ya era de esperar. Este nuevo mundo que quieren hacer posible no es más que otra cara del mismo mundo que vivimos: un mundo construido sin Dios. «Los hombres debemos construir la paz», decía Joan Clos, y para ello «necesitamos un nuevo contrato social, medioambiental, cultural y ético», apostillaba Federico Mayor Oreja, presidente de la Fundación Cultura por la Paz. Revoluciones, incendios, genocidios, permanentes guerras mundiales y locales. En tropel acuden a nuestra memoria nombres y acontecimientos que nacieron de este contrato «salvador» cuyo único fin es «destruir la soberanía social del Hombre-Dios y emancipar al hombre de toda autoridad superior a la humana» (cf. E. Ramière S.J., *La Soberanía social de Jesucristo*). Crueldad sin límite como no se había visto jamás en la historia. «El triunfo de una malicia sin freno, de una ciencia sin pudor, de una disolución sin límite.» (*Mirari vos*, 1832). ¿He ahí la esperanza de este mundo?

Hace poco más de cincuenta años, el papa Pío XII recordaba en esta misma Barcelona el turbión que con estruendo y con estrago descargó sobre el mundo al ser desoída la voz del sucesor de Pedro a favor de la paz y el grito angustioso que, pasado el temporal, seguía escapándose de todas las gargantas: ¡la paz! (cf. Pío XII, radiomensaje al Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona, 1952). Hoy vuelve a resonar por doquier este gemido: ¡paz, paz, paz!, y los hombres vuelven a ignorar las maternales exhortaciones de la Iglesia. Los sofistas del siglo XXI, los nuevos «sabios» de este mundo, como aquellos filósofos que san Pablo encontró en Atenas, vuelven a despreciar la Palabra salvífica de Dios, única esperanza de la humanidad.

Y si nos quedaba alguna duda sobre el fundamento último de este «nuevo» orden que proponen «los apóstoles de la impiedad y la inmoralidad» (cf. E. Ramière, S.J., *La Soberanía social de Jesucristo*) no tenemos más que acabar de revisar el programa del Fórum que, como señalaba su presidente, encuentra su síntesis más afinada en la exaltación de la diversidad, diversidad de culturas, de lenguas, de hombres.

A pesar del hecho evidente de que nuestro mundo tiende cada vez más rápidamente a la unidad, o como actualmente se dice, a la globalización, siguiendo y preparando el camino marcado por la Providencia que llevará a todos los hombres a reunirse en un solo rebaño y bajo un solo Pastor, los poderosos de la tierra se complacen en celebrar y difundir la diversidad como uno de los valores absolutos para el hombre del siglo XXI. La diversidad, la multiplicidad, sin un Dios trascendente al mundo, sólo puede conducir a la anarquía o al totalitarismo. Sólo en el acatamiento absoluto e incondicionado del orden establecido por Dios, que trasciende y fundamenta la pluralidad, pue-

de apoyarse el debido respeto a lo plural, al amigo y al enemigo, al connacional y al extranjero. La soberanía divina resulta el único principio que puede asegurar en la sociedad la armonía sintética y orde-

nada de la unidad y de la multiplicidad. «Sólo dando espacio a Cristo en nuestra vida y en la de nuestras comunidades podremos resolver el problema de las muchas pobreza que padecemos. (...) El verdadero problema sigue siendo el de reconocer a Cristo derecho de ciudadanía en los diferentes mundos que constituyen el mundo contemporáneo» (Juan Pablo II, alocución a prelados y cardenales de la Curia romana, 1984).

«La paz es unidad» (Pío XII, radiomensaje al Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona, 1952), unidad entre los diferentes individuos y naciones y sólo Cristo, Príncipe de la Paz, es capaz de otorgar tan precioso don y a él tendrían que dirigirse todas las miradas de este «Fórum»: «Los males [de la sociedad], sus agitaciones, su incurable caducidad, nacen de la loca y criminal pretensión que ha conce-

bido de poder sustraerse a la soberanía de Dios y constituirse fuera de Jesucristo. Esta pretensión es la que mata a la sociedad moderna; y mientras no la repudie completa e irrevocablemente, en vano intentará librarse de la muerte. (...) Todos sus progresos serán vanos engaños, todas sus invenciones tan solo servirán para agravar sus desórdenes estimulando su egoísmo. En vano será que uno y otro día llame a la paz; la paz no vendrá: proclamarán la libertad y su esclavitud irá en aumento, mientras no restablezca en su trono y hasta que no se establezca de nuevo sobre el fundamento que le puso la misma mano de Dios, al único verdadero libertador y al único verdadero pacificador. (...) Entonces y sólo entonces comenzará la nueva era.» (E. Ramière, S.J., *La Soberanía social de Jesucristo*).



Cabeza de san Pablo
(dibujo de Ignacio M.^a Serra Goday)

Las islas Solovki, tierra de espiritualidad y de martirio

GUILLERMO PONS PONS

A unos 160 kilómetros por debajo del círculo polar ártico, en el interior del Mar Blanco, se encuentra el archipiélago de las Solovki, formado por tres islas principales cuya superficie es de unos 290 kilómetros cuadrados. Bahías, lagos, bosques y pantanos, todo cubierto de nieve durante muchos meses del año, conforman el panorama de estas tierras situadas en los confines del norte de Rusia. Solamente cuando cede el rigor del largo invierno boreal se hace posible la navegación hacia esas islas, que a lo largo de siglos han ido adquiriendo un singular atractivo en el aspecto religioso, tanto para los ancestrales pobladores de las estepas rusas, como para la Santa Rusia de los siglos cristianos.

Durante largas épocas no hubo en las islas Solovki población estable. Tan sólo se iba a ellas circunstancialmente para realizar algunos actos de carácter religioso o para dar allí sepultura a héroes o personajes destacados, pues se consideraba que este archipiélago era como el confín de la tierra, situado entre el mundo de los hombres y las regiones del más allá.

Una gran eclosión de vida monástica

A partir del siglo xv las islas Solovki se llenaron de monasterios y eremitorios, convirtiéndose en una tierra sagrada, meta de peregrinaciones y centro de espiritualidad en cierta manera comparable a la famosa península monástica griega del Monte Athos, por más que las condiciones climáticas de ambos territorios monacales fueran totalmente diversas.

Hacia 1435 el monje Savvatij y un *starec* o padre espiritual llamado Germán fundaron al norte de la isla mayor una iglesia dedicada a la Virgen bajo el título de *Odigitria*, que significa «la que muestra el camino», o sea a Cristo que es el camino. Después de la muerte de Savvatij, aparece en el lugar el monje Zósimo en torno al cual reúne una primera comunidad monástica. Él fue el fundador de una gran iglesia llamada de la Transfiguración, edificada en el lugar donde este santo monje había tenido una visión en la que contempló un templo suspendido entre el cielo y la tierra.

Durante el siglo xvi fue superior del monasterio san Felipe Kolycev, quien después fue metropolitano de Moscú y mártir en tiempos de Iván el Terrible,

habiéndole dado muerte un favorito del zar porque el arzobispo había condenado los crímenes del soberano. Este santo dio inicio en la isla a un gran complejo monástico rodeado de torres y murallas, por lo cual se le dio el nombre de *Kremlin*. Además de muchas capillas y ermitas esparcidas por los alrededores, en el interior de la fortaleza amurallada se hallaban grandiosas iglesias, como la de la Trinidad, la de la Transfiguración, que fue durante mucho tiempo la más alta de Rusia, la de la Dormición de Nuestra Señora, la de San Nicolás, la de San Felipe y la de la Anunciación, junto a la cual está situada la Puerta Santa que da acceso a todo el antiguo recinto monástico.

En la isla Muksalma existe el complejo eremítico de San Sergio, y en la isla de Anzer, la que está situada más al norte, se hallan otros dos monasterios o «desiertos», el de la Trinidad y el del Gólgota.

Las islas Solovki vinieron a ser un alcázar de espiritualidad en el norte de Rusia. Los peregrinos, hasta los primeros decenios del siglo xx, acudían allí por millares cada año en la estación en que el clima se muestra más benigno. Para atender a los visitantes, ya en tiempo de san Felipe Kolycev se dispusieron caminos a través de los bosques y pantanos, se construyeron puertos, canales y puentes, e incluso se organizó una fuerza armada para defensa de los viajeros y seguridad de los monasterios, así como una flota de naves para el transporte de personas y mercancías. Un tribunal propio, reconocido por la autoridad estatal, tenía a su cargo el castigo de delincuentes. Durante el siglo xvii el monasterio fortificado resistió durante mucho tiempo a las tropas del zar enviadas para reducir la resistencia de los monjes que apoyaban a los «viejos creyentes» que se oponían a ciertas reformas introducidas por el patriarca de Moscú. La fama de una heroica adhesión a la «fe antigua» aureolaba, en efecto, el monaquismo de las islas Solovki.

Las islas del martirio

ESTA denominación se ha aplicado merecidamente a las islas Solovki al concluir el segundo milenio cristiano y al celebrarse el primer milenario de la cristianización de Rusia. A consecuencia de la revolución de 1917, estas islas fueron transformadas en un *lager* soviéti-

co, quizá el más espeluznante y terrible de los campos de concentración de la URSS. Se le consideraba como el *lager* modelo entre otros muchos que aquel régimen de terror había implantado. Sólo en el norte de Rusia hubo unos cincuenta y otros muchos en Siberia y en otras regiones de la URSS. En 1928 el *lager* de las Solovki llegó a acumular más de veinte mil detenidos, en 16 compañías, cada una con sus propias características.

El profesor Andrea Riccardi, de la Comunidad de San Egidio, en su obra de investigación histórica titulada *El siglo de los mártires*, se refiere a este inmenso penal, lugar de castigo y de exterminio, como «uno de los lugares de mayor sufrimiento de los cristianos rusos», lo califica de «santuario de mártires» y nos lo describe y analiza así:

«Fue uno de los calvarios para muchos de los que estuvieron confinados en él. El campo se habilitó en un monasterio, erigido en el siglo xv, en una de las islas del archipiélago. El complejo monástico, uno de los centros espirituales más importantes de la ortodoxia rusa, se convirtió en uno de los lugares de martirio más terribles. El lugar, que hablaba de Dios en sus iglesias y capillas y también de armonía entre el trabajo de los monjes y la naturaleza, sufrió un trágico destino. La profanación de este santuario, centro de peregrinaje de toda Rusia, significó el predominio absoluto del nuevo Estado soviético sobre el pasado. La ley de la violencia y la coacción pareció sustituir el orden monástico. Las islas Solovki fueron descritas, en una guía de la Rusia septentrional de 1899, como un lugar de paz para los peregrinos... Como tantos otros lugares representativos del sistema de campos de concentración, constituían el espejo paradójico de la sociedad soviética».¹

Se calcula que desde 1920 hasta 1939 pasaron por el campo de trabajo y exterminio de las islas Solovki más de un millón de detenidos.² El amontonamiento, las inhumanas condiciones del trabajo forzado, la crueldad de muchos guardianes y las constantes y arbitrarias ejecuciones daban sobrada razón para definir el *lager* como «ciudad infernal» (memorias de Bessonov) o como «las islas de las lágrimas». Sin embargo, mirándolo desde una perspectiva de fe cristiana, el supremo testimonio de amor de los mártires y confesores de la fe ha hecho brillar sobre esas islas el excelso resplandor de Cristo, en busca del cual caminaban los santos fundadores de los antiguos monasterios y quienes a ellos se unieron a través de los siglos. Refiriéndose al tiempo de las detenciones y muertes ocurridas en el archipiélago de las Solovki, el escritor cristiano y fotógrafo profesional ruso Jurij Brodskij, dice: «Gracias al sa-

crificio de estos hombres, las islas, igual que la cruz de Cristo, de símbolo de represión y de muerte, han pasado a ser en nuestra conciencia un símbolo de purificación».³ En lo ocurrido en estas islas del Mar Blanco también se pone muy de relieve la sugestiva y alentadora afirmación de Juan Pablo II: «El testimonio ofrecido a Cristo hasta el derramamiento de sangre se ha hecho patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes...».⁴

El «Gólgota» de la isla de Anzer

EN la isla del archipiélago que se halla situada más hacia el norte se levanta un monasterio que se designa como un «desierto», lo cual en el lenguaje monástico equivale a un lugar solitario destinado a monjes que buscaban una vida más apartada y menos condicionada por el flujo de peregrinos. En los relatos históricos de este cenobio se refiere que en el siglo xviii la Virgen se apareció a unos monjes en esa isla y les dijo: «A este lugar lo llamaréis Gólgota, porque en el futuro se ha de transformar en un inmenso cementerio. En la cima construiréis una iglesia en honor de la Pasión del Señor. Y yo a través de los siglos permaneceré aquí...». Los religiosos, queriendo secundar las recomendaciones de la Virgen, dispusieron en el lugar un cementerio monástico donde por espacio de dos siglos fueron sepultados bastantes monjes.

Al instalarse en las Solovki el enorme campo de concentración soviético, el monasterio e iglesia del Gólgota se convirtieron en hospital, en el cual se fue produciendo una gran mortandad. Sin tener ninguna referencia de la tradición monástica, los dirigentes hicieron explotar el área del antiguo cementerio y disponer allí unas grandes zanjas para enterrar a los enfermos que morían en el hospital, con lo cual toda la montaña se transformó en un «inmenso cementerio». Las palabras de María que se mencionaban en la historia del monasterio fueron consideradas por quienes las conocían como una auténtica profecía y su anuncio de que ella permanecería en ese lugar fue entendida como una consoladora promesa. Se dice que cada primavera la colina del Gólgota se cubre de una capa de flores silvestres de color azul, lo cual se interpreta como un signo de la presencia de la Virgen en ese lugar donde reposan los restos de tantos cristianos perseguidos y confesores de la fe.⁵

2. Ibid., 34.

3. JURIJ BRODSKIJ, *Solovki, le isole del martirio* (Edizioni La Casa di Matrona, Milano, 1998), p. 17.

4. *Tertio millennio adveniente*, 37.

5. JURIJ BRODSKIJ, op. cit., pp. 191-193.

1. ANDREA RICCARDI, *El siglo de los mártires* (Barcelona, Plaza y Janés, 2001), pp. 33-34.

El Jueves Santo de 1924

POR las memorias que escribió una detenida, llamada Olga Jafa, conocemos el profundo significado de unidad entre los cristianos que se manifestó en ese día de la Semana Santa de aquel año, cuando el campo de concentración albergaba un gran número de sacerdotes y obispos, ortodoxos y católicos. Según el calendario juliano seguido por la Iglesia oriental aquel día santo coincidía con el 30 de abril de nuestro calendario. Era, por tanto, la víspera del 1 de mayo, día que en el *lager* debía celebrarse con especiales actos de carácter político e ideológico. Se encargó a catorce obispos, ortodoxos y católicos, que tirando de una carreta fueran esparciendo arena sobre la nieve. Por entonces los eclesiásticos detenidos seguían vistiendo sus sotanas y llevando la cabellera larga tradicional.⁶

Desde las ventanas del pabellón de mujeres las detenidas, entre ellas bastantes monjas, contemplaban la escena con lágrimas en los ojos. Olga aquel día consignó sus emotivas impresiones:

«En todas las ventanas del primer piso había quienes se asomaban para mirar cómo aquellos catorce hombres cansados, endosando su vesta talar, se esforzaban en arrastrar hasta lo alto de la colina un pesado carro cargado de arena. Algunos tiraban de él por las pértigas, otros lo empujaban por detrás, los restantes lo sostenían por los lados para que no se perdiera la carga. Unidos en el esfuerzo trabajaban juntos un obispo católico todavía joven, evidentemente muy miope, con gafas redondas de concha, y un anciano macilento y escuálido con su barba blanca, un obispo ortodoxo, anciano de días pero fuerte de espíritu que empujaba enérgicamente la carga. En el lugar de trabajo de las mujeres todas abandonaron su labor para amontonarse junto a las ventanas. Las monjas lloraban. También yo miraba y derramaba lágrimas... Aquella de entre nosotras que tenga la suerte de salir de aquí deberá dar testimonio de lo que estuvimos contemplando... Se trata del renacimiento de la fe pura y auténtica de los primeros cristianos, la unión de las Iglesias en la persona de obispos católicos y ortodoxos que participan en una misma labor, unidos en el amor y la humildad...».⁷

Al atardecer, los catorce obispos regresaban exhaustos a sus barracones. Una capa amarilla de arena, por ellos esparcida, cubría la plaza situada ante la fachada del antiguo monasterio. Al día siguiente, Viernes Santo, un sol esplendoroso iluminaba los campos cubiertos de nuevo por la copiosa nevada caída durante aquella noche del Jueves Santo.

6. OLGA VASILEVA, *Russia martire*, Bergamo, La casa di Matriona, 1999, p. 158.

7. JURIJ BRODSKIJ, op. cit., p. 152.

Un Viernes Santo en la clandestinidad

EN 1927 surgió en Rusia la que se llamó «Iglesia de las catacumbas». Se trataba de aquellos ortodoxos que por razones de conciencia se negaban a reconocer al patriarca Sergio de Moscú, a causa de su «declaración de lealtad» hasta cierto punto favorable al régimen soviético. Ellos debían realizar las celebraciones religiosas en forma absolutamente clandestina. El médico Iván Andreev relata la celebración de los oficios del Viernes Santo de 1929 por parte de este grupo en las islas Solovki:

«A las siete del viernes, cuando los médicos habíamos dado fin a nuestra jornada laboral de doce horas, llegó el padre Nicolaj Piskavovskij y nos dijo: “El pintor R. ha diseñado una *síndone* en tela con la pintura de Cristo yacente de un palmo. El rito de la sepultura de Cristo empezará dentro de una hora”. “¿Dónde?”, preguntó monseñor Maksim. “En la cabaña en la que se seca el pescado, a la entrada del bosque”. La cabaña en su interior había sido transformada en iglesia. En el pavimento y las paredes había ramas de pino y velas, así como pequeños iconos de papel. La pequeña *síndone* aparecía casi invisible en medio del verdor. Parecía que de seres corpóreos nos habíamos transformado en puros espíritus; nada nos impidió la plegaria durante aquella noche. No sé cómo pudimos regresar a nuestros puestos. El Señor nos había hecho como invisibles».⁸

El profesor Michail Aleksandrovic Kizilenko era un médico de extraordinaria valía, que estaba sujeto a una vigilancia especial. Se trataba, en efecto, de un obispo clandestino, o sea, monseñor Maksim quien al ser consagrado debió recibir este nombre. Desarrolló en el *lager* una excelente labor como médico de almas y de cuerpos, como antes lo había hecho en una prisión-hospital de Moscú. Fue fusilado, según parece, el 6 de julio de 1931.⁹

La santa noche de Pascua de 1927

AL principio de la instalación del *lager* en las Solovki algunos de los antiguos monjes permanecieron en la isla y se les autorizó a celebrar el culto en la iglesia de San Onofre, situada junto a un cementerio. Los sacerdotes ortodoxos detenidos y los laicos condenados, según se decía, por motivos de religión podían a veces asistir a las celebraciones de los pocos monjes que allí habían quedado. Los otros detenidos si se atrevían a asistir al culto eran castigados severamente.

8. Ibid., pp. 142-143.

9. Ibid., pp. 140-141.

Era muy aleatoria, sin embargo, la posibilidad de que los sacerdotes pudieran celebrar o asistir a actos religiosos y la tolerancia a ese respecto sufrió muchas vicisitudes. En 1926 eran veintinueve los obispos ortodoxos en el *lager* y formaban un órgano eclesiástico conocido como «Concilio de los obispos de las Solovki» que ejercía un cierto influjo sobre la Iglesia rusa. Varios de estos obispos murieron mártires.¹⁰

La pascua de 1927 resultó excepcional y para todos fue memorable. El arzobispo Hilarión consiguió del comandante Ejchmans el permiso para que todos los detenidos pudieran asistir a la celebración nocturna.¹¹ Se dijo que esta autorización se debió a motivos de propaganda de cara a las naciones europeas. Participaron diecisiete obispos y unos quinientos sacerdotes y monjes. Una gran muchedumbre de fieles hubo de permanecer en los alrededores de la iglesia, que no era muy grande. Se usaron los vasos y ornamentos sagrados que se guardaban en el museo antirreligioso. Uno de los presentes, Boris Sirjaev, describe el acontecimiento con estas palabras:

«Todo el cementerio estaba repleto de gente y parte de los fieles estaban bajo los pinos, casi hasta el bosque cercano. Silencio. Las almas extenuadas anhelan la paz bendita de la plegaria. Los oídos están atentos para recoger los ecos de los himnos sagrados, que se difunden a través de las puertas abiertas, mientras en el cielo oscuro aparecen los destellos de la aurora boreal que irradian los colores del arco iris. Como un imponente mandato de un jerarca revestido de fuerza ultraterrena, de un poderoso Señor de los elementos naturales, resonó la exclamación del arzobispo Hilarión: «Levántese Dios y sean dispersados sus enemigos». De las ramas de los pinos cercanos caían algunos copos de nieve, y en la cima del campanario un vivo relámpago iluminó el símbolo de la Pasión y Resurrección, la santa cruz vivificante, que para aquel día había sido colocada en lo alto. De las puertas abiertas de la iglesia, ruinoso pero resplandeciente de luces multicolores, salió una incomparable procesión. Diecisiete obispos revestidos con ornamentos sagrados, rodeados de lámparas y antorchas, más de quinientos sacerdotes y monjes, y después oleadas interminables de personas que levantaban sus corazones y sus pensamientos hacia Cristo el Salvador en esa milagrosa e inolvidable noche. ¡Cristo ha resucitado! Sólo unos pocos oyeron resonar en la iglesia las palabras del «gozoso anuncio», pero todos percibieron su eco dentro de su propio corazón, y como una onda sonora desbordó en el silencio de la nieve la exclamación: «¡En verdad, ha resucitado!».¹²

Esta celebración pascual que con razón fue calificada de «milagrosa», significó un aliciente espiritual de singular vigor para aquellos detenidos, muchos de los cuales no salieron nunca de aquel inmenso campo de concentración. La peste, el agotamiento y los fusilamientos dieron lugar a que allí terminara su vida y sus restos quedaran sepultados en aquellas remotas islas, lugar de reposo de muchos antiguos monjes, así como de innumerables mártires y personas injustamente perseguidas. Casi ninguno de los obispos que en 1926 estaban detenidos en las Solovki pudo regresar a sus propios lugares de residencia.¹³

En 1929 fueron prohibidas en las Solovki las celebraciones litúrgicas. Un diácono llamado Vasilij se refiere a esta situación, diciendo:

«Todo sacerdote deseaba celebrar la Eucaristía en el interior del barracón, en la buhardilla. No se podía permanecer de pie, por lo que se tenía que celebrar la misa de rodillas. De modo que procedieron de la siguiente manera: ponían unas maletas en el suelo, las cubrían con una toalla, encendían una vela y procedían a la celebración de rodillas, sin moverse. Muchos sacerdotes acudían aquí diariamente».¹⁴

Una gran oleada de arrestos y fusilamientos se produjo hacia el año 1937, coincidiendo con la gran persecución antirreligiosa que por entonces también se padecía en España.

En ese mismo año fue fusilado el sacerdote ruso Pavel Florenskij, eminente teólogo, filósofo y científico. Había descubierto un sistema para evitar la congelación de los aceites en las máquinas. Gozaba de un gran prestigio social y le hubiera sido fácil evitar la persecución disimulando su condición de eclesiástico, cosa que él nunca quiso realizar. Al impartir sus conferencias universitarias siempre apareció vistiendo el hábito talar. Como muestra de sus escritos teológicos y espirituales, he aquí unas profundas y hermosas consideraciones suyas acerca de la Madre de Dios:

«El modelo de la auténtica pureza es la Purísima y más que bendita Madre del Señor, humilde en su eterna pureza, pura en su inmutable humildad. En ella, esposa del Espíritu Santo y por Él eternamente purificada, late la fuerza viva de la pureza universal, “Fuente del entendimiento eternamente desbordante”. En ella late el agua viva que aplaca toda sed y apaga en el alma el fuego de la *gehena*. Por eso la Iglesia la invoca, exclamando: “¡Oh purificación del mundo, Madre de Dios!” y también. “¡Oh purificación del universo!”».¹⁵

10. OLGA VASILEVA, Op. cit., p. 159.

11. Ibid., p. 165.

12. Ibid., pp. 166-167.

13. JURIJ BRODSKIJ, op. cit., p. 134.

14. ANDREA RICCARDI, op. cit., p. 35.

15. *Testi mariani del secondo millenio*, 2 (Roma, Città Nuova, 2000), p. 306.

Serjef Fudel (1900-1977), un escritor laico y valeroso confesor de la fe, el cual descubrió el auténtico sentido de la Iglesia a través de los escritos de Pavel Florenskij, dice: «Él nos abrió los ojos y los oídos acerca de la Iglesia antigua y eterna, fuente de intensísimo gozo para la mente humana. Recuerdo que mientras leíamos su libro nos decíamos: Empieza la primavera. Es la Iglesia eterna primavera».¹⁶ El sacerdote Pavel, por su fidelidad a Cristo y a la Iglesia, estuvo detenido en las islas Solovki y en otros lugares de castigo. Fue fusilado en 1937, víctima de la feroz represión estaliniana.

Católicos en las islas Solovki

HACIA 1925 llegaron como detenidos a las islas algunos católicos de rito eslavo, y después otros de rito latino. La primera preocupación de estos prisioneros católicos fue organizar la celebración de los actos litúrgicos. Después de varios intentos, se les permitió reunirse para el culto en una pequeña capilla dedicada a san Germán, un antiguo monje del lugar. Estaba situada a dos kilómetros y medio del recinto amurallado, junto a la ribera del lago. Caminando sobre la nieve se dirigían allí los prisioneros católicos, entre los cuales había varias religiosas. Primero se les permitió hacerlo sólo los domingos; después pudieron realizar diariamente la celebración eucarística. Un detenido alemán, ingenioso artífice logró fabricar unos vasos sagrados y un instrumento para confeccionar las hostias. Un crucifijo de leño y un icono de la Madre de Dios presidían las celebraciones. Había otras dos pinturas: la de san Juan apóstol y la de san Germán, el fundador de aquel lugar de culto. Se daba allí una fraternal convivencia de los dos ritos, cosa que anteriormente no había resultado fácil. Todos consideraban como un gran signo de la bondad divina el poder disponer de esa capilla.¹⁷

Entre los católicos destaca la figura de Leonid Fedorov, exarca de los católicos rusos de rito eslavo. Nacido en 1879 se había convertido al catolicismo en 1902 y fue ordenado sacerdote en 1911. Arrestado en 1923, llegó a las Solovki en septiembre de 1926. Aquí se encontró con una dama de la emperatriz y activa promotora de obras caritativas, Julia Nikolaevna Danzas, mujer de profunda sensibilidad espiritual, que ya se había relacionado con el exarca a raíz de su conversión al catolicismo en 1920 y su profesión monástica dos años después. Habiendo sido encargada del museo existente en la isla, logró

mantener una entrevista con el padre Fedorov, durante la cual recogió estas reflexiones del exarca:

Son pocos los que han comprendido que la misión de Rusia está incluida en su sufrimiento... Quizá la contribución de la Iglesia rusa al tesoro de la Iglesia universal es precisamente la vocación de manifestar en el sufrimiento, y no en la victoria, su propia inserción en el Cuerpo Místico de Cristo. Para nosotros *la victoria que vence al mundo* es la cruz que se alza sobre el mundo no para recibir honores, sino para ofrecerse en sacrificio...¹⁸

Leonid murió detenido o confinado en 1934, como otros muchos testigos de la fe de Cristo que han iluminado el horizonte del cristianismo durante el «siglo de los mártires». Otro jerarca católico que también estuvo detenido en las islas Solovki es monseñor Mutulionis, arzobispo lituano de Kasiadoris, que después de pasar por muchos otros lugares de castigo, fue al fin liberado y murió en 1962.¹⁹

Memorial de martirio y signo de esperanza

OLGA Jafa recordaba su llegada como detenida a las islas Solovki, que ella había conocido antes como lugar de una belleza fabulosa y como un preclaro centro monástico de espiritualidad, y decía: «¡Pero, Dios mío, cómo había cambiado! Ahora ya no había ni una sola cúpula ni una cruz, y en todo el complejo imperaba un color gris uniforme que recordaba el de las ruinas de una fortaleza medieval. Sin embargo, en medio de esta profunda tenebrosidad había una especie de nueva y solemne belleza, quizá todavía mayor e inspirada, que hablaba de un largo y glorioso pasado y de un fin coronado por el martirio...».²⁰

La lucha antirreligiosa soviética había conducido a un gran holocausto en Rusia y en otros muchos países; pero ya en 1968 el patriarca de Constantinopla Athenágoras pudo hacer esta esperanzadora afirmación: «Los cristianos rusos han vencido el totalitarismo en sus países. Lo han vencido con su fe, con sus oraciones, con el sufrimiento de los confesores y los mártires...». Y añadió: «Su victoria no se ve todavía. Muchas cosas tardan en subir a la superficie de la historia; pero todo ha cambiado ya profundamente».²¹ En 1992 renacía el monaquismo en las Solovki. Actualmente estas islas son consideradas como un lugar santo consagrado con la inmolación de innumerables mártires y confesores de la fe.

18. Ibid., pp. 145-146.

19. ANDREA RICCARDI, op. cit., p. 35.

20. JURIJ BRODSKIJ, op. cit., p. 22

21. ANDREA RICCARDI, op. cit., p. 30.

16. GIOVANNA PARAVICINI, Introducción a la citada obra de OLGA VASILEVA, p. 8.

17. JURIJ BRODSKIJ, op. cit., pp. 137-140.



Pequeñas lecciones de historia

La defensa de Barcelona de 1714 y don Manuel de Ferrer (II)

GERARDO MANRESA

EL escrito de protesta presentado por don Manuel de Ferrer el 6 de julio de 1813 (véase *CRISTIANDAD*, núm. 872, marzo de 2004, p. 36) es un ejemplo de responsabilidad en un hombre público, una muestra de sensatez y de equilibrio político.

«Excelentísimo y fidelísimo Señor:

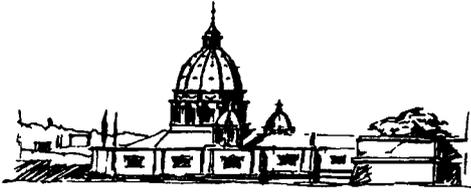
»Protesto y doy de nulidad de la deliberación que el día de hoy y ahora de presente a pluralidad de votos ha tomado el excelentísimo Brazo militar general; esto es, de sujetarse absolutamente al serenísimo duque de Anjou, pidiendo desde luego pasaporte al mariscal Starhemberg para pasar a hacer la absoluta submisión al duque de Pópoli general de los enemigos, presentándole la obediencia en nombre de todo el Principado. Digo, pues, que con el presente acto doy de nulidad y protesto de la susodicha deliberación por oponerse al honor, leyes y privilegios de toda la nación catalana por ser ignominiosa tan servil sujeción al nombre de toda la nación; por ser contra los juramentos que tiene prestados Cataluña a su rey y señor natural; por ser singularmente contraria a la constitución primera de las cortes generales celebradas el año de 1706; por ser derogatoria del derecho que tiene Cataluña de defenderse y oponerse a los que quieren perturbarle sus leyes, franquezas y privilegios; por no constar que acto alguno de cortes generales haya anulado la dicha constitución primera; por no constar que el rey nuestro señor haya exonerado a Cataluña del juramento que le tiene prestado con la más libre, espontánea y solemne forma; por no constar que el rey nuestro señor haya renunciado a los juzgados y declarados derechos que tiene a este condado de Barcelona solemnemente aprobados en cortes generales y finalmente, porque jamás en la posteridad pueda constar que Cataluña ha abusado del derecho de franqueza y libertad que la divina Providencia ha puesto en nuestro poder. Por todas sobredichas razones y motivos el infrascrito da de nulidad de la presente deliberación, usando el derecho natural y del que le toca por haber nacido catalán, protestando asimismo de cuantos actos seguirán de la dicha deliberación, con expresa declaración que los tiene por nulos y de ningún valor igualmente que la dicha declaración; pidiendo y requiriendo que la dicha deliberación tomada el día presente por el Excmo. Brazo no sea comunicada a los otros Excmos. brazos o estados sin que al mismo tiempo y unidamente lo sea el voto hecho por mí en alta voz y dado por escrito por todo su entero e inserta también la presente protesta; dando copias no sólo a todos los individuos de los bra-

zos o estados generales, pero aún a cualesquiera otras personas que lo pidan. Y para que más claramente conste de la justicia de la protesta y de la nulidad de la deliberación tomada digo y declaro que el presente excelentísimo Brazo general no tiene autoridad ni derecho para deliberar sujetarse a otro dominio por dos principales motivos. El primero porque la facultad de declararse si debe o no admitirse un príncipe por señor de este Principado está reservada y toca solamente a las cortes generales, como también en ellas solas puede el rey renunciar a su derecho. El segundo motivo: porque ni este excelentísimo Brazo ni aún todos los excelentísimos estados generales pueden tomar deliberación que sea contraria a la ley fundamental de este Principado. Ésta dispone que no pueda este Principado admitir ni jurar por su señor a príncipe alguno que no jure él antes que observará y conservará los privilegios, leyes, costumbres, franquezas y libertades de Cataluña, como así está dispuesto en la Constitución 2, tit. *De Jurament.* ¿Cómo, pues, puede este excelentísimo Brazo deliberar el sujetarse al serenísimo duque de Anjou, quien no sólo no ofrece conservar y mantener las dichas leyes y privilegios, pero que aun expresamente declara querer que el Principado se sujete a la discreción de su clemencia? Por fin, los estados generales sólo tienen derecho para oponerse a las infracciones de los privilegios y para deliberar cuáles deben ser los medios y providencias que deben tomarse para defenderlos. Por todo lo referido repito que protesto así de la deliberación presentemente tomada como de cuantos semejantes actos el presente Brazo general ejecute por violentos y contra derecho; y por consiguiente no obligatorios a catalán alguno; permaneciendo siempre en que las leyes, constituciones y franquezas de este Principado se mantengan ilesas y que los derechos de su rey y señor queden salvos, queriendo que en la presente protesta se entiendan incluidas cuantas cláusulas y salvedades de valor y facultad da el derecho en semejantes actos.

»Así lo firmo en presencia del excelentísimo fidelísimo Brazo general.

»Don Manuel de Ferrer y Sitges.»

Esta forma de pensar y actuar choca hoy en día en que el absolutismo de los gobiernos hace que las leyes se creen, cambien o anulen en función de la ideología del gobierno del país y que los privilegios no se den a cada país, según sus necesidades, sino en función de la afinidad ideológica a las autoridades.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Instrucción «Redemptionis sacramentum»

LA nueva instrucción *Redemptionis sacramentum*, sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la santísima Eucaristía, redactada a petición de Juan Pablo II por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, en colaboración con la Congregación para la Doctrina de la Fe, trata de retomar «algunos elementos de la normativa litúrgica anteriormente enunciada y establecida, que continúan siendo válidos, para reforzar el sentido profundo de las normas litúrgicas» y evitar los «abusos» que se dan, pues en ocasiones «amenazan a la validez del sacramento», «manifiestan una deficiencia en la fe eucarística», «contribuyen a crear confusión entre el Pueblo de Dios» o «a hacer crecer la desacralización de la celebración eucarística».

«El misterio de la Eucaristía es demasiado grande para que alguien pueda permitirse tratarlo a su arbitrio personal, lo que no respetaría ni su carácter sagrado ni su dimensión universal». Éste es el espíritu que anima toda la instrucción y que, podríamos decir, constituye la novedad del documento que no ofrece normas nuevas sino que «las especifica», buscando motivar estas normas con una «actitud de fe y de reverencia por la Eucaristía».

Martirio de católicos orientales bajo el comunismo

EN un volumen de 520 páginas, recientemente editado por la Congregación para las Iglesias orientales –*Fe y martirio: Las Iglesias orientales católicas en la Europa del siglo xx*–, se presentan las Actas del Simposio de Historia Eclesiástica Contemporánea celebrado en el Vaticano entre el 22 y el 24 de octubre de 1998 y que recogen los testimonios de martirio de católicos de rito oriental durante los regímenes comunistas del Este de Europa y que al ser «tan numerosos no han podido pasar por los procesos canónicos normales de la Iglesia».

«Son figuras de obispos, sacerdotes, consagrados y laicos –bautizados de varias Iglesias orientales católicas (ucraniana, rumana, eslovaca y rutena)– que permanecieron en su lugar, considerando que la

gracia del Señor valía más que la vida». Los regímenes comunistas confiscaron los bienes de estas Iglesias y a sus pastores y fieles les obligaron a pasar a la Iglesia ortodoxa. Quienes se oponían tuvieron que pagar con la sangre o la cárcel su fidelidad al sucesor del apóstol Pedro.

En la rueda de prensa de presentación del libro estuvieron presentes dos testigos de la represión comunista: el obispo Pavlo Vasylyk, de la eparquía de Kolomyia-Chernivtsi (Ucrania), de 77 años, encarcelado en muchas ocasiones por las autoridades soviéticas. «Las condiciones en las que nos encontrábamos en los campos de concentración –afirmó el purpurado– eran despiadadas, peores que las de los campos de concentración alemanes» pero «el Evangelio fue para nosotros la fuente de agua viva gracias a la cual éramos no sólo personas humanas, sino también cristianos». Intervino también monseñor Tertulian Ioan Langa, de 82 años, de la eparquía de Cluj-Gherla, para testimoniar los dieciséis años que pasó en las cárceles comunistas de Rumanía, y entre otras cosas, «los ritos diabólicos» utilizados por los comunistas para obligar a hablar a los presos.

El matrimonio para siempre, un bien

TRAS la aprobación de la nueva Ley de Matrimonio Civil en Chile, que incluye el divorcio vincular, el Comité Permanente de la Conferencia Episcopal realizó una declaración, de la que entresacamos algunos párrafos muy ilustrativos:

«Desde que se inició el debate político y legislativo, como obispos de la Iglesia católica hemos propuesto al país la enseñanza del Señor Jesús a favor del matrimonio indisoluble. Con el Santo Padre hemos reiterado “No os dejéis invadir por el contagioso cáncer del divorcio que destroza la familia, esteriliza el amor y destruye la acción educativa de los padres cristianos. No separéis lo que Dios ha unido” (Mt 19,6).

»A la luz del conocimiento que la fe, la razón y la experiencia nos entregan, tenemos la firme convicción de que el divorcio vincular –sobre todo, el divorcio unilateral, por abandono– lejos de fortalecer a la familia, termina perjudicando habitualmente a sus miembros más débiles, particularmente a

las mujeres y los hijos. Erosiona la estructura familiar quien olvida que “el bien de la indisolubilidad es el bien del matrimonio mismo”.

»Conscientes del bien que representa para la sociedad entera –para las familias, y especialmente para los niños, los jóvenes y las mujeres– el matrimonio para toda la vida, más que nunca pondremos todo nuestro empeño pastoral en fortalecer los fundamentos de los matrimonios chilenos, para que cada familia sea un verdadero santuario de la vida, de la confianza y de la paz (...) El matrimonio para toda la vida de innumerables jóvenes y adultos seguirá siendo un bien para Chile. A quienes lucharon por ser coherentes con su fe y con la definición de matrimonio que siempre ha caracterizado a nuestro pueblo, va nuestra palabra de aprecio y gratitud. Creemos que, después de una larga y dolorosa experiencia, se añorará volver a hacer efectiva esa realidad que Andrés Bello describió y estableció en nuestro Código Civil: “El matrimonio es un contrato solemne por el cual un hombre y una mujer se unen actual e indisolublemente, y por toda la vida, con el fin de vivir juntos, de procrear y de auxiliarse mutuamente”».

Aprobada la declaración de martirio de siete españoles y un francés asesinados en 1936

LA Santa Sede ha aprobado los decretos de martirio de ocho nuevos siervos de Dios asesinados durante la persecución religiosa de los años 30 en España. Seis de ellos son sacerdotes de la diócesis catalana de Urgell (José Tapies Sirvant, Pascual Araguás Guardia, Silvestre Arnau Pascuet, José Boher Foix, Francisco Castell Brenuy, Pedro Martret Moles, y el francés José Juan Perot Juanmartí) y la otra una religiosa madrileña (María de los Ángeles Ginard Martí, religiosa de la Congregación de las Hermanas Celadoras del Culto Eucarístico). Además, el obispo de Lérida Francesc Xavier Ciuraneta ha presidido la solemne apertura del proceso ordinario de la causa de beatificación y declaración de martirio de 137 sacerdotes y 17 laicos de la diócesis leridana sacrificados durante la Cruzada del 36. Hasta ahora, de la diócesis de Lérida únicamente ha sido declarado mártir de la última persecución religiosa el beato Francesc Castelló, aunque siguen su curso en Roma los procesos del obispo Salvio Huix, que fue ejecutado en 1936 junto a unos setenta sacerdotes y laicos, y de un grupo de jesuitas entre los que se encuentra un religioso leridano. Por otro lado, los teólogos vaticanos de la Congregación para las Causas de los Santos han dado ya el visto bueno decisivo para la beatificación de Pere Tarrés (1905-1950).

Reanudación de relaciones diplomáticas entre Israel y la Santa Sede

TRAS diez meses de interrupción, este mes de julio está previsto que se reanuden las conversaciones entre el gobierno israelí y la Santa Sede, retomando el «Acuerdo fundamental» suscrito por ambas partes hace más de diez años y cuyos procedimientos de ejecución, según el embajador israelí Ben Hur, se espera puedan concluirse para finales del 2004. Este documento se limitaba a enunciar los grandes principios reguladores de las relaciones entre la Iglesia y el Estado israelí, condicionando su puesta en práctica a acuerdos complementarios posteriores que no se han producido (excepción hecha del reconocimiento civil de la personalidad jurídica de la Iglesia y de los entes eclesiásticos alcanzado en 1997 pero que tampoco se ha transformado en ley del Estado).

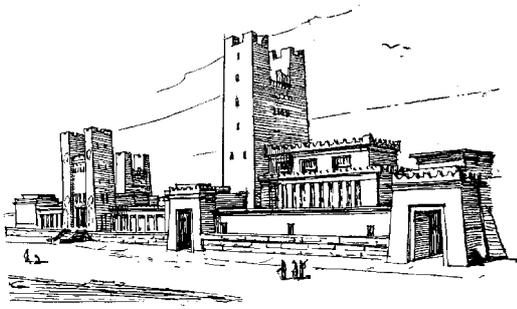
El Compendio del Catecismo de la Iglesia católica, en su recta final

YA ha finalizado la consulta a cardenales y presidentes de las conferencias episcopales sobre el proyecto de Compendio del Catecismo de la Iglesia católica, redactado en forma de diálogo, con preguntas seguidas por respuestas sintéticas, concisas, sobre los contenidos esenciales y fundamentales de la fe de la Iglesia, respetando el carácter completo y la integridad doctrinal.

El proyecto del Compendio quiere reflejar con fidelidad el Catecismo de la Iglesia católica tanto en la estructura como en la articulación de los contenidos y en el lenguaje de manera que no será un compendio cualquiera de la fe católica sino un Compendio del Catecismo de la Iglesia católica. Al final del proyecto se colocarán, como apéndice, algunas oraciones principales y comunes del cristiano y algunas fórmulas de doctrina católica.

Primera procesión eucarística en Amsterdam desde 1578

CON motivo de la solemnidad de Corpus Christi, la Iglesia de Nuestra Señora, confiada a sacerdotes del Opus Dei, celebró una solemne procesión eucarística por la capital holandesa, primera procesión con el Cuerpo de Cristo desde que en 1578 los gobernantes del país se pasaron a la causa de la Reforma y prohibieran «la procesión del Milagro», llamada así en recuerdo de un famoso prodigio eucarístico que tuvo lugar en la ciudad el 15 de marzo de 1345.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Ampliación europea: la herencia comunista

LA incorporación a la Unión Europea de diez nuevos países supone un importante paso hacia la recomposición de una verdadera Europa unida por unas raíces y una cultura común. Dejando de lado dos islas como son Malta y Chipre, con toda una historia y una problemática propias, el resto de nuevos miembros de la Unión Europea proviene de lo que fue el bloque comunista, también llamado la Europa del Este, aunque más bien habría que hablar de Centroeuropa. Se trata de Polonia, Chequia, Eslovaquia, Hungría y Eslovenia, además de los tres países bálticos, Estonia, Letonia y Lituania, que hace quince años eran parte de la Unión Soviética. Son países cuya historia está repleta de pruebas y sufrimientos, pero también de tenacidad y fidelidad. Una mirada más atenta nos revela, no obstante, que los largos años de comunismo y su sustitución por un liberalismo materialista han hecho finamente mella en estos pueblos, heridos moralmente en profundidad.

Así, vemos que, de forma unánime, desde los años sesenta los nuevos países miembros de la Unión Europea (con la excepción, que se irá repitiendo en casi todos los indicadores, de Malta y Chipre) han experimentado una fuerte caída de las tasas de nupcialidad, estando en todos los casos por debajo de la ya baja tasa europea actual. No es de extrañar, pues, el también creciente porcentaje de nacimientos extramatrimoniales: en Estonia el 54 %, en Letonia el 40 %, en Eslovenia el 37 % por citar los casos más extremos (por el contrario, en Chipre sólo suponen el 2 %). Como podemos ver, en Estonia ya son minoría los hijos nacidos dentro del matrimonio. En cuanto a la tasa de divorcios, es en la mayoría de los nuevos países miembros superior a la media de la Unión Europea antes de la ampliación.

Si atendemos a los datos de nacimientos, encontramos una tasa de fertilidad media en los nuevos adheridos del 1,38, inferior incluso a la de la Unión Europea, mostrando estas cifras un descenso de la fecundidad más acelerado en estos países. Así pues, la nueva Europa ampliada, lejos de ganar en vitalidad, intensifica su crisis. Una Europa que se casa menos, se divorcia más, tiene menos hijos y los que

tiene los tiene cada vez más fuera del matrimonio. Una herencia, la del comunismo materialista, consolidada ahora en forma de liberalismo materialista, que pesa como una losa.

El verdadero genocidio en Kosovo

AHORA que tanto se habla de la ilegalidad de la invasión de Iraq no está de más recordar otra guerra ilegal pero que en su momento fue aplaudida por quienes encabezan las peculiares manifestaciones pacifistas que han invadido nuestro país. Nos referimos a Kosovo, donde los tropas norteamericanas bombardearon sin ninguna cobertura legal, siguiendo únicamente y de modo unilateral su criterio de democratizar el planeta entero, el territorio yugoslavo. Fue precisamente bajo el pretexto de evitar un pretendido genocidio contra la población albano-musulmana de la provincia de Kosovo que los Estados Unidos y sus socios occidentales instituyeron un protectorado en esa región en 1999. Eso sucedía después de los mortíferos bombardeos sobre Belgrado y otras ciudades serbias que duraron setenta días. Ya han pasado casi cinco años desde esos trágicos sucesos y lo menos que puede decirse es que los soldados de la fuerza multinacional desplegados en Kosovo en la actualidad parecen ahora mucho menos sensibles y prestos a actuar que antes. Sobre todo cuando nos llegan noticias de la silenciada pero terriblemente real limpieza étnica que padecen todos los no albaneses y no musulmanes de la zona. Las cifras son claras: en 1999 eran más de 280.000 quienes resistían a decenios de presión musulmana, ahora no quedan más de 20.000 en toda la región, desesperadamente arraigados a la tierra de sus ancestros.

La indiferencia con la que el mundo contempla estos hechos es lacerante: desde que las tropas occidentales controlan la zona han sido destruidas, con completa impunidad, más de ciento cincuenta iglesias y monasterios. Solamente durante el pasado mes de marzo dieciséis iglesias ortodoxas fueron atacadas, saqueadas e incendiadas ante la pasividad de las fuerzas de la KFOR y de la ONU. ¿Cuántos titulares en los periódicos españoles merecieron dichos actos? La doble vara de medir no conoce límites,

más cuando tras las buenas palabras se esconde la voluntad, cada vez más evidente, de descristianizar un país.

Los políticos que favorecen el aborto no deben comulgar

EN la presentación de la instrucción *Redemptionis Sacramentum* el cardenal Francis Arinze, prefecto de la Congregación para el Culto Divino, afirmó que «Los políticos que favorecen el aborto no deben comulgar y el sacerdote debe negarles la comunión». No se puede ser más claro. Estamos convencidos de que el evitar el escándalo de contemplar la comunión de los políticos abortistas hará un enorme bien entre el pueblo cristiano, en estos tiempos especialmente necesitados de ejemplos de coherencia entre el decir y el actuar. El documento ha provocado las críticas de cierta prensa, lo cual reafirma lo acertado de la decisión.

Continúa en Sudán la islamización forzada

PROSIGUE el silencio sobre lo que ocurre en Sudán. La ofensiva islamista del norte árabe y musulmán contra el sur negro y cristiano prosigue su marcha, pero ahora se abre un nuevo frente, esta vez en el oeste sudanés, más en concreto en Darfur, donde está en marcha un agresivo proceso de «arabización» (modo políticamente correcto de designar la islamización forzosa).

Del sometimiento de Darfur a un régimen de terror por parte del gobierno sudanés da testimonio un informe de las Naciones Unidas según el cual la situación ya ha ocasionado 10.000 víctimas, cerca de un millón de desplazados y 130.000 prófugos en el vecino Chad. Este nuevo episodio del conflicto sudanés se ha recrudecido desde febrero de 2003, cuando dos grupos rebeldes lanzaron una ofensiva sobre el ejército regular sudanés, acusado de apoyar a las milicias «Janjaweed» –salteadores árabes activos en la región occidental de Sudán–, que desde hace años siembran muerte y destrucción especialmente entre las comunidades africanas Arana, Marsalit y Fura.

En palabras de monseñor Gassis, arzobispo de la zona, «el ataque de las milicias árabes contra la etnia de Darfur se dirige a ocupar su lugar, como han hecho en otros lugares: quieren desplazar la raza árabe a las zonas más fértiles, a las zonas donde pueden tener pastoreo». Mientras, las autoridades islamistas sudanesas y el «Ejército de Liberación Popular de Sudán» (SPLA) se encuentran actualmen-

te en la fase final de un proceso de negociaciones cuyo objetivo es poner fin a veinte años de guerra civil entre el régimen islámico del norte y la rebelión del sur, de población mayoritariamente animista y cristiana, que ha causado más de dos millones de muertos y cientos de miles de desplazados. Y todo sin casi aparecer en los medios de comunicación occidentales.

Uganda: fidelidad y castidad, eficaces contra el sida

Y hablando de silencios clamorosos, acabamos de conocer que el departamento de la ONU para el SIDA ha omitido que el éxito de los programas sanitarios para combatir esta pandemia en Uganda se debe a que están basados en la promoción de la abstinencia sexual, la castidad y la fidelidad. Así lo ha denunciado la organización LifeSite. Pese a los múltiples conflictos armados que asolan al país africano desde su independencia en 1962, Uganda ha logrado en los últimos doce años reducir en más de la mitad la tasa de infección de VIH.

La pandemia del SIDA comenzó a comienzos de la década de los ochenta a orillas del lago Victoria, al sur de Uganda. Desde allí se extendió por todo el continente africano con más de 24 millones de personas infectadas frente a los menos de diez millones de portadores del virus contabilizados en el resto del mundo. En Uganda, más de un millón y medio de niños se han quedado huérfanos debido al SIDA, es decir, la décima parte del total mundial. Una cifra escalofriante.

Pero la particularidad del caso de Uganda reside en el éxito de sus programas sanitarios: lejos de apostar como arma exclusiva y primordial por el preservativo, la política sanitaria y educativa de combate a la infección está basada en la promoción de la abstinencia sexual, la fidelidad dentro del matrimonio y la castidad, especialmente entre los más jóvenes. El propio presidente ugandés, Yoseveri Museveni, lo tiene muy claro, y así se lo hizo saber al presidente de los Estados Unidos, cuando afirmó que han priorizado la promoción de la abstinencia y la recuperación de los valores de la castidad y la fidelidad. Así se ha logrado pasar de un 15 % de infectados en 1991 a un 5 % en 2001. Un informe de la Agencia para el Desarrollo Internacional de los Estados Unidos (USAID) se ha visto obligado a reconocer que «Uganda está consiguiendo un efecto asimilable a la existencia de una vacuna que fuera un 80 por ciento eficaz contra el SIDA». ¿Para cuándo la «ugandización» de las políticas de prevención anti-SIDA?

ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

JORGE MARTÍNEZ

Javier Prades

Dios ha salvado la distancia

Madrid, Encuentro, 2003

QUIEN haya tenido la oportunidad de escuchar alguna de las conferencias de Javier Prades no puede obviar la posibilidad de acercarse más a él a través de la lectura de estas páginas que aquí reseñamos. Catedrático de teología dogmática en la Facultad de Teología San Dámaso de Madrid, es un hombre de pensamiento hondo pero que no se pierde en devaneos astrológicos o abstrusas abstracciones sino que piensa partiendo de lo que tiene, del mundo y de la cultura que nos rodea, que nos influye y que, con expresión de Heidegger, nos nadea.

Como él mismo nos dice en la presentación, este libro es una recopilación de «artículos publicados en distintos medios, a lo largo de los últimos años. Varios son fruto de conferencias en el extranjero y allí han sido editados, algunos de ellos en italiano; otros han sido publicados en volúmenes de poca difusión por sus características.» En todos ellos se puede apreciar esta preocupación apostólica y racional por anunciar la victoria de Cristo como posibilidad en todas y cada una de las dinámicas problemáticas que surgen en nuestro mundo actual.

Pese a ser un libro relativamente breve, sobre todo en algunos puntos donde el tema requiere una cierta complejidad terminológica y conceptual, el texto se hace duro a la lectura superficial y reclama todas las potencias cognitivas del lector. Sin embargo, el esfuerzo merece la pena.

Por dar una pequeña muestra de lo que podemos encontrar en estas páginas, hablaré del capítulo segundo, cuyo contenido es de especial interés para la educación cristiana. Se titula «La educación para la libertad en la pertenencia» y nos hace un retrato del método educativo cristiano «hoy» en la Universidad (diferente, claro, a los métodos comúnmente aplicados por pastorales en extinción, a todas luces fracasados por la obviedad de sus nefastos resultados). Este capítulo en concreto se hace fácil de leer y es absolutamente recomendable a todo aquél que se plantee la posibilidad de educar. En él se parte de todas las dificultades que se encuentra el profesor y el alumno en la universidad para educar y ser educado, para «ser introducidos en la realidad total», que es en lo que consiste la educación. Se parte de la antropología típicamente moderna, racionalista e ilustrada, que reinterpreta la razón y la libertad de hombre engen-

drando un distanciamiento entre el sujeto y la realidad, y una falsa relación entre el hombre y la realidad como representación subjetiva dependiente del poder. Así, nos dice Prades, «El hombre pierde su relación con la realidad y, por tanto, no sabe ya qué hacer con su razón y su libertad para explicar su destino, a pesar de los ingentes progresos de orden técnico y científico que ha producido la razón instrumental.» Esta «nueva» concepción de la razón implica un proceso de fragmentación del proceso educativo que, en el ámbito universitario, hace surgir toda una serie de consecuencias como pueden ser el «intelectualismo», el «individualismo» y la «pérdida del sentido de la vida universitaria como vocación». Ante esta dificultad específica de la universidad postmoderna, nos encontramos, además, con que, sobre la respuesta educativa del cristianismo se ha operado una secularización que ha significado la incapacitación de las propuestas concretas de educación en la fe, culturalmente deudoras de esta mentalidad que defiende un modelo pedagógico que concibe la educación «como una acumulación de saberes particulares para la formación de expertos». Por eso, Prades, frente a esta tendencia «formativa» que tantas veces adivinamos en la misma Iglesia reclama nuestra atención sobre una posibilidad educativa que, partiendo del método utilizado por Dios para entrar en contacto con nosotros (encuentro con Jesucristo o con la unidad de la Iglesia, que es lo mismo), sea un reclamo a la libertad del alumno y permita «la verificación, en el tiempo y en el espacio, de una propuesta educativa, en la que se es acompañado por quien tiene autoridad moral para “educar”, para introducir en la totalidad de lo real.» Así, Prades afirma que es el maestro el que está llamado a ser ese testigo «que mediante su propia experiencia provoca la libertad del estudiante para que se ponga en juego personalmente y dé testimonio de la verdad.»

Cosas, si se quiere, muy evidentes, pero nada comunes en nuestras aulas. La verdad no se arroja a modo de proyectil desde catapultas ancladas en los encastillamientos doctorales de los profesores de universidad, sino que se contagia, como una pasión por el conocimiento, que el alumno es capaz de percibir, solamente, en una relación de amistad. Si los profesores y educadores en general no nos damos cuenta de esto el primer problema lo tenemos nosotros, porque, así como uno no puede ser maestro si no ha sido antes discípulo, tampoco es posible ser maestro si uno no tiene nunca discípulos. Sólo decir que Javier Prades tiene unos cuantos, tirando a muchos.



emos leído

ALDOBRANDO VALS

Un historiador reaccionario para el siglo xx

John (nacido János) Lukacs es uno de los más prestigiosos historiadores vivos, especializado en el siglo xx y, más en concreto, en el auge del nacionalsocialismo y la segunda guerra mundial. Nacido en Budapest en 1924, en el seno de una familia judía, su madre se convierte al catolicismo durante la primera infancia de János, a quien educará en la fe de la Iglesia católica. Perseguido y encarcelado por el nazismo debido a su raza, John Lukacs conseguirá escapar y huir a Gran Bretaña primero para instalarse definitivamente en Estados Unidos después. En su último número, la revista norteamericana Modern Age dedica un artículo a repasar la trayectoria vital y académica de Lukacs. El texto, que firma Lee Congdon, se titula «Las lealtades reaccionarias de John Lukacs» y encierra algunos pasajes muy clarificadores acerca de lo ocurrido en Europa en el periodo de entreguerras. En palabras de Congdon, la hegemonía del nacionalsocialismo en Hungría es vista así por nuestro historiador:

«Según Lukacs, demasiados húngaros empezaron a cambiar de un patriotismo a la vieja usanza (amor al país) a un nuevo y estrecho nacionalismo (arrogancia étnica e intolerancia). Se trató de una transformación ominosa, y ya el joven Adolf Hitler clamaba que él era un nacionalista, no un patriota. Esta autodescripción es un signo claro, señala Lukacs, de que el antisemitismo es un fenómeno moderno y que, como en el caso de Hitler, se alimenta de nacionalismo y democracia. Los miembros de la burguesía, al menos en sus niveles superiores, no sucumbieron a esos prejuicios, dado que eran los herederos de una tradición de honor y decencia».

Y en buena lógica, el fin del Imperio austrohúngaro, resto de autoridad cristiana, es descrito por Lukacs como uno de esos pasos que dejan tras de sí un tremendo rastro de sangre: «Cuando Wilson y los Aliados tomaron su decisión de acabar con el Imperio de los Habsburgo en aplicación del principio de autodeterminación, hicieron lo que Lukacs, con acierto, define como un error catastrófico. Uno de los muchos subproductos infelices de esa disolución fue la breve República Soviética Húngara de 1919, un régimen tiránico liderado por Béla Kun».

Por último, señala la trascendental comprensión de la naturaleza profunda del nacional-socialismo y de su carácter revolucionario, algo sobre lo que nunca nos cansaremos de insistir y que se hace hoy día más necesario ante la persistente propaganda en sentido contrario: «Lukacs ha descrito bien a los partidarios de la derecha antialemana como patriotas a la antigua usanza, reaccionarios para quienes el honor y la decencia estaban fuertemente enraizados. La derecha proalemana, por el contrario, atrajo a los nacionalistas populistas y antisemitas, hombres y mujeres que abrazaron el nacionalsocialismo (y que es muy cuestionable que podamos tratar como derechistas). De hecho, la derecha húngara era tradicionalista en épocas tranquilas y contrarrevolucionaria cuando la revolución alcanzó el poder; nunca fue revolucionaria ni socialista.

[...] Hitler juega un papel primordial en la obra de Lukacs. En un importante capítulo de su libro *The Hitler of History*, titulado «¿Reaccionario o revolucionario?», la balanza se inclina claramente hacia el segundo término. Hitler, arguye convincentemente, fue el más grande, lo que es decir el más influyente, revolucionario del siglo xx».

Imposibilidad de una moral laica

El boletín Corrispondenza romana se hace eco del discurso del cardenal Joseph Ratzinger, en su calidad de presidente de la Pontificia Comisión Bíblica, con motivo de la asamblea plenaria de dicha institución. Al abordar la relación entre Biblia y moral, el purpurado criticó fundamentalmente la moderna fe en una «moral laica» que podría sustituir a la moral cristiana: «Crecen en la sociedad contemporánea las llamadas a una ética no confesional, a lo que llaman una “moral laica” producida por la sola razón e independiente de cualquier revelación divina». Pero, «aunque la razón humana es capaz de conocer y de formular normas morales válidas, no obstante, es frágil y limitada ya que es la razón del hombre pecador».

En consecuencia, «es necesaria la fe para comprender plenamente los contenidos morales de la condición humana»; este acceso a la fe «nos llega a través de la mediación de una tradición viva: la Iglesia, mediante la cual los cristianos recibimos la voz viva del Evangelio como expresión fiel de la sabiduría y de la voluntad divinas».

La sombra de la homosexualidad

La ofensiva a favor de la homosexualidad no se limita a nuestro país; en los Estados Unidos el debate es intenso y la reacción de quienes se niegan a aceptar las imprecisiones de la agenda pro-homosexualidad es vigorosa. En algunos casos, como en el texto que reproducimos a continuación, publicado en Touchstone por Anthony Esolen, se abordan aspectos hasta el momento poco estudiados:

«Uno de los aspectos que más me preocupan de la aprobación del matrimonio homosexual es la aprobación de todo lo homosexual. Si

dos hombres se pueden casar, entonces dos hombres pueden ir cogidos de la mano. Entonces, dos hombres pueden besarse en público, y además apasionadamente. Dos hombres pueden aparecer juntos en la cama en una serie televisiva. Un hombre puede dar una charla en una escuela sobre la primera vez que besó a su actual marido. Los chicos podrán escribirse entre sí notitas amorosas.

Todo esto estará protegido, y mientras tanto algo mucho más importante y difícil será abandonado, algo indispensable para alcanzar una existencia plena. Me refiero a la

amistad, al desarrollo de una sana amistad entre chicos, a la camaradería necesaria para que lleguen a ser, emocional e intelectualmente, hombres completos.

Imaginemos que el tabú del incesto fuera suprimido: nunca más un brazo sobre el hombro, una caricia o un beso volverán a ser inocentes. La sombra del erotismo siempre caerá sobre ese acto. Los mejores de entre nosotros optaremos sencillamente por retirarnos y refrenarnos.

Esto es lo que ocurrirá con los chicos, especialmente con aquellos que son más tranquilos o tímidos.

Los chicos pueden jugar sólo si el juego no es más que un juego. Pueden pasar su brazo sobre el hombro de otro sólo si no hay nada más detrás. Aprobar la homosexualidad es colocar todos estos actos inocentes en un contexto sexual, necesariamente. Es, pues, destrozarlos. Los chicos más populares y estimados no tendrán otro medio de probar su masculinidad que ir haciendo muescas en su cinturón a medida que vayan cayendo las chicas, cortocircuitando su propio desarrollo en el proceso y destruyendo así su inocencia.

El gozo de decir «padre» y «madre» sin engaño

Fragmento del discurso que pronunció Juan Pablo II al recibir las cartas credenciales del nuevo embajador de España ante la Santa Sede, Jorge Dezcallar de Mazarredo (18 de junio de 2004)

«En su acción evangelizadora, la Iglesia se esfuerza en invitar a todos los hombres y mujeres de buena voluntad a construir una sociedad basada en valores fundamentales e irrenunciables para un orden nacional e internacional justo y digno del ser humano. Esto va unido a su misión religiosa y tiene un carácter ético de alcance universal, fundado en la inigualable dignidad de la persona humana, creada a imagen de Dios, de la que nacen sus derechos inalienables, que precisamente las instituciones públicas han de servir y promover, según el clásico principio de subsidiariedad. Así, la convivencia humana, en vez de obedecer únicamente a intereses parciales o pasajeros, se debe regir por los ideales de libertad, justicia y solidaridad.

»Desde esta perspectiva, es conveniente poner de manifiesto la incoherencia de ciertas tendencias de nuestro tiempo que, mientras por un lado magnifican el bienestar de las personas, por otro cercenan de raíz su dignidad y sus derechos más fundamentales, como ocurre cuando se limita o instrumentaliza el derecho fundamental a la vida, como es el caso del aborto. Proteger la vida humana es un deber de todos, pues la cuestión de la vida y de su promoción no es prerrogativa solamente de los cristianos, sino que pertenece a toda conciencia humana que aspira a la verdad y se preocupa por la suerte de la humanidad. Los responsables públicos, en cuanto garantes de los derechos de todos, tienen la obligación de defender la vida, en particular la de los más débiles e indefensos. Las verdaderas «conquistas sociales» son las que promueven y tutelan la vida de cada uno y, al mismo tiempo, el bien común de la sociedad.

»En este campo se dan algunas mal llamadas «conquistas sociales», que lo son en realidad sólo

para algunos a costa del sacrificio de otros, y que los responsables públicos, garantes y no origen de los derechos innatos de todos, deberían considerar más bien con preocupación y alarma.

»Algo similar sucede en ocasiones con la familia, núcleo central y fundamental de toda sociedad, ámbito inigualable de solidaridad y escuela natural de convivencia pacífica, que merece la máxima tutela y ayuda para cumplir sus cometidos. Sus derechos son primarios respecto a cuerpos sociales más amplios. Entre tales derechos no se ha de olvidar el de nacer y crecer en un hogar estable, donde las palabras «padre» y «madre» puedan decirse con gozo y sin engaño. Así se prepara también a los más pequeños a abrirse confiadamente a la vida y a la sociedad, que se beneficiará en su conjunto si no cede a ciertas voces que parecen confundir el matrimonio con otras formas de unión del todo diversas, cuando no contrarias al mismo, o que parecen considerar a los hijos como meros objetos para la propia satisfacción.

»Entre otros, la familia tiene el derecho y el deber de educar a los hijos, haciéndolo de acuerdo con sus propias convicciones morales y religiosas, pues la formación integral no puede eludir la dimensión trascendente y espiritual del ser humano. En este contexto se plantea el papel de las instituciones educativas vinculadas a la Iglesia, que contribuyen al bien común, así como tantas otras que en diversos ámbitos prestan también un servicio a los ciudadanos, a menudo a los menos favorecidos. Tampoco se debe infravalorar la enseñanza de la religión católica en las instituciones estatales, basada precisamente en el derecho de las familias que lo solicitan, sin discriminaciones ni imposiciones.»

Enrique Ramière y la teología de la historia

Esta sección, titulada hasta ahora «Hace cincuenta años», ha cambiado ligeramente su título general por el que ahora pueden observar nuestros lectores. En efecto, después de la celebración del sesenta aniversario la revista CRISTIANDAD quiere hacer llegar a través de esta sección conmemorativa el contenido más añejo de su ya dilatada historia. Y nada más oportuno que recoger el artículo de nuestro compañero J.M.^a Minoves –todavía presente entre nosotros y plenamente fiel en su amor a las enseñanzas del padre Orlandis– dedicado al gran tema de nuestra revista: la teología de la historia (núm. 5, de 1 de julio de 1944). Es esta la culminación de todo el saber cristiano por cuanto incluye todo el contenido dogmático relativo a Dios, Uno y Trino, y a todo su plan no sólo creador y redentor sino también a su acción providencial a lo largo de la historia de la humanidad. El padre Ramière, verdadero fundador del Apostolado de la Oración, y apóstol eminente del Corazón de Jesús, proclamador insaciable de su inmersión en cada alma individual así como de su irrenunciable anhelo de reinar en la sociedad, se admiraba de que

los cristianos no buscasen con ahínco esta enseñanza. Si esto era verdad en 1861 cuando se iniciaba la publicación de su revista, lo es muchísimo más ahora, en las presentes y aterradoras circunstancias de la humanidad, que vive humanamente en perpetua inseguridad y enfrentamiento a la vez que espiritualmente del todo vuelta de espaldas a Dios. La lectura de las obras del padre Ramière hace como un milagro necesario: que conservemos en las actuales circunstancias la esperanza de un futuro –y no lejano– triunfo del Rey de reyes.

Un motivo adicional de actualidad avala esta preferencia. Recientemente se ha reeditado un libro que recoge aquel conjunto de artículos del padre Enrique Ramière en su gran revista El Mensajero del Corazón de Jesús que un padre de la misma Compañía tuvo el acierto de recoger en un libro titulado El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano. La actual reedición en la editorial Scire lleva un prólogo del actual director diocesano del Apostolado de la Oración, el padre Pedro Suñer S.I., que glosa la figura insigne del jesuita padre Ramière.

Entre nuestros lectores pocos habrá que no tengan noticia de la revista «El Mensajero del Corazón de Jesús». Lo mismo podríamos decir si nos dirigiéramos a católicos de cualquier parte del mundo con relación a las sesenta y ocho ediciones diferentes, en más de cuarenta lenguas, que de los «Mensajeros» se publicaban antes de la actual guerra.

En cambio, no es tan conocida la persona que, en 1861, lanzaba, con el primer número de «Le Messager du Sacré Coeur», esta semilla tan fructífera.

Dicha revista no salía al acaso, sino que formaba parte de un vasto plan concebido por su autor, y que tenía como principal organización para su desarrollo, la asociación, también universalmente extendida, del Apostolado de la Oración.

Organización y Revista deben su estructura básica al jesuita francés, P. Enrique Ramière. Él fue quien, tomando la devoción al Sagrado Corazón como remedio providencial y el más adecuado para

los males de la sociedad moderna, fue elaborando los planes necesarios para conducir a ella a los individuos y luego, dándoles la conciencia de la misión social que podían y debían realizar, llevarles al espíritu genuino del Apostolado de la Oración, tal como él lo concebía y como ahora, al siglo justo de su instauración, se conserva lleno de vitalidad.

La figura de E. Ramière, aunque haya permanecido modestamente velada por el mismo exuberante desarrollo de sus concepciones, merece, por la actualidad de las mismas, un estudio detenido que nos lleve a una mayor inteligencia de sus planes. En Toulouse, centro de sus actividades, se venía trabajando con entusiasmo en este sentido hasta que empezó la actual conflagración. Y, podemos decirlo con satisfacción, en España, con la reedición de varias de sus obras, se está dando un gran paso para la divulgación práctica de sus doctrinas.

En el plan que nos propone, cautiva tanto su elevación como las aplicaciones a que conduce, y es

sorprendente la magnífica unidad con que abarca los temas más variados. Intentaremos exponer una de sus principales cuestiones en orden a los destinos de la sociedad humana, y que puede resumirse en la siguiente pregunta:

¿Es posible a la inteligencia humana una teología de la historia, como lo es la ciencia llamada filosofía de la historia?

En Vals, no lejos de Lyon, dio, en 1862, un ciclo de conferencias desarrollando esta cuestión. Analizaba en ellas las obras de los autores que se han interesado en descifrar cuál sea el destino de la humanidad, desde los antiguos a los modernos, ya sean incrédulos o católicos. Abarca el análisis los Jean Reynaud, Vacherot, Cousin, Comte, Schelling, Fichte, Hegel, Condorcet, Maquiavelo, Vico... También Ballanché, Chateaubriand y Schlegel. Por último, san Agustín, en *La Ciudad de Dios*, y Bossuet, en su *Discurso sobre la historia universal*.

Ensalza las prodigiosas cualidades de los dos últimos, pero no cree vedado completarlos mutuamente y aun continuarlos. Ramière recoge las enseñanzas de unos hechos que ni san Agustín ni Bossuet alcanzaron: revoluciones de 1789, 1830, 1848. La violencia y continuidad del hecho revolucionario le obsesiona y, después de examinar uno a uno los falsos dogmas tomados por la sociedad de su tiempo al filosofismo del siglo XVIII y a la Revolución –independencia de la razón, libertad de conciencia, laicismo, etc.–, descubre su raíz común en la idea de que *Dios es y debe permanecer extraño a la vida de la sociedad*, o, en otras palabras, en el «deísmo» liberal que, lógica y fatalmente conduce al evolucionismo panteísta y, por último, al ateísmo práctico.

La profundidad de su análisis le lleva, pues, a la raíz del mal sin pararse en las causas accidentales, que son las que suelen impresionarnos a nosotros, confirmando así lo que dijera Donoso Cortés al señalar como fondo de toda cuestión política una cuestión teológica.

Pero no se detiene aquí. Su celo extraordinario no puede resignarse a una mera lamentación, sino que, poniendo a prueba su fecunda intuición, buscará y hallará en el mismo terreno teológico la raíz opuesta a dichos males, donde poder encontrar su remedio.

Para ello, opone a los errores que antes mencionábamos una triple argumentación basada: 1.º, en las leyes generales de la Providencia; 2.º, en

las tendencias y aspiraciones sociales de los espíritus, de las sociedades y de la Iglesia, y 3.º, en las promesas de Dios.

Las leyes generales de la Providencia

La observación de que todo organismo vivo debe buscar fuera de él los elementos de su conservación y la causa misma de su existencia, nos lleva a la idea de la Providencia, o sea al Dios que, una vez ha creado, tiene un plan y un cuidado de su obra, en contraposición al deísmo, o sea al Dios creador, y que, como hemos dicho, no se preocupara de las necesidades y apetencias de su criatura.

Evidentemente, si la sociedad es algo más que un buque sin rumbo definido, cuya única misión fuera conducir a la humanidad para que los individuos, al ir cayendo por la derecha o por la izquierda, alcanzaran su eterna salvación o condenación, es preciso hallar fuera de ella una fuerza que, en los momentos de más desorientación y anarquía, enderece su rumbo y le señale su objetivo: tal es la Providencia social. Así podemos afirmar que Dios, «Rey de Reyes y Señor de los que dominan», tiene un plan concreto sobre el linaje humano como tal, no menos que sobre las naciones y sobre los individuos.

Transcribamos unos párrafos de la obra que tituló *Les espérances de l'Eglise*:

«Estas leyes providenciales, cuyo recuerdo debe levantar y mantener a los cristianos al nivel de la esperanza que supone su fe, tienen por misión la comunicación de la vida y felicidad de Dios a las criaturas racionales y el establecimiento del orden divino... Tal orden se nos presenta como una inmensa pirámide en la que Dios ocupa la cúspide, Jesucristo-Hombre, el centro y la Iglesia, la base. Esta base se va ensanchando a medida que se multiplican las generaciones humanas y cuando ella habrá alcanzado el pleno desarrollo señalado en los planes del celeste Arquitecto, el mundo presente llegará a su término y comenzará la eternidad.

«Las pruebas y males físicos, las luchas y aún el mal moral, son medios de que se vale la Providencia para preparar los sillares del edificio divino...

«Sólo el olvido de estas leyes providenciales puede explicar el extraño contraste existente entre el espíritu de la religión cristiana y el carácter de la mayoría de los que la practican. Todo en esta reli-



Enrique Ramière, S.I.

gión tiende a elevar las almas y a encender en ellas inmensas ambiciones. *Sursum corda*, grita la Iglesia sin cesar. Parece, pues, que los cristianos deberían ser los hombres más animosos y llenos de esperanza. Se creería encontrarlos, alta la cabeza, avanzando en medio de los infelices que no tienen más apoyo que el error ni más esperanza que la nada.

«Y, sin embargo, ¿no vemos todo lo contrario? El ser pusilánime, ¿no es, acaso, el vicio capital de los servidores de Dios, así como el orgullo es el vicio capital de sus enemigos? ¿No vemos con frecuencia a los herederos de las promesas vacilar de un modo miserable y sucumbir al fin a un mortal desaliento? ¿No creen hacer bastante, por lo menos, si pueden conservar la fe y la esperanza en medio de los escándalos que les rodean?

«Pues bien, repitamos que sólo es explicable este deplorable estado de cosas, admitiendo que un inmenso número de cristianos no saben contemplar en su verdadero significado los acontecimientos que se desarrollan a su alrededor. *Conocen las leyes de la Providencia, pero desconocen su aplicación.*»

Las tendencias y aspiraciones sociales

En las diversas aspiraciones que arrastran a los espíritus y a las sociedades, al lado de peligros y obstáculos, descubre el P. Ramière indicios y señales de este avance hacia la realización del plan divino. Así, escribe en su obra citada:

«La sociedad no es un enemigo para nosotros; ella representa nuestra segunda madre, y fuera de la institución divina de la que hemos recibido la vida de la eternidad, nada amamos más en el mundo. Mejor dicho, confundimos a esas dos madres en un mismo amor, ya que sus intereses, como sus elementos, son idénticos. Ciertamente, si la Iglesia proporciona a la sociedad temporal su espíritu vivificador, es del seno de la sociedad temporal que ella toma las almas para formar el Cuerpo Místico de Jesucristo...

«Estamos convencidos de que la sociedad aspira a los elementos de progreso y felicidad que Jesucristo vino a traer al mundo. Las convulsiones de los tres últimos siglos tienden a su conquista; y, si no los posee todavía, es debido a que, hasta el presente, se ha obstinado en buscarlos fuera de la Iglesia. El día en que su experiencia le lleve al conven-

cimiento de que sólo la Iglesia puede proporcionárselos, la reconciliación estará asegurada y una era de paz se abrirá en el mundo.»

Estas mismas esperanzas, no en cuanto a la eternidad, sino en relación con el porvenir social del linaje humano, las hallamos en todas sus obras. Nuestros lectores habrán leído el fragmento que sirve de conclusión a su *Soberanía social de Jesucristo* y que reproducimos en el número 1 de CRISTIANIDAD, y no les habrá pasado desapercibido cómo, para hallar un fundamento a dichas esperanzas, no recurrir a una tendencia fatalista ni a un sentimentalismo insubstancial, sino que su inquietud intuitiva busca, precisamente, el apoyo más sólido que pueda hallarse: el de la verdad revelada, o sea,

Las promesas de Dios

De aquí nace la teología de la historia, que puede considerarse bajo dos aspectos:

1.º Utilizar, en una síntesis histórica, datos de la fe o Revelación dogmática. Así, por ejemplo, el historiador cristiano considerará anormal toda sociedad que no glorifique, como es debido, a Jesucristo, Hijo de Dios.

2.º Valerse de revelaciones de contenido histórico, es decir, de profecías.

Este segundo aspecto, lo resumiremos en estas preguntas:

Dios, que creó el mundo y tiene, por lo tanto, gobierno sobre él, esto es, un plan, ¿nos ha revelado algo del mismo?

De tal revelación, ¿se desprenden datos conjeturales para formular las leyes de la Providencia sobre la sociedad?

Además, ¿contiene alguna profecía, condicionada o absoluta, de hechos culminantes en la historia del género humano?

Desde luego, Enrique Ramière contesta afirmativamente a las tres, como afirmativamente y con entusiasmo resolvió la pregunta que hemos visto formulaba en sus conferencias de Vals, sobre si es posible una teología de la historia.

No en vano inspiró Dios al Profeta:

«Yo, que os doy la palabra, ¿seré mudo?»

José M^a. Minoves Fusté



CONTRAPORTADA

Jesús mostró su Corazón como bandera de paz y caridad desplegada sobre las gentes

Ciertamente, en todo tiempo estuvo presente a su Iglesia nuestro Señor Jesucristo; pero lo estuvo con especial auxilio y protección cuantas veces se vio cercada de más graves peligros y molestias, para suministrarle los remedios convenientes a la condición de los tiempos y las cosas, con aquella divina Sabiduría que «toca de extremo a extremo con fortaleza y todo lo dispone con suavidad». Pero «no se encogió la mano del Señor» en los tiempos más cercanos; especialmente cuando se introdujo y se difundió ampliamente aquel error del cual era de temer que en cierto modo secara las fuentes de la vida cristiana para los hombres, alejándolos del amor y del trato con Dios.

Mas como algunos del pueblo tal vez desconocen todavía, y otros desdeñan, aquellas quejas del amantísimo Jesús al aparecerse a santa Margarita María de Alacoque, y lo que manifestó esperar y querer a los hombres, en provecho de ellos, plácenos, venerables hermanos, deciros algo acerca de la honesta satisfacción a que estamos obligados respecto al Corazón Santísimo de Jesús; con el designio de que lo que os comuniquemos cada uno de vosotros lo enseñe a su grey y la excite a practicarlo.

Entre todos los testimonios de la infinita benignidad de nuestro Redentor resplandece singularmente el hecho de que, cuando la caridad de los fieles se entibiaba, la caridad de Dios se presentaba para ser honrada con culto especial, y los tesoros de su bondad se descubrieron por aquella forma de devoción con que damos culto al Corazón Sacratísimo de Jesús, «en quien están escondidos todos los tesoros de su sabiduría y de su ciencia».

Pues, así como en otro tiempo quiso Dios que a los ojos del humano linaje que salía del arca de Noé resplandeciera como signo de pacto de amistad «el arco que aparece en las nubes», así en los turbulentísimos tiempos de la moderna edad, serpeando la herejía jansenista, la más astuta de todas, enemiga del amor de Dios y de la piedad, que predicaba que no tanto ha de amarse a Dios como padre cuanto temérsele como implacable juez, el benignísimo Jesús mostró su Corazón como bandera de paz y caridad desplegada sobre las gentes, asegurando cierta la victoria en el combate. A este propósito, nuestro predecesor León XIII, de feliz memoria, en su encíclica *Annum sacrum*, admirando la oportunidad del culto al Sacratísimo Corazón de Jesús, no vaciló en escribir: «Cuando la Iglesia, en los tiempos cercanos a su origen, sufría la opresión del yugo de los césares, la Cruz, aparecida en la altura a un joven emperador, fue simultáneamente signo y causa de la amplísima victoria lograda inmediatamente. Otro signo se ofrece hoy a nuestros ojos, faustísimo y divinísimo: el Sacratísimo Corazón de Jesús con la Cruz superpuesta, resplandeciendo entre llamas, con espléndido candor. En Él han de colocarse todas las esperanzas; en él han de buscar y esperar la salvación de los hombres».